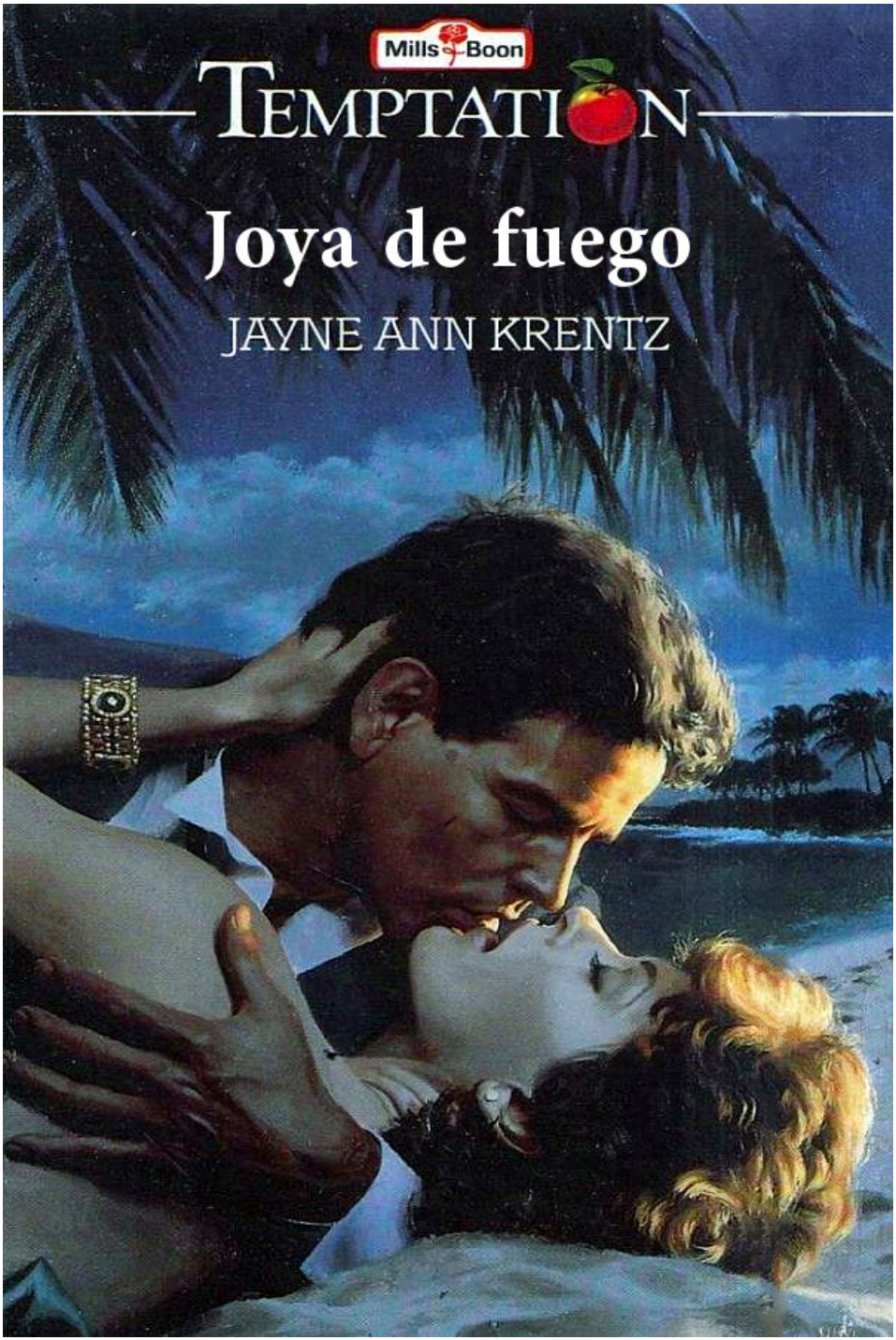
Mills & Boon

TEMPTATION

Joya de fuego

JAYNE ANN KRENTZ



Jamás habían sido tan felices, pero tampoco se habían expuesto a tales peligros…

Personas estables e independientes… eso era lo que Virginia y Ryerson se consideraban. Y aunque no les gustaban los riesgos, habían decido explorar las posibilidades de su amistad. Unas vacaciones por el Caribe parecía el modo perfecto de conseguirlo. Pero allí, en una partida de póquer, se hicieron con un brazalete de una belleza inusual, un talismán misterioso… y desde que lo tuvieron en su poder cayeron en un remolino de amor y aventura.

Jayne Ann Castle Krentz

Joya de fuego

Súper Julia - 24

ePub r1.0
LDS 19.01.17

Título original: *Joy*
Jayne Ann Castle Krentz, 1988
Traducción: Ana López
Publicado originalmente: Mills and Boon Temptation (MBT) - 189 / Harlequin Temptation (HT) - 219
Protagonistas: A. C. Ryerson y Virginia Elizabeth Middlebrook
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2

Capítulo 1

Angus Cedric Ryerson, conocido como A. C. Ryerson entre sus colegas de trabajo, como Ryerson por los amigos, y como A. C. por aquéllos con los que no tenía suficiente confianza, contemplaba con atención la banda sinuosa de la carretera que tenía delante. Apenas era posible distinguir el contorno del asfalto, debido a la cortina de lluvia que se estrellaba contra el parabrisas. Agotado, lanzó una maldición entre dientes.

En aquellos momentos, habría debido estar sentado frente a una chimenea estupenda, saboreando un buen *whisky*. Hubiera escuchado a Mozart por encima del monótono ronroneo de la tormenta. Se consideraba merecedor de tal placer después de acabar de romper con su novia. Aunque lo cierto era que la ruptura con Deborah Middlebrook le había supuesto en sí mismo un gran alivio.

Disminuyó la velocidad de su Mercedes para tomar una curva especialmente cerrada, y lanzó una nueva maldición al encontrar un enorme charco en medio del asfalto. A pesar de ser principios de mayo, aquélla era una de las peores tormentas que había sufrido la zona del Pacífico. Y allí estaba él, luchando contra los elementos en vez de disfrutar del fuego y de la copa.

Y, por si fuera poco, se dirigía además en busca de una dirección confusa, en un pueblo de una isla bastante mal señalizada. A aquel ritmo, tal vez no llegara ni siquiera a tomar el último *ferry* de vuelta a Seattle.

En cualquier caso, él era el único responsable de tal situación. La

nota de Debby lo había aliviado enormemente, pero no así a los padres de la chica.

Había debido retirarse al amor del fuego cuando aún estaba a tiempo, en lugar de enternecerse por la desesperación de los padres de Debby, que creían a su hija capaz de cualquier locura por el dolor de la ruptura amorosa.

De poco habían servido los argumentos de Ryerson, que había tratado de convencerlos de que su hija ya era mayorcita para cuidarse sola. Tampoco los había convencido al decides que su relación con Debby no había llegado a ser muy profunda.

La verdad era que en aquello había utilizado demasiada delicadeza; pero el informarlos de que él y Debby nunca habían tenido relaciones sexuales le había parecido demasiado brusco. Habría escandalizado a la conservadora pareja.

Al final, le habían dado pena. La felicidad de haberse librado de Debby lo había impulsado a presentarse como voluntario para dar con ella y asegurarse de que estaba bien.

Craso error. John y Leona habían tomado al pie de la letra sus palabras, y sus rostros habían expresado la más profunda gratitud. Y era lógico, si se consideraba que los Middlebrook albergaban la secreta esperanza de que Debby y Ryerson se reconciliaran, y que su relación se concretara en su matrimonio.

El mismo Ryerson había creído que tal cosa sucedería, al empezar su relación con Debby. Gracias a Dios, la sensatez había triunfado.

De manera que, tras mucho dar vueltas al asunto, comprobar sitios y posibilidades, habían llegado a la conclusión de que lo más probable era que Debby hubiera ido a la casa de su hermana en la isla.

Nadie había respondido a las llamadas telefónicas, pero los Middlebrook consideraban que tal vez Debby no quisiera contestar debido a su estado de ánimo. Al parecer, su hermana estaba de vacaciones, fuera de la isla.

La única solución para tranquilizados era que Ryerson tomara el *ferry* para la isla, encontrara a Debby, y demostrara a todo el mundo que la chica estaba bien, y que no sucumbía a la desesperación o a la histeria.

Ryerson esperaba, por el bien de los Middlebrook, que no

confiaran demasiado en la reconciliación. Después de haber escapado por los pelos de la alianza permanente con Debby, ni loco volvería a caer en la misma trampa. Era una chica encantadora, llena de atractivo, pero una semana más con ella hubiera supuesto el manicomio para Ryerson.

La carretera estaba llena de curvas. En un momento determinado, el Mercedes llegó a una intersección, y Ryerson, siguiendo las instrucciones del padre de Debby, torció a la derecha. El camino se estrechaba, y se convertía prácticamente en una senda entre pinos.

Ryerson se preguntó cómo sería la misteriosa hermana que habitaba la casa que estaban buscando.

Fuera como fuera, estaba claro que sus gustos eran similares a los suyos propios. También él tenía una casa de vacaciones en un lugar parecido. Claro que la isla de Ryerson estaba aún más aislada, y sólo se podía llegar en bote. Virginia Elizabeth Middlebrook podía llegar en *ferry* a la suya.

Virginia Elizabeth. Parecía un nombre de la realeza. Tenía un aire de antigua dignidad que lo fascinaba. Ryerson apenas conocía a la portadora de tal apelativo, aunque sabía que era algo mayor que Debby, lo que la situaba en los treinta y pocos. También sabía que viajaba mucho debido a su trabajo de informática.

Claro que aquella noche no podría conocerla, ya que estaba fuera de la isla. Estaba sumido en tales pensamientos cuando llegó a la entrada de la casa.

Aunque los faros del coche apenas delimitaban las formas de la casa, parecía una mansión bastante antigua; rodeada de árboles y al borde de un riachuelo. Luces pálidas brotaban de las ventanas.

A Ryerson lo hubiera alegrado más ver que había alguien en la casa, sobre todo si ese alguien era Debby. Paró el motor del Mercedes y se quedó un momento pensativo, calculando la distancia que lo separaba de llegar hasta ella sin mojarse demasiado.

Pero era inútil. Corriera lo que corriera, se iba a empapar. Por supuesto, llevaba un paraguas en el maletero, pero tardaría más tiempo en sacarlo que en llegar al porche.

Ryerson no era un hombre que retrasara lo inevitable. Con un suspiro, y sin dejar de pensar en la chimenea y en el *whisky*, salió del coche y corrió hacia la entrada. Tal y como había calculado, el

chaparrón lo dejó empapado de pies a cabeza en décimas de segundo.

Maldiciendo su suerte, Ryerson apretó con fuerza el timbre. Cuanto antes acabara con aquello, mejor. Sólo deseaba volver a casa. Solo.

* * *

Virginia Elizabeth Middlebrook estaba saliendo de la ducha cuando sonó el timbre. Se enrolló la toalla en la cabeza y escuchó con atención. El sonido se repitió. Virginia frunció el ceño. No esperaba a nadie aquella noche, porque nadie sabía que había vuelto de sus vacaciones un día antes de lo pronosticado.

Tal vez se tratara de algún vecino que hubiera visto la luz, y la necesitase para algo, pensó. A lo mejor los Hurtan, la familia del final de la calle, se habían quedado sin luz y necesitaban velas.

Pero debía tener cuidado, de todas formas.

Al fin y al cabo, era una mujer que vivía sola. Virginia se apretó el cinturón de la bata, y con el turbante en la cabeza, caminó hacia la puerta. Las zapatillas de felpa acariciaban la moqueta a cada pisada.

Hubo un nuevo timbrazo, teñido aquella vez de impaciencia.

—¿Quién es? —gritó Virginia, al tiempo que se asomaba por la mirilla.

No se veía más que un hombro empapado.

—Soy Ryerson. ¿Quién demonios va a ser, si no? —Gruñó una voz al otro lado de la puerta—. Vamos, Debby, abre. Tus padres están preocupados. Acaba con esto de una vez, para que pueda regresar a casa.

Virginia pestañeó, y se separó de la puerta. Ryerson. Sabía que alguien con aquel nombre acababa de comprar la empresa de su padre. Tenía idea de que había algunas iniciales delante del apellido, pero no podía recordarlas.

Debía de ser el mismo Ryerson del que su hermana había hablado un par de veces por teléfono, el hombre con el que había estado saliendo. Pero no parecía muy contento, ni mucho menos enamorados. Virginia se preguntó qué habría hecho Debby en

aquella ocasión.

Abrió la puerta despacio. El hombre que aguardaba al otro lado era muy alto, tanto que Virginia, que media uno setenta y cinco, tuvo que alzar la mirada para encontrarse con sus ojos. Además, parecía mayor de lo que se había imaginado; alrededor de los cuarenta.

Recordó de pronto las iniciales A. C.

Obviamente, A. C. Ryerson estaba en aquel momento del mejor de los humores. La luz tenue que se filtraba al exterior por la puerta iluminaba unas facciones tensas y agresivas. Sus ojos recorrieron el cuerpo de Virginia, centelleantes.

—Tú no eres Debby.

Virginia bajó la mirada, consciente de su desarreglo.

—No —respondió—. Soy Virginia Elizabeth. ¿Y tú eres A. C. Ry
erson?

—Eso, eso. ¿Está Debby?

—No.

—Magnífico —replicó Ryerson aliviado.

Virginia lo miró asombrada.

—Yo he llegado hace un par de horas —dijo—. Debby no está aquí, ni creo que haya venido. ¿Por qué? ¿Pasa algo?

—Nada que me preocupe. Pero tus padres están histéricos. ¿Puedo pasar, o dejarás que me encoja de humedad en tu porche?

Virginia esbozó una sonrisa forzada.

—Lo siento —dijo—. Pasa. Ya te habrás dado cuenta de que acabo de salir de la ducha. Iba a tomar una copa antes de acostarme. Llevo un día horroroso de aviones y aeropuertos.

—Me lo imagino —dijo Ryerson mientras pasaba—. Es agotador. Pues si no te importa, te acompañaré. Yo también estoy agotado.

—¿Acompañarme? —preguntó Virginia horrorizada.

—En la copa, claro —replicó Ryerson suavemente.

Virginia se ruborizó al momento, lo que le produjo una sensación extraña. Hacía años que no se ruborizaba.

—Sí, claro. Perdona. Estoy un poco cansada. Siéntate, que te traigo algo. ¿Qué prefieres?

—Llevo dos horas soñando con una copa de *whisky* —respondió Ryerson, al tiempo que se acercaba a examinar la chimenea—.

También soñaba con una buena hoguera. ¿Te importa que la encienda? Estoy empapado.

Virginia lo miró atónita.

—Adelante —dijo—. Es una idea agradable.

—Claro. Todas mis ensoñaciones son agradables.

Virginia se sonrojó de nuevo al sentir la mirada gris de Ryerson sobre ella.

—Dame la chaqueta para que la cuelgue.

Ryerson se desprendió de la misma con alivio, dejando al descubierto una camisa blanca de corte clásico y una corbata de seda. No eran el tipo de prendas que utilizarían los amantes habituales, de Debby. Virginia colgó la chaqueta en una silla, cerca del radiador, y fue a la cocina a por las copas.

Algo raro estaba pasando, pensó la chica mientras localizaba una botella de *whisky* y otra de vino. Sirvió una copa generosa para Ryerson, que al fin y al cabo, era un hombre grande.

En realidad, estaba asombrada de su volumen.

Tenía un aspecto sólido que contrastaba con el de los hombres que su hermana solía elegir, de tipo más delgado e inquieto. Además, era mayor de lo que era habitual en los acompañantes de Debby, una fogosa joven de veinticuatro años que solía preferir a los hombres de su generación. Así los manejaba mejor.

Pero había más detalles de Ryerson que sorprendían a Virginia. Era un hombre mucho más serio y duro de lo que había esperado de un novio de Debby, a quien le gustaban los tipos aventureros y marchosos. Su hermana era de las que gustaba de bailar hasta las tantas de la madrugada, y pasarse después el día navegando. Virginia tenía la intuición de que Ryerson no era de aquella manera.

Se sirvió un vaso de vino, y volvió a la sala con las copas. Tenía muchas preguntas que hacer a Ryerson.

El hombre estaba arrodillado frente a la chimenea. Había logrado prender el fuego, y estaba vigilando que no se apagara. Virginia le pasó la copa, que él aceptó con agradecimiento. Se había aflojado la corbata.

—Gracias —dijo tras echar un largo trago—. Lo necesitaba.

—De nada.

Virginia se sentó en el sofá, frente a su propia copa, y observó

cómo Ryerson ponía un grueso leño en la chimenea y se levantaba. Realmente era muy grande. Pero todo era músculo. No había nada suave en su porte. «Un hombre reconfortante y seguro», pensó Virginia.

Ella misma se sorprendió de tal pensamiento. En general, al único que consideraba seguro y reconfortante era a su padre.

Ryerson avanzó hacia el sofá, pero se detuvo al descubrir un equipo de música en el rincón. Rápidamente eligió un disco de Mozart y lo puso en marcha, A. C. dio un suspiro de satisfacción, ocupó la plaza del sofá más alejada de Virginia.

—Bueno, ya me he escapado dos veces por los pelos —dijo alzando la copa a modo de brindis.

—¿Y quién o qué es eso de lo que has escapado? —preguntó Virginia—. Oye —añadió—, ¿cómo te suele llamar la gente? ¿A. C.?

—He escapado de un fin de semana de libertinaje y corrupción —respondió Ryerson—. Y llámame Ryerson. Ninguno de mis amigos usa mis iniciales.

—¿Qué significa A. C.?

—Angus Cedric.

—Mmm. Bueno, son nombres anticuados, pero son bonitos.

—Gracias. Prefiero Ryerson. ¿Y tú eres Virginia Elizabeth?

—Ajá.

—No te pareces nada a tu hermana.

—Lo sé. Me lo llevan diciendo desde que nació Debby —respondió Virginia, mientras saboreaba el vino y se preguntaba a dónde los llevaría todo aquello—. Bueno. ¿Y qué ha pasado? ¿Habéis discutido mi hermana y tú?

—¿Discutir? —consideró Ryerson—. Yo no lo llamaría así. Más bien hemos roto definitivamente. Habíamos planeado salir este fin de semana, pero en el último momento recuperamos ambos el sentido común.

—¿Se acabó todo? —preguntó Virginia.

—Eso me temo.

—A mis padres no les va a gustar nada.

—Ya lo sé. Pero a mí sí.

—Eso me está pareciendo.

Desde luego, no tenía el aspecto de un hombre desesperado porque su amante lo hubiera dejado. Aunque Ryerson no parecía de

aquellos que se desesperan por mujer alguna.

—Si te digo la verdad, Virginia Elizabeth, esta vez me he escapado por los pelos —dijo Ryerson tras saborear un nuevo trago de *whisky*—. Por los pelos. No sé ni cómo me he acercado tanto al abismo. Hasta estaba pensando en el matrimonio… Ya llevaba varias semanas intentando salir, y de pronto tu hermana me soluciona todos los problemas. Al parecer, también ella sintió el vértigo. Lo malo es que ha tenido que dramatizar hasta el simple hecho de decir «no».

—Ya. A mi hermana le encantan las escenas.

—Y que lo digas. En esta ocasión ha dejado una nota. Espera, que la tengo por aquí… sí. Toma, lee.

Había extraído un trozo de papel del bolsillo de su chaqueta, y se lo pasó a Virginia. Ella lo leyó.

> *Ryerson, perdóname, por favor, pero ya no puedo seguir adelante con esto. Ha sido un terrible error. Necesito tiempo para estar sola y pensar. Creo que lo nuestro ha acabado definitivamente. Lo siento.*

Firmaba «Debby».

—Pues no veo el problema, de todas formas —dijo Virginia—. Debby ha declinado tu invitación de pasar juntos el fin de semana, y tú te alegras. ¿Qué problema hay?

—Tus padres están preocupados por el paradero de Debby, y por su salud mental —explicó Ryerson disgustado—. Parece que creen que se va a hundir en la miseria y la desesperación.

—¿Debby? Mucho me extrañaría.

—Y a mí. Pero hay más —continuó Ryerson—. Parece que tampoco les ha gustado que lo dejáramos.

—Ah…, sí, claro, eso es más probable. Te habrán mandado a ti en su busca esperando una gran reconciliación, seguro.

—Eso creo yo también.

—¿Y hay alguna posibilidad de que tal cosa ocurra? —preguntó Virginia con calma.

—Ni la más remota —respondió Ryerson—. Todo ha sido un error. Debby tenía razón.

—Ya. Apuesto a que no sueles cometer muchos errores, ¿verdad?

—¿Errores? —repitió Ryerson suavemente—. No. Casi nunca.

Virginia podía creerlo. Observó despacio la enorme silueta de Ryerson, y luego su rostro. Era una cara interesante, decidió. No especialmente bella, pero sí muy interesante. Todos sus rasgos eran angulosos y masculinos.

El cabello de Ryerson estaba todavía mojado, pero los mechones, brillantes a la luz del fuego, lanzaban destellos rojizos entre su pelo castaño. Ryerson descubrió que lo estaba observando, y sonrió. Su mirada revelaba firmeza e inteligencia.

Por la camisa entreabierta de Ryerson asomaban rizos de vello oscuro. Virginia se estremeció ligeramente. Sentía una inquietud inhabitual en ella. Sabía que la desazón estaba producida por la presencia de Ryerson, pero no lograba comprenderla. Volvió a contemplar la pechera entreabierta de Ryerson.

—¿Te preguntas qué vio tu hermana en mí? —preguntó Ryerson despacio.

Virginia notó horrorizada que volvía a ruborizarse.

—Claro que no —respondió.

—Pues yo sí —arguyó Ryerson, encogiéndose de hombros.

—La verdad es que no perteneces al tipo de hombres que le suelen gustar a Debby —comentó Virginia con cautela.

—Gracias a Dios. Es una pena que tardáramos tanto en damos cuenta. Sólo puedo argüir en mi defensa que sinceramente creí al principio que era una buena idea.

—Me imagino que mis padres contribuyeron a tal creencia —dijo Virginia sonriendo—. Mi padre siempre quiso mantener la empresa dentro de la familia. Que tú y Debby os casarais era un sueño dorado.

—Ajá.

—¿Te mandaron ellos a buscar a Debby?

—Sí. Como no estaba en su apartamento, supusieron que estaría aquí. Yo, como caballero noble y galante, por no mencionar eufórico por la ruptura, me ofrecí a venir y comprobar que Debby estuviera bien. En fin… ya he cumplido.

—¿Y qué pasa con tu orgullo? —preguntó Virginia sin apenas pensarlo—. ¿No está dañado?

Ryerson hizo una mueca.

—Resistirá, gracias. Las ha pasado peores.

Virginia lo creyó. La intuición le decía que aquel hombre tenía una profunda confianza en sí mismo. Una confianza que necesitaría algo más violento que una novia pasajera para quebrarse.

—Y ahora que has acabado tu obligación, ¿qué vas a hacer? ¿Volver en barco a Seattle? —preguntó Virginia con curiosidad.

Ryerson agarró la copa con las dos manos y contempló la hoguera.

—Eso es. En cuanto me haya secado. Tengo que agradecerte tu hospitalidad, y también que no te hayas enfadado por lo que le hecho a tu hermana.

—¿Le has hecho algo a mi hermana?

Ryerson comprendió la indirecta al momento, y miró de soslayo a su anfitriona.

—No —respondió bruscamente—. Éste iba a ser el gran fin de semana. Y el hecho de que no nos hayamos acostado juntos todavía demuestra que la ruptura es lógica.

—¿Qué? —preguntó Virginia confusa.

—Digamos que, después de un mes de no hacer más que besarnos, difícilmente podría nacer una gran pasión en el futuro.

—Ah, pero no me refería a eso… ¡no es asunto mío, desde luego!

Ryerson sonrió al verla tan turbada.

—No te preocupes. Sólo quería que supieras que mi relación con tu hermana nunca ha sido muy profunda, a pesar de los grandes planes para este fin de semana. Y todo es culpa mía, además.

—¿Culpa tuya? —preguntó Virginia débilmente.

—Nunca tuve fuerzas para acostarme con ella —explicó Ryerson con franqueza—. Cada vez que volvíamos a casa, mis oídos zumbaban terriblemente de la música discotequera, y estaba agotado de bailar. Ya casi tengo cuarenta años, no veinticinco. A estas alturas, nunca intentaría bailar hasta las cuatro de la mañana y luego impresionar a una mujer en la cama.

—¿Y este fin de semana?

—Era el último intento de recuperar lo que no había existido. Yo iba ya a llamarla para decirle que era inútil, cuando me llegó la nota.

—Caramba, no parece una relación muy apasionada.

Ryerson se volvió hacia ella.

—Un error absoluto, ya te lo he dicho. Pero se acabó. Ahora puedo relajarme.

Tomó un poco de *whisky* y se reclinó sobre el sofá, dejando que la música caldease su fuero interno, y la hoguera el externo. Era exactamente lo que necesitaba, con lo que había estado soñando toda la tarde.

A Virginia Elizabeth le pegaba llamarse así, decidió Ryerson mientras saboreaba el licor. Alta, digna, toda una mujer. Recibía con gran calma todas las noticias de la desaparición de su hermana y la ruptura. Parecía una mujer sensata e inteligente; todo lo contrario de su loca y desordenada hermana. Era una mujer con la que resultaba sencillo conversar de cosas importantes.

Virginia parecía estar muy a gusto en aquella situación tan plácida. «Toda una mujer», volvió a pensar Ryerson.

De pronto, se encontró catalogando sus atractivos físicos. Tenía, para empezar, unos ojos preciosos. Grandes, pardos, seductores. También descubrió algo de tristeza en su mirada.

Las líneas de su barbilla eran muy femeninas, y la curva de la nariz, suave. Tenía la piel coloreada por el calor del fuego.

Aunque era difícil distinguir curvas bajo la bata, Ryerson intuía pechos abundantes y marcadas caderas. «Una mujer con curvas», pensó Ryerson con satisfacción. Muy diferentes de su hermana, tan flaca para estar a la moda. Virginia Elizabeth era una mujer que mantendría una cama caliente.

La súbita erección que se produjo en su pantalón lo sorprendió. Cambió de posición en el sofá, pensando que hacía mucho que no se tenía que preocupar por erecciones espontáneas.

—Bueno, me alegro de que la separación se haya hacho sin romper corazones o ilusiones —estaba diciendo Virginia en aquel momento—. Habría sido bastante desagradable, después de que tú le compraste la empresa a mi padre.

—Yo creo que ése ha sido uno de los problemas para tu hermana —dijo Ryerson pensativo—. Por un lado, quiere continuar con el nivel económico al que estás acostumbrada, pero, por otro, no le hace ninguna gracia casarse con un hombre que se dedica a motores dieseI y a generadores eléctricos.

Virginia rió.

—Hombre, tienes que admitir que al negocio de los motores le

falta algo de sofisticación. Pero dime, ¿cómo fue que decidiste comprar la empresa de mi padre?

—Porque la Middlebrook Power Systems es una empresa sólida y bien asentada, que sólo precisa de una buena dirección para salir adelante.

—¿Y tú vas a ser el «buen director»?

—Eso espero. Hay que invertir algo de capital en modernizar algunos aparatos, y luego todo irá sobre ruedas. Llevo toda la vida trabajando con motores. Durante los años de instituto, trabajaba en un garaje. Después trabajé con tanques para el ejército, hasta que decidí entrar en la universidad. Se gana más negociando con motores que reparándolos, y yo siempre he tenido buen ojo para los negocios. Por eso me lancé a atrapar la empresa de tu padre en cuanto la puso en venta.

—Y luego mi hermana te atrapó a ti, ¿no? —Acabó Virginia regocijada.

Ryerson hizo una mueca.

—Es una forma de expresado. Pero no creo que fuera idea de Debby. Me da la impresión de que tus padres la estaban presionando bastante.

—Ya. Sí, yo entiendo sus motivos. ¿Y cuáles eran los tuyos?

—Bueno, la idea me atraía —explicó Ryerson con la mirada clavada en la hoguera—. No me importaba casarme otra vez. El matrimonio es una institución agradable y cómoda cuando se realiza en las circunstancias apropiadas.

—Ya, pero como dijo alguien: «¿Quién quiere vivir en una institución?» —replicó Virginia secamente—. Lo cierto es que tal vez tengas razón. Desde el punto de vista de los hombres, el matrimonio probablemente parezca agradable y cómodo. Pero no así para las mujeres.

—Me sorprendes —repuso Ryerson mirándola—. Pensaba que la mayoría de las mujeres buscaban el matrimonio, sobre todo después de los… er… después de cierta edad —acabó con una mueca.

—¿Después de los treinta? —Acabó Virginia por él—. Mira, te diré una cosa. No todas estamos tan desesperadas. Yo estuve casada, y fue un desastre. Una aprende de sus errores.

Ryerson notó que había gran emoción en aquellas palabras.

—Bueno, yo también estuve casado, y tampoco fue un éxito.

Pero estoy dispuesto a intentado de nuevo. Creo que el matrimonio puede funcionar, si las dos personas entran en él con los ojos bien abiertos, sin falsas expectativas, y con ganas de comprometerse.

—¿Tan fuerte consideras la fuerza del amor? —preguntó Virginia suavemente.

—No —respondió Ryerson de plano—. No creo en el amor en absoluto. Ésa es una emoción artificial, que se han inventado en este siglo unos cuantos románticos y peliculeros, entre los que yo no me encuentro. Pero sí creo en el matrimonio.

—¿Por qué?

Ryerson pensó en lo peculiar que resultaba el estar manteniendo una conversación de aquel tipo con la hermana de Debby. Pero Virginia parecía realmente interesada, y él también lo estaba.

—Como te he dicho ya, creo que el matrimonio tiene muchas cosas que ofrecer. Pero la primera vez fue una cuestión de hormonas y de optimismo juvenil. Éramos ambos muy jóvenes, y no sabíamos en lo que nos metíamos. Mi mujer empezó pronto a echar de menos todas las cosas por casarse tan joven, y yo no se lo reprocho. El matrimonio se desgajó. Pero la próxima vez será diferente.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque ahora me aseguraré de que el matrimonio se funde en algo sólido y realista. Sé lo que quiero, y he llegado a una edad en la que se valora la vida sedentaria y de dependencia. Supongo que es que soy un tipo hogareño. Cuando compré la empresa de tu padre, fue porque sentí que había llegado el momento de estabilizarme, de buscar un lugar plácido para vivir y una pareja agradable. Alguien que me acompañase en las reuniones de negocios, y con quien tomarme una copa al acabar el día. No sé ni cómo se me ocurrió que ese alguien pudiera ser Debby. Debió de ser una locura.

—O tal ves tus hormonas actúan de nuevo —sugirió Virginia con una sonrisa.

—Mis hormonas ya no actúan sin mi permiso —mintió Ryerson, que en aquel momento las sentía descontroladas. Se preguntaba si Virginia sería consciente de que su bata se estaba abriendo por arriba, dejando entrever parte de su piel rosada y fresca.

—¿De modo que buscas un matrimonio por comodidad y

conveniencia?

—¿Te parece mal?

Virginia consideró la pregunta.

—Bueno, por lo menos eres sincero. Y comprendo en parte tu postura. A mí también me gustaría una amistad estable y segura con un hombre. Me gusta vivir sola, pero a veces echo de menos a alguien con quien compartir ciertas cosas. Pero nunca me casaría para conseguirlo.

—¿Preferirías una aventura pasajera? —preguntó Ryerson interesado.

—He dicho que me gustaría tener un amigo, no una aventura. Nunca he tenido un lance así de pasajero, y no sé si lo deseo —explicó Virginia con calma—. Pero si tuviera una aventura, la basaría en la amistad, y no en el deseo físico.

Ryerson se quedó sorprendido, pero intentó disimularlo.

—¿Hace cuánto que te divorciaste?

—No me divorcié. Mi marido murió en un accidente de coche hace algunos años.

—¿Algunos años? —repitió Ryerson, aún más sorprendido.

—Me casé a los veinticinco, y él murió dos años después.

—Y nunca… quiero decir… en todo este tiempo, ¿no ha habido nadie…?

Ryerson se calló, al notar que la estaba incomodando. Lo cierto era que no podía imaginarse a una mujer como aquella tanto tiempo sola.

—No encontré el tipo de amistad que pudiera evolucionar hacia una relación estable —contestó Virginia despacio—. Ni mucho menos hacia el amor.

—¿De modo que tú crees en el amor? —preguntó Ryerson algo cortante.

—Sí, por supuesto. Creo en el amor, aunque soy consciente de que no soy una mujer de las de grandes pasiones. Eso va más con personas del tipo de mi hermana —dijo Virginia con una mueca—. No espero enamorarme, y me gusta más la idea de una amistad íntima.

—¿Y te casarías con ese amigo íntimo?

—Jamás de los jamases.

Ryerson sintió el impulso de discutirle la idea, pero se relajó y lo

dejó pasar.

—Así que yo creo en el matrimonio, pero no en el amor, y tú crees en el amor pero no en el matrimonio. Aunque los dos coincidimos en la importancia de la amistad. Menos mal. En realidad, es hasta gracioso. Tu hermana, en cambio —añadió más serio—, todavía piensa que en una relación han de existir los dramas y las juergas.

—Cierto.

—Lo cierto es que yo nunca he sido un hombre así; ni siquiera cuando tenía veinticinco años. Tal vez tenga algo que ver con el trabajo con los motores, en una industria que no ha cambiado básicamente en muchos años. El sistema inicial es el que perdura, constante y estable.

Virginia rió.

—Una compra para toda la vida —dijo.

—Como el matrimonio. Funciona de maravilla mientras uno no espera o exige demasiado. ¿Qué pasó en tu matrimonio, Virginia? ¿Creíste que todo iba a ser de color de rosa? Yo desde luego sí.

Virginia se irguió, y su rostro reflejó una ira momentánea.

—Nunca hablo de mi matrimonio con alguien que no sea de la familia.

Ryerson no replicó. Sabía muy bien cuándo retirarse. Ambos se quedaron en silencio.

—¿Y ahora qué? —preguntó Virginia tras unos minutos.

Obviamente, estaba deseando cambiar de tema.

Ryerson se reclinó sobre el sofá, y se desabrochó otro botón de la camisa. Era el momento de despedirse, pero no se sentía con fuerzas. La música era preciosa, la copa perfecta, y la compañía agradable. Y si se movía un poco, podía ver mucha más piel de Virginia por la abertura de la bata. No se podía pedir mucho más a una tarde.

—Debería agradecerte la hospitalidad y despedirme —dijo, pero no se movió.

Virginia miró la hora y dijo:

—El último *ferry* sale dentro de hora y media.

—Ah, me queda tiempo —musitó Ryerson—. Ahora que conozco el camino, no tardaré más de un cuarto de hora.

—Si esperas tres cuartos de hora, o así, tal vez la tormenta

amaine. Hace una noche horrorosa para conducir.

—Desde luego —añadió Ryerson—. Cerca de aquí se está formando un verdadero estanque en medio de la carretera.

—Ya. Se inunda a menudo. Y tarda horas en secarse.

Los dos miraron la hora de nuevo, y se quedaron en silencio otra vez.

—¿Por qué no te he conocido antes, Virginia Elizabeth? —preguntó Ryerson de pronto—. Tu familia me dijo que estabas viajando mucho. Pensaban presentamos en una cena de la semana que viene. ¿Tienes que viajar mucho por el trabajo?

Virginia sonrió, y movió la cabeza negativamente.

—No, normalmente, no. Trabajo en la canalización de información por ordenadores de Carrington Miles. ¿Te suena la empresa?

—Sí, claro, de Seattle.

—Eso es. Pues bien, ahora quiere cambiar el sistema de recogida de datos, y por eso he tenido que viajar, para conocer los sistemas de otras empresas. Pero, por ahora, creo que ya he acabado.

Ryerson la miró pensativo.

—Una de las cosas que quiero modernizar en Middlebrook Power Systems es el procesador de datos. Tal vez te contrate para que me ayudes.

Virginia sacudió la cabeza y rió.

—Sí, la empresa está muy anticuada en ese terreno. Mi padre nunca se dio cuenta de la necesidad de renovar el sistema.

A partir de aquel momento, Virginia sorprendió a Ryerson con una interesante charla sobre computerización y control de datos.

Se sirvió otro *whisky* al cabo de un rato, y empezó a hablar de las reformas que quería llevar a cabo en la empresa Middlebrook. Virginia lo escuchaba con interés. Desafortunadamente, se había ajustado la bata mientras él se servía la copa.

El fuego chisporroteaba con alegría, y la tormenta seguía atronando en el exterior. De pronto, Virginia miró la hora con expresión horrorizada.

—Ya no llegas al *ferry* —dijo angustiada.

—Demonios —dijo Ryerson, mirando la hora a su vez, pero sin hacer el menor amago de salir corriendo—. En fin, tal vez sea lo mejor, después de lo que he bebido.

—Hay una par de hoteles en la isla —dijo Virginia frunciendo el ceño.

—Muy bien.

Los dos continuaron mirando el fuego, como esperando algo. Finalmente, Virginia habló.

—Puedes quedarte aquí, si no te importa dormir en el sillón —dijo—. Es un poco pequeño, pero…

—Es muy amable por tu parte, Virginia.

—Tonterías. Al fin y al cabo, eres un amigo de la familia, aunque acabes de romper con mi hermana.

—Eso espero —respondió Ryerson sonriente.

Media hora después, el sofá había quedado convertido en una cama de sábanas blancas y frescas, con una almohada de plumas. Era algo pequeño, pero muy cómodo. En la chimenea brillaban aún las ascuas rojizas.

Ryerson oyó a Virginia caminar por su cuarto, y apagar luego la luz antes de saltar a la cama. Se imaginaba su ropa interior blanca, y después se imaginó su cuerpo desnudo. Cuando tales pensamientos excitaron demasiado su libido, decidió dormirse.

Pero la imagen de una mujer de curvas delicadas y redondas lo persiguió hasta el último momento.

Su última reflexión fue que había salido durante un mes con la hermana equivocada.

Capítulo 2

A la mañana siguiente, Virginia se despertó con la sensación de que algo había cambiado su vida; de que había desaparecido algo rígido y frío. Era un sentimiento desconcertante. Abrió los ojos y se preguntó cómo podría cambiar en algo su vida ordenada el hecho de que un hombre durmiera en el sofá de su sala.

La única respuesta era que se estaba imaginando cosas. Un episodio tan simple como aquél no podía tener efectos permanentes de ningún tipo. Había alojado en su casa a un colega de trabajo de su padre, que además era amigo de la familia. Eso era todo.

Algo molesta consigo misma, se levantó de la cama y se puso la bata. Salió al pasillo, pero no se dio cuenta de que el baño estaba ya ocupado hasta que llegó a la puerta y oyó el estruendo de la ducha. No estaba acostumbrada a compartir el cuarto de baño. Siguió caminando hacia la sala.

Las sábanas y la almohada que le había dejado a Ryerson estaban cuidadosamente dobladas sobre un aparador, y la última evidencia de la presencia de un hombre en la casa era una camisa colgada del respaldo de una silla, y un par de enormes zapatos alineados ordenadamente a los pies de la misma.

El ruido del agua de la ducha se interrumpió, y Virginia se quedó parada, escuchando. Se imaginaba a Ryerson agarrando una de las toallas grandes y secándose con ella, A. C. cuando llegó al punto de imaginar la forma triangular del vello oscuro de su pecho, decidió que más le valía ir a preparar café. Su imaginación se estaba caldeando demasiado aquella mañana, cosa inhabitual en ella.

Minutos más tarde, se abrió la puerta del baño. Virginia sacó dos tazas del armario. No oyó los pasos de Ryerson hacia la cocina, lo que resultaba sorprendente, dado su volumen; pero sí sintió su presencia a su espalda.

—Buenos días —saludó el invitado, con voz profunda y algo ronca.

Virginia se volvió con las tazas.

—Buenos días.

Ryerson estaba aquella mañana tan interesante como la noche anterior. El hecho de que estuviera desnudo de cintura para arriba contribuía a su atractivo general.

Hacía años que ningún hombre se paseaba semidesnudo por su cocina. El último había sido su marido, y Virginia no guardaba buenos recuerdos de su presencia, ni física ni espiritual.

Pero Ryerson era especial. Su cabello castaño rojizo brillaba tras la ducha, y sus ojos iluminaban su expresión vivamente a la luz del sol. Sólo vestía unos pantalones, y Virginia notó que el dibujo del vello de su torso era tal y como ella lo había imaginado. Triangular, en forma de flecha, hasta la cintura.

—He usado tu maquinilla de afeitar. Espero que no te importe —dijo Ryerson.

—Claro que no —respondió Virginia al momento—. Toma. Sírvete el café mientras yo utilizo el baño.

—Gracias.

La atención de Ryerson, sin embargo, no estaba en el café, sino en el cabello de Virginia.

—¿Pasa algo? —preguntó ella.

—No —replicó Ryerson con una sonrisa—. Me acabo de dar cuenta de que anoche llevabas una toalla, de forma que no llegué a verte el pelo.

Virginia se llevó instintivamente la mano a su pelo moreno y revuelto.

—Está todo alborotado —dijo—. Voy a ver si me arreglo.

Dejó las tazas sobre la mesa y trató de salir de la cocina. Pero Ryerson no hizo ademán alguno de apartarse de la puerta. Por el contrario, cuando ella se detuvo, colocó una mano sobre su hombro. Virginia lo miró, algo turbada.

Ryerson la contempló despacio, y su mano paseó desde su

hombro hasta su cabello. Virginia le devolvió la mirada, remotamente consciente de la aceleración de su pulso.

—Gracias por lo de anoche, Ginny —dijo Ryerson suavemente —. Hacía tiempo que no pasaba una velada tan agradable. El *whisky*, la música, el fuego y tú… justo lo que necesitaba.

Virginia sonrió trémula, y se preguntó cuándo habría pasado de Virginia Elizabeth a Ginny. La sorprendió que su apodo más familiar sonase bien en los labios de Ryerson. Algo muy peculiar había sucedido entre ellos la noche anterior.

—No es nada. De veras. Siento que tuvieras que conducir en una noche tan terrible como la de ayer.

—Yo ya no lo siento.

Hubo un momento de silencio tenso, tras el cual, Ryerson inclinó la cabeza y acaparó entre los suyos los labios de Virginia.

Virginia contuvo el aliento, no muy segura de lo que sucedería. Se consideraba una persona poco sensual, su marido se lo había dejado bastante claro años atrás. Pero Ryerson había dicho la noche anterior que no era un romántico, y probablemente no esperaba, demasiado de ella. Al fin y al cabo, sólo era un simple beso.

Tales pensamientos se amontonaron en su cerebro de manera atropellada cuando la boca de Ryerson llegó hasta la suya. Virginia suspiró levemente y se relajó. Aquel beso parecía la cosa más natural del mundo.

Los labios de Ryerson eran decididos, cálidos y algo apremiantes. Virginia respondió al beso con naturalidad. A.
C. Ry
erson era una maravilla besando, y se daba cuenta de que llevaba muchos años deseando la compañía de un hombre así. Toda la vida, en realidad.

Pasó los dedos por la piel desnuda del hombro de Ryerson, y acarició su piel cálida y tersa. Ryerson gimió suavemente, y alzó la cabeza lo mínimo para decir:

—¿Sabes qué estuve pensando anoche? Que me había equivocado de hermana durante un mes.

Virginia estudió la mirada plateada de Ryerson. Temblando como si acabara de descubrir algo nuevo y maravilloso, y el mundo le pareciera aquella mañana más nuevo y más fresco.

—Apenas nos conocemos —dijo sin aliento.

Al momento se arrepintió de un comentario tan intrascendente. Además, algo en su interior le decía que conocía a Ryerson mucho más de lo que creía. Y era normal, porque se parecía mucho a ella.

—Pues me gustaría conocerte mejor —dijo Ryerson, mirándola fijamente—. Creo que tenemos mucho en común, y que podríamos llegar a ser grandes amigos.

Acarició el cabello revuelto de Virginia, y se inclinó para besarla de nuevo. De pronto, la puerta principal se abrió, y una ráfaga de aire fresco inundó el cuarto.

—¡Ginny! ¡Dios mío, pero si eres tú, Ryerson! ¿Qué demonios está pasando aquí?

Virginia se sobresaltó al oír la voz de su hermana, y se volvió hacia la puerta.

—Hola, Debby —dijo con una calma que la sorprendió a ella misma.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Deborah en un tono en el que se mezclaba la sorpresa y el sarcasmo—. No puedo creerlo. ¿Qué tenemos aquí? ¿Buscas la manera de reparar tu corazón roto, Ryerson? Me haces sentirme culpable…

Entró en el interior y los miró con sorna. Vestía un pantalón ceñido a su cuerpo delgado, y llevaba el cabello rubio cortado a la última moda.

Ryerson la miró con gesto aburrido.

—Espero que hayas llamado a tus padres. Estaban preocupados.

—Los llamaré más tarde —dijo Debby, que seguía observando a la pareja sin dar crédito a sus ojos—. Desde luego, si no lo veo no lo creo. ¿Has dormido aquí, Ryerson? ¿Con mi hermana? Nadie lo va a creer. Ginny no ha salido con nadie desde su matrimonio, que yo sepa. Y ni siquiera te conoce.

Observó el desarreglo de Virginia, y el sencillo atavío de Ryerson, y los miró suspicaz.

—Oye, no habrá tratado de forzarte, o algo así, ¿verdad? —dijo —. Porque llamo a la policía al momento y…

Virginia enrojeció. Toda su familia se había sentido en el deber de protegerla desde que murió su marido.

—Ya basta, Debby.

Debby la miró con furia.

—No, no basta. No si Ryerson está jugando contigo. Si lo estás

haciendo —añadió para Ryerson—, te diré, A.
C. Ry
erson, que te vas a meter en un lío. Mi familia se pondrá hecha una furia. Mi padre te llevará a juicio.

—Debby, por Dios —la interrumpió Virginia bruscamente—. Calla un poquito la boca, para que pongamos las cosas en claro. No necesito que me protejas de Ryerson.

—Yo no estaría tan segura —replicó Debby—. Tal vez seas unos años mayor que yo, pero nunca has tenido experiencia con los hombres, a excepción de tu matrimonio, del que me temo que no has sacado nada en claro. La verdad es que no me lo imaginaba seduciéndote por venganza, pero nunca se sabe.

—Te aseguro —dijo Virginia dignamente—, que aquí no ha habido nada de seducción ni de venganza. Así que haz el favor de callarte.

—Tu hermana tiene razón —intervino Ryerson con calma—. Cierra la boca, Deb, antes de que metas la pata más hasta el fondo todavía. Te aseguro que Ginny y yo nos entendemos perfectamente.

Debby los miró con escepticismo, pero la serenidad de ambos rostros acabó con todos sus argumentos.

—Ya. ¿Y desde cuándo deja que la llamen Ginny? —preguntó.

—No se lo he pedido. Pero no le importa. ¿Verdad, Ginny? —dijo Ryerson sonriente.

—Er… no, A. C.

—Vaya. Debí imaginario —dijo Ryerson con pesar.

—Nadie lo llama A. C. —explicó Debby—. En fin. Aquí huele a café. Me vendría bien una taza.

Todo el sentimiento excitado de la novedad se había evaporado ya de Virginia, que empezó a pensar si no debería sentirse culpable. Pero la expresión de su hermana no reflejaba celos o malestar. Básicamente, parecía haber reaccionado con humor, aparte de la preocupación por el bienestar de su hermana.

Tal preocupación hubiera emocionado a Virginia si no estuviera harta de que su familia tratara de protegerla en los asuntos de hombres desde la muerte de su marido. No hacía mucho que había declarado explícitamente que se podía cuidar solita. Aunque lo cierto era que ningún hombre se había acercado lo suficiente como para dañarla, porque no lo había permitido.

—Bueno, supongo que vosotros dos tendréis mucho de que hablar —murmuró Virginia—. Un romance recién roto merece ciertas discusiones. Así que yo voy a arreglarme.

—Bueno, Ryerson, demostraré mi pesar si tú muestras el tuyo —oyó que decía Debby cuando ella salió de la cocina—. Pero antes tomaré algo de café.

Virginia se arregló rápidamente, y escuchó las voces que procedían de la cocina. Ryerson y Debby parecían estar manteniendo una conversación amistosa. Fuera lo que fuera lo que había sucedido entre ellos, lo que estaba claro era que no se podía calificar de «gran pasión». Los dos parecían contentos de que hubiera acabado, tal y como decía Ryerson.

La cocina olía deliciosamente a huevos y beicon cuando Virginia volvió, diez minutos después. Ryerson estaba cocinando. Parecía sentirse como en su casa en la cocina de Virginia, como si llevara años viviendo allí. A Virginia no la molestó tal naturalidad. Se volvió hacia Debby, que estaba tomando café en la mesa. Su hermana parecía mucho más tranquila, y sus ojos brillaban con cierta malicia.

—Ryerson me ha dicho que te ha contado lo del «gran fin de semana» —dijo amigablemente.

—Sí, y sé que te escabulliste con tu habitual indiferencia hacia todo, Debby. Debiste imaginar que papá y mamá se pondrían histéricos.

—No pensé que fueran a leer la nota —replicó Debby con una mueca—. Era para Ryerson.

—Pues haberte asegurado de que tu padre no estuviera en la oficina cuando la nota llegara —dijo Ryerson con dureza.

—¿Y por qué la abriste delante de él? —replicó Debby.

—Yo no fui. La abrió mi secretaria. No sabía que era un asunto privado, y se quedó de piedra. La carta se le cayó, y tu padre la recogió. Me la pasó, pero sólo cuando hubo leído tu nombre, al final. Tenía derecho a preguntar qué estaba pasando, y yo se lo conté.

—Dios mío —dijo Debby—. ¿Y por eso se creen obligados a perseguirme? ¡Menudo lío!

—Estaban preocupados por ti.

—¿Dónde te quedaste anoche? —preguntó Virginia.

—Con una amiga, en Bellevue. Pero no me podía quedar allí más de un día, y yo quería desaparecer al menos dos, para dar tiempo a que el enfado de papá y mamá se enfriara. Ya sabes que esperaban que me casara con Ryerson.

—Sí —contestó Virginia.

—Vine aquí porque pensé que tú no estarías. Espero que no te importe que me quede un par de días.

Fue Ryerson el que contestó, sin embargo. Estaba sirviendo los huevos revueltos en los platos.

—No sé si a Virginia le importará o no, pero a mí sí. Más vale que te vayas en cuanto acabes desayunar.

—¿Y porqué iba a hacerlo? —preguntó Ginny indignada.

—Porque no me apetece tenerte todo el rato en medio mientras me dedico a conocer mejor a tu hermana —replicó Ryerson con calma al tiempo que distribuía los platos—. Resulta muy difícil para un hombre reponerse de un desengaño amoroso si su antigua novia se convierte en una molestia. Tengo planes en los que no estás incluida.

Los dedos de Virginia temblaron débilmente al agarrar el plato. Alzó la vista hacia Ryerson, y encontró su mirada sonriente.

—Pero bueno —se quejó Debby—, ¿es que ni siquiera vas a dolerte de tu amor perdido durante unos días?

—A mi edad, ya no se duele uno por perder un romance como el que tú y yo hemos tenido —repuso Ryerson, mientras tomaba asiento y echaba *ketchup* a sus huevos—. En cuanto comprendí que mi oído no había sufrido daño permanente por los efectos del *rock* duro, empecé a recuperarme. Desayuna y márchate, Deb.

—Te conozco desde hace un mes, y ni siquiera sabía que podías cocinar —gruñó Debby al tiempo que concentraba su atención en el desayuno.

—Lo que no dice gran cosa de nuestra relación, ¿verdad?

—Verdad. Yo creo que me di cuenta de que nuestra relación era imposible la noche que te llevé a ver a los Sleaze Train y estuviste quejándote durante una hora desde que acabó el concierto.

—Era la peor música que había oído en mi vida —dijo Ryerson.

—Bueno, seguro que tú y Ginny coincidís en el grupo musical. Retrógrado. Pero no te hagas ilusiones respecto a casarte con la otra hermana —avisó Debby—. Hace años que Ginny decidió no volver a

casarse. ¿Verdad, Ginny?

Virginia hizo una mueca hacia su hermana. No pensaba permitir que Debby se fuera de la lengua en aquel tema.

—Creo que Ryerson tiene razón, Deb. ¿Por qué no acabas de desayunar y te largas?

Debby fingió quedarse horrorizada.

—Pero bueno, ¿qué es esto? ¿Una conspiración para libraros de mí? Acabo de sufrir una experiencia traumática.

—Eres joven —dijo Ryerson—. Estoy seguro de que te recuperarás con facilidad.

—Ah, ¿sí? ¿Y tú? —preguntó Debby.

Ryerson miró a Virginia a los ojos.

—¿Yo? Pues a mí me hará falta una enorme dosis de condolencia, cariño y comprensión.

—Vaya… no sé por qué me da que sé adónde vas a ir a buscar todo eso —dijo Debby con ironía—. Ginny, no pensarás dejado llorar sobre tu hombro, ¿verdad?

Virginia ocultó una sonrisa.

—Un hombre que sabe cocinar puede conseguir prácticamente cualquier cosa —murmuró sin pensar, siendo ella misma la primera en asombrarse de sus palabras.

Ryerson rió.

—Lo recordaré. Toma más huevo, Ginny.

—Gracias. ¿Me pasas el tomate, por favor?

—Caramba, qué romántico —masculló Debby—. Vais a hacer una pareja estupenda. Tenéis mucho en común. Cuando dos personas se echan *ketchup* en los huevos revueltos, es que se compenetran perfectamente.

Una hora más tarde, Debby se marchó, quejándose por tener que ir a su apartamento, donde pronto se vería acosada por unos padres ansiosos. Sin embargo, deseó de corazón buena suerte a su hermana, y su mirada se volvió hacia la pareja, con interés, al alejarse.

—Almas gemelas —dijo Ryerson complacido—. ¿Qué te parece eso, Virginia Elizabeth?

Virginia consideró la pregunta, intuyendo una lejana promesa de felicidad. Pero prefirió atenerse a la realidad.

—Es un poco pronto para saberlo, ¿no?

—No, para mí no. Pero estoy dispuesto a darte todo el tiempo que necesites —respondió Ryerson acariciando su mandíbula—. No tenemos prisa; somos dos adultos y podemos tomamos el tiempo que sea preciso.

Virginia acarició su mano despacio.

—Sí —respondió—. Tenemos tiempo.

Estaba segura de que Ryerson no la presionaría en ningún momento, y eso la tranquilizaba.

—He dicho que quería conocerte mejor, pero la verdad es que tengo la impresión de conocerte —dijo Ryerson—. Anoche dijiste que te gustaría tener una amistad con un hombre.

—Sí, me encantaría —respondió Virginia con sinceridad.

Le parecía sencillo establecer una amistad con A.
C. Ry
erson, que tal vez, y sólo tal vez, avanzara hacia algo más profundo. Virginia sabía que no era una mujer pasional, pero por primera vez desde la muerte de su marido, consideraba la posibilidad de una relación segura y confortable.

Detuvo sus pensamientos al darse cuenta de lo lejos que estaban yendo. Tenía mucho tiempo para ver lo que sucedía, y, por el momento, le bastaba con saber que pensaba igual que Ryerson. En realidad, era el sentimiento más agradable que había tenido nunca hacia un hombre, y pensaba explorado hasta el final.

—Iremos despacio y con cuidado —volvió a prometer Ryerson —. Sin prisa. Ya verás cómo al final nos hacemos muy amigos, Ginny.

«Amigos». Virginia sonrió ampliamente.

—Magnífico.

* * *

«Sin prisa». Aquellas dos palabras tuvieron eco en la mente de Virginia en muchas ocasiones a lo largo de las siguientes tres semanas. Reflexionaba sobre ellas en la ducha, antes de dormirse, en el trabajo…

«Sin prisa». Había encontrado a un hombre que se conformaba con que la relación se desarrollara paso a paso, que se consiguiera

primero una amistad, antes de exigir compromiso. Se haría amiga de Ryerson, y luego decidirían si les interesaba ir más lejos. Tal seguridad era un gran alivio para Virginia.

Por primera vez desde su desastroso matrimonio, podía aceptar la idea de una relación intensa con un hombre. Si aquel hombre resultaba ser el adecuado, tal vez accediera a hacer más carnal su relación. Un hombre como Ryerson no esperaría maravillas de ella en la cama.

Casi cuatro semanas después de haber iniciado su relación con Ryerson, Virginia quedó con su hermana para comer. Debby apareció llena de paquetes, con una llamativa minifalda, A. C. contempló con disgusto el traje de chaqueta de su hermana, pero no hizo ningún comentario. Sabía que a Virginia le gustaba vestir de modo más conservador.

—Bueno, cuenta —urgió Debby en cuanto se sentó—. ¿Qué tal la gran aventura amorosa? Todos sabemos que llevas saliendo casi un mes con Ryerson. Papá y mamá no quieren hacerse ilusiones otra vez, pero yo estoy segura de que os irá bien. Estáis hechos el uno para el otro.

—Muchas gracias —dijo Virginia—, pero no os equivoquéis. Ryerson y yo sólo somos amigos.

Debby levantó la vista del menú y la clavó en Virginia.

—Vamos, Virginia, no te hagas de rogar. Ya sabes que soy muy curiosa. ¿Qué tal os va?

—Bueno, el sábado pasado, Ryerson y yo pasamos una noche formidable en el *ballet* —explicó Virginia con calma—. El martes estuvimos cenando en el muelle. Salmón, para más señas. Este fin de semana me parece que vamos a ir a un concierto de música clásica, aunque aún no lo hemos decidido. También hay una exposición de cactus a la que nos gustaría ir.

Debby hizo un gesto desesperado.

—Una exposición de cactus. Dios mío. Pero no es a eso a lo que me refiero, y lo sabes muy bien. Lo que quiero saber es si te acuestas con él, hombre.

Virginia la miró sorprendida.

—No eres un prodigio de sutileza, ¿eh?

—Desde luego que no. A muchos hombres los atrae eso de mí. Pero contesta, hermanita.

Virginia sonrió con fingida altanería.

—La pregunta, desde luego, no merece contestación, pero te la daré, de todas formas, porque sé que si no te vas a enfadar. No me acuesto con él. Y además, no me preocupa en absoluto. Hemos decidido que tenemos todo el tiempo del mundo, y no vamos a precipitamos. Nos interesa más cultivar nuestra amistad que convertimos en amantes.

—Ya, ya —murmuró Debby mientras tamborileaba una uña sobre la mesa—. Oye, Virginia, Ryerson es un tipo estupendo, pero he visto cómo te mira. Te diré algo: a mí nunca me miraba así. Está pensando en algo más que una simple amistad. ¿Sabe lo de tu matrimonio?

—Sabe que estuve casada, sí. Y él también lo estuvo. Pero eso fue hace mucho, y apenas hablamos de ello.

—¿Pero sabe lo mal que te fueron las cosas en esos tres años? —insistió Debby.

La sonrisa de Virginia se evaporó.

—Ni siquiera tú sabes lo mal que fueron las cosas, Deb —dijo.

Su hermana se sonrojó.

—No, pero he observado tu modo de evitar cualquier relación seria desde la muerte de Jack. No hace falta ser un genio para adivinar que las cosas fueron muy mal. Es lógico que la familia se interese por el hecho de que empieces una relación seria de nuevo. Todos esperamos que vaya bien, pero la verdad es que estamos un poco nerviosos.

Virginia suspiró.

—Me lo imagino. Todo el mundo quiere protegerme. Resulta conmovedor, por un lado, pero totalmente innecesario. Ryerson y yo nos compenetramos muy bien, y vamos a ir con calma.

—¿Es ésa la mayor ventaja que le ves? ¿Qué no te agobie? —preguntó Debby sagazmente.

—Bueno, la verdad es que resulta un alivio encontrar un hombre que acepte el ir despacio —admitió Virginia.

Ryerson era tan tierno y tan considerado a la hora de dejarle marcar el ritmo de la relación, pensó Virginia, que resultaba una verdadera suerte tenerlo por amigo.

* * *

«Sin prisa».

Ryerson reflexionó sobre aquellas palabras, que no hacían más que repetirse, burlonas, en su cerebro. En aquel momento, le parecía que pronunciadas había sido fruto de un acceso momentáneo de locura.

Llevaba saliendo con ella un mes entero ya, y se empezaba a subir por las paredes. Era ridículo. De nada servía el recordar que había estado saliendo con Debby durante un mes entero y apenas había sentido la falta de una relación sexual. Aquella vez era completamente diferente. No sólo recordaba la falta de relación sexual, sino que estaba continuamente excitado, cosa que no le había sucedido desde la adolescencia. Y el deseo insatisfecho se hacía cada vez más doloroso.

Se levantó de su escritorio y caminó hacia la ventana, para observar con impaciencia el panorama de edificios de oficinas y plantas industriales, separadas por fragmentos de césped. Middlebrook Power Systems estaba instalada al sur de Seattle, junto a muchas otras industrias de la zona. Era el área de industrias más importante.

Mientras contemplaba desinteresado la escena, Ryerson reflexionó sobre su vida privada. El problema estaba en que Ginny prefería proceder con cautela y sin prisa. Y no podía reprochárselo. Al fin y al cabo, se parecía mucho a ella. Y lo cierto era que un mes no significaba nada en una relación. A los tres meses era lógico plantearse la dirección que tomaban las cosas, pero, definitivamente, no era normal sentir tal ansiedad al cabo de cuatro semanas.

Pero la deseaba. Muchísimo. Sabía, sin embargo, que la única forma de llegar a algo era tomárselo con calma, día a día.

Resultaba una situación horrible estarse consumiendo sin cesar, mientras Ginny parecía perfectamente satisfecha con la situación de simple amistad. Ryerson no dudaba de que Ginny esperaba llegar a la misma conclusión que él, pero dudaba de su capacidad de espera.

Estaba seguro de que Ginny disfrutaba de su compañía, y trataba de que sus citas fueran frecuentes, pese a que el horario de *ferrys* era un aburrimiento.

También sabía que a Virginia le gustaba que la besara A. C. cada

día aceptaba sus muestras de cariño con mayor naturalidad, y temblaba dulcemente cuando le tocaba los pechos. Pese a que Ryerson adoraba su entrega, a veces le chocaba descubrir cierta inexperiencia en sus labios. Como si no estuviera segura de sí misma.

Inevitablemente, Virginia siempre encontraba una manera sutil, pero firme, de frenar el, contacto antes de que llegaran a la cama. Y Ryerson, atrapado por su propia promesa, no se atrevía a presionada.

Ryerson apretó con fuerza la fría manivela de la ventana. No iba a poder resistido mucho más. No sabía cuánto tiempo pensaría Ginny continuar con aquella situación, pero sospechaba que podía ser bastante. No parecía tener gana alguna de ir a la cama con él.

Otro mes como aquél lo volvería loco.

Lo que necesitaba era romper el círculo platónico que rodeaba su relación. Las cosas resultaban demasiado calmadas y fáciles para Ginny. Tal vez un viaje fuera la respuesta. Escenarios nuevos y románticos, y el hecho de salir de la rutina, la animaría a ver la relación desde otro punto de vista.

Ryerson adoptó una expresión decidida, y agarró el teléfono para llamar a la agencia de viajes.

* * *

Virginia estaba disfrutando de la vista de la bahía de Elliot por la ventana de la casa de Ryerson, mientras comía un delicioso salmón fresco, cuando vio los billetes. Se asombró tanto, que estuvo a punto de dejar caer el tenedor. Miró a Ryerson a los ojos.

—¿Te vas de viaje de negocios a algún sitio?

Ryerson le devolvió la mirada.

—No. Nos vamos los dos. Y no por negocios, sino por placer. Me gustaría salir de aquí, y pasar unos días contigo. Me dijiste que tenías vacaciones ahora. ¿Qué te parece?

Virginia se quedó inmóvil, consciente de que algo iba a cambiar en su relación, y no muy segura de estar preparada para asumir el cambio.

—¿Adonde? —preguntó.

—A una isla caribeña, situada frente a México. Se llama Toralina, y he reservado plazas en un hotel magnífico, en la costa. Arena, comida exquisita, casino, paseos bajo las estrellas… ¿Qué dices? ¿Puedes escaparte unos días?

Virginia tragó saliva, algo indecisa. No estaba preparada para aquello. Tan sólo una semana antes, había estado hablando con Debby sobre las maravillas de fundar una sólida amistad antes de llegar más lejos.

Sabía que si aceptaba la oferta del viaje, aceptaría un cambio radical en su relación. No era nada tonta, y sabía que el viaje era una excusa para intimar su relación. Compartirían habitación, y Ryerson esperaría que durmiera con él.

Había sido lo suficientemente amable, sin embargo, para facilitarle una excusa para negarse. Le había preguntado si tenía tiempo, si podía escaparse. No tenía más que decir que no. Él entendería que no estaba preparada aún.

Pero ¿cuándo estaría preparada?, se preguntó Virginia. ¿Cuánto tardaría en decidirse a hacer el amor con Ryerson? ¿Unas cuantas semanas? ¿Un mes? Ni ella misma lo sabía.

Aquel billete de avión era la forma de Ryerson de hacerle la misma pregunta, y tal vez fuera el momento de averiguar la respuesta. Ryerson era su mejor amigo, y si no podía satisfacerlo en la cama, cuanto antes lo descubrieran, mejor.

—Me encantaría ir contigo a Toralina —dijo suavemente, sorprendida de su propio valor.

Capítulo3

Estaba mucho más nerviosa que una novia normal en su noche de bodas. Pero, claro, Virginia sabía mejor que la mayoría de las novias lo negativa que podía llegar a ser la experiencia de la noche de bodas. Tenía que recordarse continuamente que aquélla no era una noche de bodas, sino tan sólo la primera noche con Ryerson.

Se prometió a sí misma no caer en el pánico. Sin embargo, los estremecimientos de incertidumbre se sucedían en el cuerpo de Virginia mientras se vestía con nerviosismo para la cena. Palabras como «boda» y «noche de bodas» le producían tal efecto. Hay a quien le horrorizan las serpientes, o las arañas. A ella la aterrorizaba el matrimonio.

Apartó tal pensamiento de sí deliberadamente. Lo que le faltaba era empezar a desenterrar viejas historias de su terriblemente reveladora noche de bodas, y de la pesadilla de matrimonio que la siguió.

No iba a pasar nada, se repitió por enésima vez. Después de todo, no se iba a casar con Ryerson. Únicamente iba a intentar establecer una relación amorosa con él. Y Ryerson no se parecía en nada a su marido. Ryerson era su amigo, su compañero, un hombre con el que se compenetraba perfectamente.

Llevaba repitiéndose la misma letanía desde el día en que Ryerson le mostró los billetes de avión y le pidió que lo acompañara a Toralina. En los días de preparación del viaje, había conseguido casi convencerse de que todo iría bien, pero aquella noche la volvían a asaltar todas las antiguas ansiedades. La noche era

tranquila y cálida, pero Virginia sentía continuos escalofríos en la espalda, y las manos le pasaban alternativamente del frío al calor.

No se iba a casar con él. Únicamente iba a intentar hacer el amor. Ryerson no era un hombre muy exigente.

¿O sí lo era?

Después de todo, era un hombre increíblemente viril. Aunque Virginia tal vez no fuera la mujer más apasionada del mundo, pero no por ello dejaba de notar la energía sexual que desprendía Ryerson bajo su aparente calma. Por eso había accedido a acompañado a aquel viaje. Sabía que, tarde o temprano, el tema de sus relaciones físicas tenía que salir a la luz. Tenían que descubrir la verdad sobre aquella faceta de su amistad:

Acabó de ponerse el vestido nuevo que había comprado para la ocasión, y se asomó a la ventana de nuevo para contemplar una vez más aquel panorama de ensueño. Tras los jardines del hotel, se extendía un horizonte inacabable de aguas de color turquesa. La línea anaranjada de la playa separaba las colinas tropicales del agua. El hotel se alzaba entre la vegetación en alegre geometría de blancos y rojos.

Aquel lugar, desde luego, no se parecía nada a Seattle, pensó Virginia. Parecía más bien un decorado fantástico, y eso era bueno. Era el lugar ideal para iniciar una aventura romántica, y estaba claro que Ryerson había hecho elección pensando en eso mismo.

Lo que necesitaba, decidió Virginia al tiempo que se alejaba de la ventana, era una copa. Doble.

Cruzó la habitación a grandes pasos, tratando de ignorar la enorme cama que presidía la estancia, y entró en la sala. Tomó aliento al ver que Ryerson dejaba de lado el periódico que estaba leyendo y se levantaba. Por un momento, se limitó a contemplado, levemente consciente de un sentimiento de anhelo.

Estaba guapísimo, pensó con tristeza. El tipo de hombre seguro y tranquilo, que resultaba terriblemente fascinante con un traje de noche de corte clásico.

—Estás muy guapo —comentó con ligereza—. Ese traje te sienta estupendamente.

Ryerson la miró un rato, y luego sonrió.

—Tú sí que estás fantástica esta noche —dijo, contemplándola con éxtasis—. Muy exótica y un poco misteriosa.

—Esta noche me siento como hechizada —admitió Virginia.

—Y yo —respondió Ryerson con los ojos brillantes—. Ni siquiera he pensado en motores diesel en todo el día. A lo mejor esto de los trópicos nos viene bien, Ginny. Tal vez sea justo lo que los dos necesitábamos.

Pasó una mano por la nuca de Virginia, y la besó en el cuello. Virginia cerró los ojos y se rindió momentáneamente al estremecimiento de deseo que la recorrió. Todo iba a salir bien, se dijo. Al abrir los ojos, encontró en Ryerson una expresión que era a la vez infinitamente posesiva y terriblemente tierna. Reunió fuerzas y le formuló la pregunta que llevaba persiguiéndola todos aquellos días.

—Ryerson —susurró—. Tengo que preguntarte algo. Es importante.

—Lo que quieras —asintió Ryerson con paciencia.

—Verás… si esta noche… si las cosas no fueran bien… Quiero decir, si descubriéramos que todo ha sido una equivocación, y todo va mal esta noche, ¿seguirás siendo mi amigo?

—¡Ginny! —exclamó Ryerson al tiempo que besaba su nariz—. ¿Qué sucede, cariño? Nada va a ir mal. Somos amigos, y nos vamos a convertir en amantes. ¿Qué puede salir mal?

—Pero si no nos gusta, si nos hacemos amantes, ¿seguiremos siendo amigos?

Ryerson clavó en ella una mirada reconfortante.

—Estás nerviosa, ¿verdad?

—Un poco —admitió Virginia, que necesitaba una respuesta a su pregunta.

—Cariño, hemos sido amigos desde la primera noche, y nada va a cambiar eso. Lo que pase esta noche únicamente profundizará nuestra relación. Y ahora, ¿qué te parece si estos dos amigos salen a pasar una noche en medio de un paraíso?

La tomó de la mano, expresando con su mirada mucho más que con sus palabras. Ginny apartó de su mente las turbadoras reflexiones, y se refugió en el humor.

—Ni siquiera hablas como un negociante de motores.

Ryerson pasó un dedo por el hombro desnudo de Virginia.

—Estamos en paz, entonces. Tú tampoco vas vestida como una mujer que trabaje con ordenadores.

Virginia hizo una mueca.

—No me lo recuerdes —dijo, refiriéndose al vestido que había elegido junto a su hermana—. ¿Crees que es demasiado…?

—Es perfecto.

Salieron al jardín. La noche serena y cálida los envolvía con aromas de flores. El edificio principal del hotel estaba situado a cierta distancia, de forma que los aposentos tuvieran intimidad.

Los jardines eran frondosos y verdes, y había algunos otros huéspedes paseando por los estrechos senderos de flores.

—¿Podemos tomar unas copas antes de cenar? —preguntó Ryerson—. El casino abre a las nueve.

Virginia lo miró con curiosidad.

—¿Te gusta jugar?

—Casi nunca. De vez en cuando juego al póquer, pero eso es todo. Este viaje es la mayor apuesta que he hecho en años, ¿y tú?

Virginia enrojeció al oír tales palabras.

—También —admitió.

Ryerson sonrió, y la estrechó contra su hombro un poco más.

—Considérame como algo seguro —dijo.

Ojalá pudiera ella garantizar lo mismo, pensó Virginia.

La terraza del bar estaba llena cuando llegaron. Encontraron una mesita en un rincón, y Virginia pidió un licor en lugar de su acostumbrado vino. Ryerson pidió *whisky*, como de costumbre.

A medida que el alcohol penetraba en su garganta, el nerviosismo de Virginia se debilitaba. La conversación, algo tensa antes de sentarse, reasumió su habitual soltura.

Para cuando llegaron al comedor, la chica se sentía mucho mejor. Estaba a miles de kilómetros de Seattle, y de su pasado. La botella de vino que acompañó a la cena colaboró a intensificar tal sensación.

—Esta noche siento que la suerte me acompaña —dijo Ryerson al acabar la cena—. Vayamos al casino.

Caminaron de la mano hasta el brillante edificio, en donde los croupiers repartían cartas a miles de jugadores excitados, y las máquinas tragaperras vibraban musicalmente.

La sala estaba atestada de elegantes clientes, y toda la atmósfera estaba ceñida de una aureola de irrealidad. El sentimiento de estar en un mundo diferente se acrecentó en Virginia. Estuvo

contemplando a Ryerson jugar en una de las mesas un rato, y luego probó suerte en las tragaperras. Ganó diez dólares a la primera y los añadió a las ganancias de Ryerson.

—Tenías razón —dijo riendo—. Esta noche estamos de suerte.

Una camarera pasó ofreciendo champán, y Virginia aceptó una copa. No podía dejar desaparecer aquel maravilloso sentimiento de irrealidad. Pero cuando iba a llevarse la copa a los labios, Ryerson la detuvo. La miraba con expresión medio divertida, medio preocupada.

—Cuidado —advirtió—. Es fácil descontrolarse cuando te lo estás pasando tan bien como tú esta noche.

Virginia frunció el ceño.

—¿Descontrolarse? Ah, te refieres al champán. No te preocupes, Ryerson, me encuentro muy bien. Mejor que nunca, en realidad. Te prometo no emborracharme.

—Más vale que ni siquiera lo intentes —replicó Ryerson, quitándole la copa de las manos.

Virginia iba a protestar, pero Ryerson la besó.

—Créeme —dijo—. Tú no estás acostumbrada a este ritmo de vida, y sería una pena que pagaras mañana por los excesos de hoy. Sólo tenemos unos días para disfrutar de esto, y no podemos perder ni uno.

Ryerson no lo entendía, pensó Virginia resentida. A ella no le importaba que el día siguiente fuera un desastre mientras aquella noche transcurriera con éxito.

—Mañana será otro día, ¿por qué preocupamos por ello? —preguntó.

—¿No te preocupa el mañana? —bromeó Ryerson—. Vamos, Ginny, ésa no es la Virginia Elizabeth que conozco.

—A lo mejor es que esta noche no quiero ser la Virginia Elizabeth que suelo ser —replicó Virginia.

—¿Y cómo te gustaría ser?

Virginia pestañeó ante la pregunta.

—Me gustaría ser como tú quieres que sea esta noche.

El rostro de Ryerson perdió la expresión risueña.

—La mujer que yo quiero eres tú, Ginny. No tienes que cambiar.

—Eso es lo que tú te crees —murmuró.

Inmediatamente, su semblante se animó. No estaba dispuesta a

perder el terreno que había ganado aquella noche.

—Vamos a las mesas del póquer, a verlos jugar —dijo.

Ryerson no replicó, y dejó que Virginia lo guiara hacia el lugar donde varias personas engalanadas para la noche probaban suerte con los dados. Había un joven pelirrojo que parecía más animado que los demás. De sus dedos se alzaba una columna de humo de cigarro. Ganaba repetidamente.

Mientras Ryerson y Virginia miraban, los jugadores fueron retirándose uno a uno, hasta dejar al pelirrojo solo con sus ganancias. Mientras las recogía, alzó hacia Virginia una mirada azul y enfebrecida. Obviamente, el éxito se le había subido a la cabeza A. C. cuando la pareja hizo ademán de retirarse, el extraño habló.

—Oiga, espere. ¿No le apetece jugar? Parece un hombre con instinto aventurero.

—Esta noche no, gracias. Tal vez en otra ocasión.

—Otra ocasión… ¿y por qué no hoy? Me presentaré. Soy Harry Brigman. Tengo una racha de suerte que no cambia.

—Yo también —repuso Ryerson sonriendo, al tiempo que apretaba cariñosamente la mano de Virginia—. Yo también.

—Bueno, ¿pues por qué no organizamos una partida con alguno de estos caballeros, a ver que pasa? —preguntó Brigman alegremente.

Virginia notó cierta indecisión en Ryerson.

—Si quieres jugar, adelante —dijo—. A mí no me importa.

Ryerson la miró pensativo.

—Bueno…, la verdad es que esta noche me siento con suerte.

—Pues venga, juega —lo animó Virginia—. Yo miraré.

En realidad, le apetecía tener algo más de tiempo para sí misma.

Brigman los miró con curiosidad.

—Tal vez ella sea su amuleto amigo —dijo.

—Tal vez —asintió Ryerson casualmente.

Miró a Virginia, y sus ojos se llenaron súbitamente de decisión.

La besó levemente en los labios y se sentó a continuación en la mesa. Miró hacia atrás para comprobar que Virginia estaba a su lado.

Virginia se apoyó en la barandilla de madera que rodeaba el área de juego, y sonrió para inspirarle confianza. Una partida de póquer podía ser muy larga, pensó. Eso le daba mucho tiempo para

reunir algo más de coraje.

En algo acertó, desde luego… la partida continuó durante bastante tiempo. En cuanto se enfrascó en el juego, Ryerson se olvidó de su presencia. Virginia observó el juego durante un rato, pero como apenas conocía las reglas, se le hacía bastante pesado. De modo que decidió acercarse al bar a tomar otra copa.

Cuando regresó, la partida no había disminuido de intensidad. Ryerson se había quitado la chaqueta, como los otros hombres que rodeaban la mesa, pero aquélla era la única concesión que se había dado a la tensión. Lo que sí parecía haber cambiado era la cantidad de fichas que se apilaban frente a Ryerson, que había crecido considerablemente. Era una buena señal.

Se apoyó de nuevo en la barandilla, y admiró la serena técnica de Ryerson mientras consumía su copa. Nada parecía alterado. Jugaba al póquer de la misma forma en que despacharía un negocio. Por su parte, Brigman parecía estar cada vez más nervioso. Era obvio que empezaba a perder, y que eso destruía sus esquemas.

Transcurrió otra hora. Virginia se acercó a la orquesta para oír música, y declinó cortésmente un par de invitaciones a bailar. Al volver a la zona de juego, notó que la partida había llegado a un punto crítico. Todos se habían retirado a excepción de Ryerson y Brigman. Gotas de sudor perfilaban la frente de Brigman, y descendían hasta sus mejillas. Se las apartaba con una mano impaciente, sin dejar de concentrarse en el juego.

Bajaron las cartas, y, aunque Virginia no podía verlas, leyó con toda claridad en el rostro de Harry Brigman que había perdido una gran cantidad. El hombre se levantó de golpe y dijo algo al oído de Ryerson. Después se volvió y salió del casino a grandes zancadas. Ryerson se levantó con más parsimonia, y se estiró. Luego, buscó a Virginia con la mirada.

—Enseguida vuelvo —dijo despacio.

—¿Adónde vas?

—Brigman y yo tenemos que hablar en privado. Espérame aquí.

Virginia esperó con impaciencia, llena de curiosidad y alarma. Se preguntaba qué habría sucedido durante el juego que requería una consulta privada entre los dos participantes. Estaba a punto de salir en su busca cuando Ryerson regresó inesperadamente. Brigman no estaba con él.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó Virginia apresurándose a su encuentro.

Los ojos de Ryerson brillaban de excitación.

—Brigman me acaba de pagar sus deudas, eso es todo —dijo.

—¿Pero cómo? ¿Por qué has tenido que salir? ¿Qué está sucediendo?

—Ssss. Ahora te lo cuento. Salgamos de aquí.

La tomó del brazo y la condujo al exterior. Avanzaron por los jardines cálidos y serenos, y cuando se hubieron alejado de la multitud, Ryerson se detuvo y extrajo algo del bolsillo. Los alumbraba la luz tenue de una farola.

—Echa un vistazo a esto.

Virginia estudió el pequeño estuche de joyería que Ryerson le tendió. Una extraña exaltación se apoderó de su cuerpo.

—¿Qué es?

Sin una palabra, Ryerson abrió el estuche y mostró a la luz su contenido. Virginia lanzó una exclamación ahogada y se quedó inmóvil, contemplando extasiada el contenido.

Era un brazalete. Un brazalete impresionante. Virginia nunca había visto algo parecido. Bajo la pálida luz de la farola, las piedras mas lanzaban extraños resplandores de fuego. Esmeraldas y rubíes se unían en una base de oro. Toda la pieza brillaba con un calor que resultaba impropio de una joya.

Virginia se quedó sin habla, y tuvo la sensación de que la realidad se descalzaba, y de que se hallaba ante un objeto que pertenecía a una dimensión diferente de la del mundo que la rodeaba. Aquel brazalete parecía inmune al tiempo, como si perteneciera a la vez al pasado, al presente y al futuro.

Y era suya. De Ryerson y suya. Sacudió la cabeza para despertar de tales ensoñaciones, y consiguió por fin susurrar:

—Un brazalete.

—De oro con esmeraldas y rubíes —dijo Ryerson—. Por lo menos, eso dice Brigman.

—¿Y tú lo crees?

—No sé. Yo no soy joyero.

—Es maravilloso, Ryerson. Una preciosidad. Aunque fuera falso, seguiría siendo la joya más bonita que he visto nunca.

—Si es falso, desde luego es una falsificación magnífica. Mira,

aquí hay una apreciación de la antigüedad que tiene, realizada por un joyero —indicó Ryerson, señalando un papel que había debajo del brazalete—. Aunque no indica el valor, asegura que la piedra es de finales del siglo XVII.

—Asombroso.

Ryerson cerró la caja, con los ojos brillantes.

—Eso pensé yo cuando lo vi. En cuanto Brigman abrió el estuche, supe que tenía que quedármelo. Le dije que lo aceptaba a cambio de todo lo que me debía.

—¿Había perdido mucho?

—Al acabar el juego, me debía más de diez mil dólares.

Virginia abrió la boca de la sorpresa.

—¡Diez mil dólares! —exclamó—. Ryerson, ¿llegasteis a jugar tanto dinero?

—Ya te dije que esta noche iba a tener suerte —replicó Ryerson con una sonrisa maliciosa.

—Pero… ¡Diez mil dólares! ¡No puedo creerlo! ¿Y si el brazalete es falso? A no ser que las piedras sean buenas, no llegará ni por asomo a costar tanto.

Ryerson guardó el estuche.

—Pero como sean buenas, el valor va a ser mucho más elevado. De todas formas, no tuvo opción. Brigman no tenía tanto dinero aquí, y esto era lo único que podía darme para cubrir la deuda. En cualquier caso, creo que ha merecido la pena —dijo sonriendo—. Vamos, Virginia, vayamos a beber algo. A mí me vendrá bien.

—Y a mí —asintió Virginia con desmayo.

No podía imaginarse una partida de póquer en que se llegara a tanta ganancia.

—No te pega nada —murmuró asombrada.

—¿El qué?

—Jugar tan alto.

Ryerson sonrió de nuevo, mostrando un arrogante orgullo.

—Señorita, la noche es joven, y aún me acompaña la suerte. Lo presiento; ésta es mi noche.

Virginia no estaba tan segura acerca de aquello último, pero lo dejó pasar. Además, empezaba a compartir el entusiasmo de Ryerson. Nunca había visto algo tan bello como aquel brazalete.

—Tal vez sea verdad que te traigo suerte —murmuró.

—Nunca lo dudé —le aseguró Ryerson.

Por vez primera, Virginia empezó a desear que llegara la hora de acostarse.

Estuvieron bailando hasta algo después de la una, y, poco a poco, un sentimiento de expectación se apoderó de Virginia. La ansiedad que había sentido antes se reemplazó por una delicada excitación nueva para ella.

A lo mejor todo salía bien aquella noche, después de todo. Tal vez su amistad con Ryerson pudiera albergar también una satisfactoria relación amorosa. Se estremeció en sus brazos en la pista de baile y sintió el estuche del brazalete en el bolsillo de la chaqueta de Ryerson. Pero también notó la excitación de Ryerson.

Estaban en medio de un baile lento y sensual cuando llegó el momento álgido. Virginia se balanceaba lentamente contra el cuerpo de Ryerson, con la mejilla;\poyada en su hombro, cuando escuchó las palabras en su oído.

—Vámonos al cuarto, cariño. Es ya bastante tarde, y quiero acabar de probar mi suerte esta noche.

El sentimiento expectante que Virginia albergaba en su interior se tambaleó levemente. Virginia trató de retenerlo, pero se dio cuenta, de pronto, de que aún no estaba preparada. Fingió mirar la hora y dijo:

—Si sólo es la una. La noche es joven.

Su entusiasmo era fingido.

—La hora perfecta —contestó Ryerson al tiempo que la guiaba fuera de la sala.

Virginia decidió que una última copa la ayudaría a calmarse.

—¿Qué te parece si tomamos la última en el jardín? —sugirió alegremente.

Ryerson la miró interrogante.

—De acuerdo. Si te apetece…

—Estoy segura de que es lo que los millonarios hacen en situaciones como ésta.

—Pues no seré yo el que cambie las costumbres.

Se sentaron en la terraza y pidieron dos coñacs. Ryerson saboreó el suyo en silencio.

—Qué noche más bonita, ¿verdad? —dijo Virginia, al tiempo que probaba su copa.

Tomó un trago demasiado grande, y estuvo a punto de echarse a toser, pero se contuvo.

—La noche es preciosa, pero tú eres lo más hermoso que hay hasta el horizonte —dijo Ryerson despacio.

Virginia se volvió hacia él, y se encontró con sus ojos fijos en ella. Su mirada reflejaba un deseo profundo, quebrante. Virginia se llevó la copa a los labios de nuevo.

Pero, en aquella ocasión, Ryerson la detuvo.

—¿Tanto alcohol te hace falta para que te apetezca acostarte conmigo? Oye, Virginia, somos amigos, ¿no? Puedes decirme la verdad. Si no quieres hacer el amor conmigo, no tienes más que decido.

Virginia lo miró desazonada, e intentó sonreír. Nada de aquello era culpa de Ryerson.

—Supongo que es que estoy un poco nerviosa —dijo.

Ryerson no llegó a sonreír del todo, pero sus ojos revelaban comprensión.

—Si te sirve de algo, yo también. Yo creo que no es muy raro, dadas las circunstancias. Esto se está llegando a parecer a una noche de bodas.

Virginia se estremeció, y trató en vano de relajarse. No era una noche de bodas, se repitió una y otra vez. No era eso lo que Ryerson quería decir; simplemente había hecho una mala elección de términos.

—¿Tú también estás nervioso?

—Sí.

Aquello resultaba alentador, por alguna razón.

—Tenemos mucho en común, ¿verdad? —preguntó Virginia—. Mira que ponemos nerviosos por algo así…

—Pero todo saldrá bien, ya verás —repuso Ryerson con dulzura.

Sus ojos brillaban como dos pozos de plata a la luz de la luna. Virginia se humedeció los labios resecos. Le resultaría más fácil todo sabiendo que Ryerson tampoco estaba muy seguro. Dejó el coñac de lado y se levantó con decisión.

—Bueno, pues vamos allá. Ya veremos qué pasa. No sabremos si todo va bien hasta que no nos pongamos a ello. Ahora o nunca. La experiencia es la madre de la ciencia A. C. cuando quieras…

Alargó la mano hacia él, que se quedó mirándola con gesto

extraño…

—Oye, Virginia, esto no es una prueba científica. Si prefieres esperar…

Pero la decisión de Virginia ya estaba tomada; desde el mismo día en que aceptó el billete a Toralina. Y el esperar no iba a suponer adquirir más valor.

—No, desde luego que no. No dejes para mañana lo que puedas nacer hoy. No esperaremos más. Me invitaste a este viaje por una razón específica, y yo accedí a venir. Estoy harta de mi cobardía. Es el momento de que descubramos la verdad.

—¿La verdad de qué? —preguntó Ryerson mientras permitía que Virginia lo levantara de la mesa.

—No importa —replicó Virginia arrastrándolo a través de la terraza—. Lo importante es no mirar atrás. Dejar que la corriente fluya. Reunir coraje y lanzarse. Ahora o nunca.

—Caramba, esto cada vez me da más miedo —observó Ryerson detrás de la chica—. Y no entiendo por qué. ¿Hay algo de lo que quisieras hablar antes, cariño? ¿Hay algo que yo no sepa y deba saber?

—Ésta no es hora de hablar; es hora de actuar.

—Si tú lo dices… pero, Ginny, no es necesario apresurarse. Todavía es temprano. Tenemos toda la noche por delante. Tú misma lo dijiste antes.

Virginia se detuvo de golpe y se volvió hacia él.

—Oye, esto ha sido todo idea tuya. ¿Te estás arrepintiendo acaso?

Ryerson estuvo a punto de chocarse con ella. Observó su expresión retadora.

—Claro que no, cariño. Pero lo cierto es que no entiendo tu actitud.

—Pues no hay nada que entender —replicó Virginia con agresividad—. Yo estoy dispuesta, tú estás dispuesto, pues adelante.

—De acuerdo —accedió Ryerson suavemente—. No discutiré tu lógica.

Sacó la llave del bolsillo y abrió la puerta de su habitación. Cuando se separó de la puerta para dejar pasar a Virginia, la chica entró como una estampida.

Virginia cerró la puerta con llave en cuanto Ryerson la siguió al

interior, y luego se volvió para enfrentarse con él. Temblaba de pies a cabeza; tal vez de excitación, o tal vez de terror. No estaba muy seguro de cuál era la emoción que aceleraba su pulso.

Con los ojos clavados en la expresión fija de Ryerson, se desabrochó con precipitación los botones del cuello de su vestido. Ryerson no dijo nada, y observó con rostro inexpresivo cómo Virginia se bajaba la cremallera de la espalda.

Pero cuando sintió que la prenda se deslizaba suavemente hacia el suelo, Virginia perdió la poca calma que le restaba. Rápidamente, se sujetó el vestido sobre el pecho.

—¿Te ayudo? —preguntó Ryerson con cortesía.

Virginia sacudió la cabeza de forma negativa.

—No, no, gracias. Perdona un momento, por favor.

Entró en el dormitorio y cerró la puerta. Luego, abrió el armario y rebuscó con frenesí el nuevo camisón que había comprado para aquella ocasión. Tenía que estar por allí, porque recordaba perfectamente haberlo metido en la maleta. Sin dejar de sujetar el vestido sobre su pecho, se agachó para ver si el camisón se había caído al fondo del armario.

La puerta se abrió detrás de ella, y Virginia lanzó una exclamación ahogada. Se levantó precipitadamente y se golpeó en la cabeza con la manivela de la puerta del armario.

—¡Maldición! —exclamó, al tiempo que se llevaba una mano al lugar dolorido.

El vestido cayó hasta sus caderas, dejando al descubierto el sostén blanco y parte de la braga que iba a juego. Virginia lo recogió al momento.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Ryerson mientras entraba en el cuarto.

Se había quitado la chaqueta y aflojado la corbata. Llevaba en la mano el estuche del brazalete.

—Estoy perfectamente —le aseguró Virginia.

—Ginny, ¿estás segura de que todo va bien?

—Pues claro. ¿Qué podía salir mal? La situación está muy clara, ¿no? Quiero decir… tú y yo, aquí, solos. Dos amigos que van hacer el amor juntos. Es de lo más natural y amistoso. Y tenía que pasar alguna vez, ¿no?

Ryerson se acercó hacia ella. Se había quitado la corbata, y se

estaba desabrochando la camisa.

—Sí, tenía que pasar —concedió—. Yo llevo esperándolo desde el día en que te conocí.

Virginia tragó saliva.

—¿Estás absolutamente seguro de eso?

Ryerson frunció el ceño, y observó el gesto tenso de Virginia.

—Desde luego. Pero de nada sirve eso si tú no lo compartes. ¿Tú me deseas, Ginny?

—Sí —respondió Virginia de golpe—. Si te deseo.

De pronto se dio cuenta de que verdaderamente lo deseaba. Era la primera vez que lo admitía. No sólo deseaba complacerlo; realmente quería acostarse con él. Pero no era lo mismo desearlo que ser capaz de satisfacerlo.

—Pues no entiendo qué problema hay.

—Qué suerte —murmuró Virginia para sí.

—Cariño, soy yo, Ryerson, tu amigo, ¿recuerdas?

Dejó de lado su camisa, y Virginia contempló su amplio pecho desnudo.

—Ninguno de mis amigos ha sido como tú —dijo sin pensar.

Observó la mancha de vello oscuro que bajaba por el torso de Ryerson hasta desaparecer bajo sus pantalones. El cuerpo de Ryerson era musculoso y agresivo. Desde luego, nunca había tenido un amigo como él. Ryerson era un hombre enorme, y seguramente su apetito sería proporcional a su volumen. Y ella tenía que satisfacerlo. Era preciso. No podría soportar un fracaso como el que había tenido con su marido.

—Ginny, cariño, te aseguro que tampoco ninguna de mis amigas ha sido como tú. Ninguna me ha vuelto loco de esta manera.

—Ryerson…

Sin darle más vueltas, Virginia dejó caer su vestido y lo abrazó. Ryerson rió suavemente, aliviado y alegre. La estrechó contra su cuerpo y dijo:

—Todo irá bien. No te preocupes.

Agarró el estuche y le abrochó el brazalete a la muñeca. Luego, dejó de lado la caja y observó la joya que brillaba sobre la piel de Virginia.

—Parece hecha expresamente para ti.

Virginia miró el brazalete y supo que Ryerson tenía razón.

Aquella joya estaba hecha para ella. Para compartida con Ryerson.

Sentía el brazalete extrañamente cálido contra su piel, y eso la sorprendió. Había imaginado que el contacto sería frío.

—¿Quieres que lo lleve puesto? ¿Ahora? ¿En la cama?

—¿Te parece demasiado cursi?

—No, qué va. Algo exótico, quizá, pero no cursi. Es que nunca he llevado algo así en la cama.

—Pues estamos empatados. Yo tampoco, ha estado jamás en la cama con una mujer que llevara puestas esmeraldas y rubíes —dijo Ryerson con dulzura—. Esta noche va a ser especial para los dos.

Acarició su hombro despacio, y Virginia sintió la quemazón de sus dedos sobre la piel desnuda.

Lo agarró por la cintura. Todo iría bien mientras no se pusiera demasiado nerviosa y se acobardara.

Le gustaba Ryerson. Era fuerte, grande y cálido. Como el brazalete. Su excitación era debida al deseo, y no al miedo. Por primera vez sintió esperanzas reales. Empezaba a pensar que lo conseguiría después de todo.

Lo importante era no acobardarse. Ir a por ello. Conducida por un deseo de precipitarse, empezó a desabrochar el pantalón de Ryerson. Ya casi lo había logrado, cuando recordó que aún llevaba los zapatos puestos. Las cosas se complicaban, pensó mientras se agachaba para desatar los cordones. Ryerson se inclinó y acarició su cabello, y Virginia sintió que la recorría una sensación erótica.

Ryerson permitió pacientemente que lo desnudara hasta dejado en calzoncillos. Su rostro reflejaba regocijo y deseo. Cuando acabó, Virginia se separó para ver si se olvidaba algo. Era difícil perder algún detalle del cuerpo de Ryerson en ropa interior. Todo en el era grande y viril. Virginia se mordió el labio inferior.

—Oye, estoy aquí —dijo Ryerson con ternura.

Se acercó a ella y la tomó por la barbilla, para que lo mirara a los ojos.

—Déjame desvestirte —dijo Ryerson con voz turbia por el deseo.

Virginia notó su dureza cuando se acercó. Todo en él era duro, pensó asombrada.

Sus músculos, su miembro erecto… Ryerson exhalaba un aroma terriblemente masculino que la poseía. Un sentimiento nuevo vibró en su cuerpo.

Ryerson dejó que el vestido de Virginia se deslizara hasta el suelo, y la chica se violentó por su propia desnudez. Buscó en el rostro de Ryerson algún signo de decepción.

—Eres preciosa —dijo él—. Todo lo que un hombre puede pedir de una mujer.

Desabrochó el cierre de su sujetador y posó la palma de su mano sobre el ancho pecho de Virginia. Jugueteó con los pezones entre sus dedos, y Virginia se estremeció, pensando en el placer que le proporcionaban aquellas caricias.

Antes de que tuviera tiempo de acostumbrarse a la nueva sensación, las manos grandes y sensibles de Ryerson descendieron hacia sus nalgas. Las sujetó entre sus dedos y gimió. Después, como si le fuera imposible controlarse, bajo la cabeza y la besó con pasión.

Comprendiendo que por el momento todo iba bien, Virginia sintió de nuevo la urgencia precipitarse. Apenas respondió al beso de Ryerson, y lo arrastró hacia la cama. Ya sabía cómo besado, se dijo. Quedaba lo peor, y quería acabar lo antes posible para conocer la verdad de una vez por todas.

Se alejó de Ryerson un momento y corrió al armario. Gracias a Dios el camisón estaba en el suelo. Se cubrió con él para desnudarse del todo, y se acercó de nuevo a la cama. Descorrió las sábanas y se metió dentro, cubriéndose hasta el pecho con ellas. Luego, dirigió una sonrisa anhelante a Ryerson.

—Tal vez se hubiera venido bien algo más de coñac —declaró Ryerson mientras se sentaba en el borde de la cama.

—Venga, Ryerson, entra. No perdamos más tiempo.

—Si estás segura de que eso es lo que quieres, yo no soy quién para disuadirte —murmuró—. Yo, desde luego, estoy dispuesto, y ya tendremos tiempo de ir despacio en otra ocasión. Te deseo tanto, Ginny…

Se quitó los calzoncillos, revelando su espléndida desnudez. A Virginia se le cortó el aliento, y sintió de nuevo que la poseía la indecisión.

Bueno, ella no era nada frágil, pensó para darse ánimo. En teoría, ellos dos se tendrían que compenetrar perfectamente.

Antes de que pudiera pensar nada más, Ryerson se introdujo entre las sábanas y la abrazó. Aunque Virginia temblaba en sus

brazos, estaba más determinada que nunca a seguir adelante.

Ryerson se colocó sobre su cuerpo, todo músculo y fuerza. Virginia sintió que trataba de introducirle una pierna entre las suyas, y sufrió un nuevo acceso de pánico. Retiró la pierna al momento.

Era Ryerson, su amigo, se dijo una y otra vez.

Iba a salir bien. Tenía que salir bien. No podría soportarlo si no era capaz de satisfacerlo.

Ryerson se inclinó a besar su pecho, y Virginia contuvo el aliento. Le gustaba la sensación que provocaban los labios de Ryerson contra su pezón, pero no podía concentrarse en ella. Estaba demasiado preocupada pensando en cuál sería el siguiente movimiento. Ryerson posó una mano sobre su muslo, y Virginia se estremeció.

—¿Ginny?

—¿Qué, Ryerson?

Lo agarraba con fuerza por los hombros, clavándole sin darse cuenta de las uñas.

—Creo que sería mejor si te relajaras.

—No puedo —gimió Virginia—. Ya te he dicho que estoy nerviosa. No puedo relajarme.

—A lo mejor acerté antes cuando dije que esto era como una noche de bodas. Cada vez se le parece más. Una noche de bodas victoriana. ¿Qué vas a hacer? ¿Quedarte quieta y pensar en el tiempo?

Virginia lo miró helada. Si Ryerson se impacientaba o se enfadaba, perdería toda oportunidad de sacar aquello adelante.

—No hace falta que te pongas así. Hago lo que puedo —susurró de forma casi inaudible.

Ryerson sujetó con ambas manos el rostro de Virginia. Su expresión revelaba preocupación mezclada con deseo.

—No me enfado. Es que no entiendo lo que está pasando.

—Estamos haciendo el amor —replicó Virginia con los dientes apretados—. ¿Por qué no sigues?

Ryerson la miró con el ceño fruncido.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Pero lo haremos a mi manera, no a la tuya.

Virginia contuvo un grito de ira.

—¿Qué tienes en contra de que la mujer tome la iniciativa? —exclamó—. Yo pensaba que eran los hombres los que siempre querían ir rápido.

Ryerson sonrió asombrado y sacudió la cabeza.

—Créeme, no tengo ninguna objeción a que tú tomes la iniciativa, pero en otra ocasión. Ahora tendrás que dejarme hacer.

—¿Cómo dejarme hacer? ¿Qué haces?

Ryerson había separado las manos de Virginia de sus hombros, y las había colocado sobre la cabeza de la chica, sujetándolas con una de las suyas.

—Lo siento, cariño, pero con la fuerza que estabas haciendo, estabas a punto de hacerme daño.

Virginia cerró los ojos avergonzada. Había clavado las uñas en la carne de Ryerson sin darse cuenta.

—Lo siento —consiguió articular.

—No lo sientas —replicó Ryerson mientras separaba con cuidado los muslos de Virginia e introducía la rodilla entre ellos—. Hay un momento para cada cosa, y llegará el momento en que no me importe que me claves las uñas. Pero, por ahora, hay que cubrir más el territorio.

—No entiendo.

—Ya. Me empiezo a dar cuenta de eso. Mira, tú relájate, cariño. Imagina que estás frente a un ordenador, pasando datos.

—¡Un ordenador! —exclamó Virginia riendo.

—Así está mejor —declaró Ryerson complacido.

Sin soltar las manos de Virginia, inclinó la cabeza para besarla. Alargó el beso deliberadamente, intentando traer a la memoria de Virginia los besos anteriores, que tanto le habían gustado.

Virginia lanzó un suspiro. Conocía los besos de Ryerson, y podía disfrutar de ellos sin temor. Poco a poco, se fue abandonando a las caricias de aquellos labios familiares, y dejó que la lengua de Ryerson recorriera su boca.

Durante largo tiempo, Ryerson no paró de besarla, como si estuviera satisfecho con eso durante el resto de la noche. Virginia gimió débilmente y dejó de pensar en el futuro inmediato. Un vago sentimiento de desazón empezó a despertarse en su cuerpo.

—Eso es, cielo. Ésa es mi pequeña y dulce Ginny. Cariño, no sabes cómo me gustas. Eres preciosa. Llevo soñando con poseerte

desde hace semanas.

Continuó hablando en tono cálido y reconfortante. Virginia era consciente de la vibración apasionada de la voz de Ryerson, que le repetía una y otra vez cuánto la deseaba, y detallaba lo que le iba a hacer. Asombrada, Virginia sintió que su cuerpo se estremecía de placer por tales palabras.

Era diferente de cualquier cosa que hubiera conocido antes. Algo indecisa al principio, permitió poco a poco que su mente explorara las nuevas sensaciones.

Al principio, sintió que su cuerpo flotaba. Las manos de Ryerson recorrían su cuerpo insaciables, y todo su ser pareció calentarse y adentrarse en un remolino misterioso. Instintivamente, Virginia se retorció contra Ryerson, en busca de más satisfacción.

—Muy bien, Ginny, eso es lo que quiero que sientas.

Bajó la mano por el estómago de Virginia, hasta llegar a su zona más sensible. Virginia volvió de golpe a la realidad. Sabía lo que venía después. Era el momento temido. Abrió los ojos y trató de desasirse de la sujeción a la que aún la sometía Ryerson. Pero él no se lo permitió.

—Sólo quiero tocarte, por ahora —dijo para tranquilizarla—. Eso es todo.

—No es cierto —replicó Virginia dolida—. No soy tonta. Yo también quiero lo mismo que tú. Hagamos el amor. Ya estoy preparada.

Ryerson deslizó un dedo entre sus piernas, y Virginia se estremeció.

—Sí, desde luego, estás más preparada que hace unos minutos —asintió satisfecho—. Pero todavía no me has tocado. Tú querías tomar la iniciativa, ¿no?

—Sí, pero…

—Ssss, cariño —repuso Ryerson besándola—. Tenemos toda la noche. Te prometo que lo único que quiero por el momento es acariciarte.

Virginia leyó en su mirada que decía la verdad, y se relajó. Todavía no había de qué preocuparse. Cuando Ryerson le abrió las piernas un poco más no opuso resistencia.

Poco a poco, Ryerson la fue acariciando, probando con gentileza, forzando una respuesta. Virginia contuvo el aliento.

Jamás había sentido una respuesta erótica tan intensa. Empezó a moverse instintivamente, buscando una mayor penetración y sintiendo cierta frustración cuando Ryerson se limitó a acariciar.

Trató de desasirse de nuevo, aquella vez no para separarse, sino para animarlo. Ryerson la soltó entonces, y Virginia agarró su mano para profundizar la caricia.

—Eso es, pequeña —animó Ryerson—. Muéstrame cómo lo quieres.

Virginia no pudo contener por más tiempo aquella sensación tan nueva para ella. Arqueó la espalda al sentir que los dedos de Ryerson la penetraban profundamente. Lanzó un gemido y se agarró con fuerza a su cuerpo.

Entonces Ryerson la penetró. Se colocó sobre ella y se introdujo en el acogedor receptáculo que Virginia le brindaba. Justo al tiempo que ella llegaba a su clímax.

Virginia gimió al sentido en su cuerpo, su placer se duplicó, y las olas de pasión le recorrieron mientras Ryerson la penetraba ininterrumpidamente. Repitió su nombre una y otra vez, mientras caía en un abismo de satisfacción.

Luego, Ryerson se quedó rígido, y gritó su nombre por última vez. Se quedó dentro cuando la tormenta corrió su cuerpo, se separó despacio, y los dos cayeron en un agradable sopor.

La luna dejaba penetrar sus rayos blancos por la ventana, y las esmeraldas del brazalete brillaban en la noche. Virginia sentía la joya más caliente que nunca sobre su muñeca.

Capítulo 4

Ryerson se despertó cuando el primer rayo del amanecer penetró en la alcoba. Permaneció quieto unos minutos, disfrutando de la sensación cálida y acogedora del cuerpo de Virginia a su lado, y de la luminosidad del sol en aquellas latitudes.

Nunca en su vida se había sentido mejor.

Imaginó un planeta distante que tan sólo ocuparan Virginia y él. Los únicos humanos en un mundo joven y fresco que precisaba ser repoblado.

Ryerson consideró la situación, y decidió que no le importaría mucho dedicarse a crear pequeñas Virginias Elizabeth, y Angus Cedrics. Aunque le tomaría algo de tiempo. La tarea de repoblar un planeta era importante y requería dedicación.

Virginia cambió de posición a su lado, y el brazalete brilló a la luz de la mañana. Ryerson levantó despacio la sábana, y se regocijó en la contemplación posesiva de los pechos abundantes de Virginia, de sus curvas suaves y redondas. El cuerpo desnudo de Ginny era una preciosidad, como una diosa pagana y lujuriosa. Todo para él. El brazalete acrecentaba la sensación. Con sólo mirarla se excitaba.

Volvió su recuerdo hacia la noche anterior, y se recreó con los recuerdos. Había sido magnífica, la mejor de su vida, A. C. pensó sonriente, nunca se había acostado con una amiga tan buena.

Ninguna mujer había sido como Ginny, tan generosa y apasionada, y a la vez fuerte como él. Recordó su ansiedad inicial, y se preguntó una vez más cuál sería la razón. ¿Sería posible que hubiera dudado de sí misma? ¿O tal vez de él? El orgullo de

Ryerson se tambaleó un poco ante tal pensamiento. Se preguntó si la indecisión de Ginny se debía al temor de que él no llegara a satisfacerla como un marido.

Se relajó un poco al recordar que al final Virginia se había dado totalmente a él. Nacía en él un sentimiento de posesión, y se preguntaba cómo iba a compatibilizarlo con la idea de amistad de Virginia.

Por su mente rondaron más recuerdos de la noche anterior, recuerdos sensuales y ardientes. La forma en que Virginia había rodeado sus caderas con las piernas, su expresión de éxtasis al recibirlo… La sorpresa de la mirada de Virginia al descubrir las posibilidades de su cuerpo se le antojó extraña en una mujer que había estado tres años casada, y le hizo volver a preguntarse qué habría sucedido durante aquella relación. Tal vez su marido no la había satisfecho tanto, después de todo. Tal vez hubiera sido un imbécil.

Pero aquellas reflexiones lo estaban llevando ya demasiado lejos. Sonrió para sí mismo y decidió despertar a su amada.

Se volvió hacia ella para besarla, pero se detuvo justo antes. En vez de hacerlo, la estudió atentamente. Era la primera vez que se despertaba junto a ella, y quería disfrutar del momento.

A la luz de la mañana, parecía a un tiempo sensual e inocente. Estaba tumbada de costado, dándole la espalda. La mata de pelo castaño se esparcía sobre la almohada, y enmarcaban sus ojos largas pestañas. La sábana caía dulcemente por debajo de su pecho desnudo, contorneando sus caderas firmes y marcadas. Virginia Elizabeth era una mujer sensual y sólida.

Virginia volvió a revolverse entre las sábanas, y estiró una pierna bajo las sábanas. Ryerson recordó de nuevo la noche anterior. Jamás se había preocupado tanto porque una mujer alcanzase su grado de excitación. Esa cuestión nunca había sido tan importante para él.

Se alzó un codo y recorrió con la yema de los dedos las piedras brillantes del brazalete. Luego, se inclinó, y depositó un beso en el hombro de Virginia.

—Despierta, mujer; tenemos mucho trabajo.

Virginia se desperezó lentamente, y salió de la ensoñación con pereza. Una sonrisa suave se desplegó en sus labios al darse cuenta

de dónde estaba y de quien estaba a su lado. Por la ventana empezaba a penetrar la fresca brisa matinal.

La noche anterior, las olas golpeaban con fuerza contra la playa, recordó Virginia, del mismo modo en que ella se había revolcado en el fulgor del amor para caer dulcemente en la orilla dorada. Había sido una experiencia excitante, y muy placentera. Por fin conseguía el tipo de relación con la que siempre había soñado, pero que había considerado imposible para ella. Abrió un ojo y miró a Ryerson.

—¿Trabajo? —preguntó bostezando—. ¿Qué trabajo? Si estamos de vacaciones.

—Eso es lo que tú te crees. Tenemos que repoblar un planeta entero.

Ryerson posó una mano sobre uno de los pechos de Virginia, y jugueteó con el pezón. Virginia lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Que tenemos que?

—Que no cunda el pánico. Podemos hacerlo si trabajamos duro.

Virginia pestañeó.

—Creo que me he perdido… —dijo.

—Espero que no. No pienso dejar que te separes de mí.

Virginia notó el calor de su mirada, y se sonrojó sin querer.

—¿Qué es todo eso de repoblar un planeta?

—Nada, una tontería que me he inventado mientras dormías. Algo tenía que hacer hasta que su señoría se dignara a despertar. Mira por la ventana. ¿No te da la impresión de que somos los únicos habitantes del mundo?

Virginia dirigió la mirada en tal dirección.

—Mmmm, tienes razón, parece que estamos en otro planeta. Además, esta mañana me siento diferente. Va a ser una semana maravillosa, ¿verdad Ryerson?

Ryerson había bajado un poco más la sábana, y endurecía con el pulgar el otro pezón de Virginia.

—Maravillosa —asintió—. Pero dime, ¿por qué te sientes diferente?

Virginia lo miró indecisa, pensando en las sensaciones de la noche anterior.

—Bueno, esta mañana no me siento como una mujer informática.

—Ni yo he pensado en motores. Pero eso no responde a mi

pregunta.

Virginia decidió cambiar el rumbo de la conversación, que se estaba volviendo algo complicada. Acarició el pecho de Ryerson y sonrió tentadora, al tiempo que bajaba la mirada hacia las caderas de Ryerson.

—A mí me parece que éste no es momento de preguntas. Parece que te acosan cuestiones más urgentes.

Ryerson rió.

—Vaya, aprendes rápido. ¿Quién te dio la idea de que podrías distraerme con el sexo?

Virginia abrió los ojos con fingida inocencia.

—No sé. Se me acaba de ocurrir. ¿Funcionará?

Ryerson la miró pensativo.

—Tal vez —dijo—. Si te esfuerzas.

Virginia apartó la sabana del todo y prometió.

—Me esforzaré.

Empujó a Ryerson para que se tumbara boca arriba, y contempló su mirada anhelante. Desde la noche anterior había recuperado la confianza en sí misma, y sabía que podía satisfacerla con sus caricias. Era una sensación de poder y placer que sólo las mujeres podían conocer.

Lo acarició despacio, íntimamente; recorrió con los dedos el espacio que separaba su pecho de sus muslos. Encontró su miembro duro y erecto, y lo tocó con suavidad hasta que Ryerson gimió e hizo ademán de abrazada. Pero Virginia evitó sus brazos e inclinó la cabeza para pasar los labios por su piel con delectación.

Ryerson contuvo el aliento.

—Ginny… no sabes lo que me haces.

—¿Qué te hago?

—Me vuelves loco.

Colocó las rodillas de Virginia a los lados de su cadera, y comenzó a acariciar su sexo despacio, hasta notarlo húmedo y dispuesto. Virginia disfrutaba de la posición, y arqueó la espalda de placer cuando Ryerson profundizó la caricia.

—Ryerson…

Bajó la mano y sujetó su miembro firme.

—Más cerca, cariño —indicó Ryerson, atrayéndola hacia sí—. Así.

Con gentileza, introdujo su miembro en la profundidad suave de Virginia.

—Fantástico. Se diría que nos hicieron a medida —declaró Ryerson con voz aterciopelada—. Eres única.

Virginia gimió de placer al sentir la penetración profunda A. C. comenzó a moverse, mientras los dedos de Ryerson continuaban acariciándola.

El placer llegó rápido y explosivo. Virginia se dejó caer sobre el pecho de Ryerson y suspiró. Jamás se había sentido tan completa y tan bien. Nunca había apreciado su femineidad de aquella manera. Por fin sabía que era capaz de satisfacer a un hombre y satisfacerse a sí misma.

En aquel momento, decidió que no le importaría ser amiga de Ryerson durante el resto de su vida.

Pero no tuvo demasiado tiempo para reflexionar. Ryerson se recuperó al momento. Palmeó sus nalgas desnudas y se levantó.

—Vamos a ducharnos. Me muero de hambre.

Virginia pestañeó.

—¿Te levantas siempre con tanta energía? —preguntó.

Ryerson alzó una ceja.

—¿Energía? No sé si energía, pero desde luego, hambre sí. Normalmente solo de comida, pero esta mañana, también de ti. Y ahora que ya te he tenido…

—Estás listo para comer —acabó Virginia—. Bueno, al menos tienes prioridades.

Ryerson se inclinó a su lado.

—Oye, te he puesto la primera en la lista, así que deja de quejarte. Si eres buena, te dejaré ducharte conmigo.

—¿Sí? —preguntó Virginia con afectación—. ¡Caray, qué excitante!

Agitó las pestañas sensualmente. Ryerson la tomó en brazos riendo.

—Ahora lo verás —dijo.

Virginia, a quien no la habían tomado en brazos desde niña, no protestó. Además, la ducha resultó ciertamente muy excitante.

Pero el buen comienzo de la mañana no evitó las preguntas de Ryerson. Virginia sabía que sólo había ganado algo de tiempo. Por eso, cuando salieron a pasear por la playa tras el desayuno, estaba

preparada para aceptar lo inevitable. Además, era justo que un amigo como Ryerson lo supiera todo.

Efectivamente. En cuanto salieron a la arena, Ryerson la tomó de la mano y empezó:

—Me gustaría saber lo que pensabas anoche cuando te costaba tanto reunir el valor para acostarte conmigo.

—Bueno, no era eso —protestó Virginia—. No exactamente.

—Era eso exactamente.

—Ya te dije que estaba muy nerviosa. Hacía mucho tiempo desde la última vez, y eso me hacía dudar.

—Era algo más, Ginny —replicó Ryerson mirándola—. Estabas aterrorizada. Era como si, una vez tomada la decisión, quisieras acabar cuanto antes. ¿Qué temías que pudiese salir mal?

Virginia dio una patada a la arena y se quedó con la mirada fija en el horizonte. Tenía derecho a saberlo, decidió. La noche anterior, ella se había comportado como una niña sin experiencia.

—Bueno, es difícil de explicar —empezó.

—¿Era yo? —preguntó Ryerson—. ¿Pensaste que no podría satisfacerte?

Ginny lo miró atónita.

—¡Que va! ¡Todo lo contrario!

—Pues cuéntamelo, Ginny. Ya sabes que yo siempre te escucho.

Virginia sonrió a su pesar.

—Sí, es cierto. Bueno, pues la verdad es que ayer estaba muerta de miedo por hacer el amor contigo.

—Eso ya lo noté —dijo Ryerson—. ¿Pero por qué, Ginny?

—Bueno, tú me consideras una mujer madura y segura de sí misma, pero en ese terreno no es así. Bueno, no lo era hasta anoche —explicó Ginny volviendo la mirada hacia él—. Quiero que sepas lo feliz que me hiciste anoche, Ryerson.

Ryerson la estrechó contra sí.

—Supongo que sabes que el sentimiento fue mutuo, ¿no? —declaró.

—Me alegro —suspiró Virginia.

—Tiene algo que ver con tu matrimonio, ¿verdad? —La animó Ryerson al ver que se callaba.

—¿Mi nerviosismo de anoche?

—Era más que nerviosismo. Hasta yo estaba nervioso. Lo tuyo se

acercaba más al pánico. Te costó mucho decidirte. ¿Por qué?

—Bueno, mira, como sé que va a ser inútil tratar de esquivar la cuestión, te lo contaré. Mi matrimonio fue un error tremendo, y yo fui tan tonta como para creer que era culpa mía.

—¿Y por qué creíste eso?

Virginia hizo una mueca.

—Empezaré por el principio. Jack trabajaba para mi padre, y era toda una promesa en el sector comercial. A todo el mundo le gustaba, y por eso les pareció de perlas que nos casáramos. A mí, la verdad me tenía prendada. Era guapo, inteligente y amable. Pero tenía la impresión de que ocultaba algo. Sin embargo, como a todo el mundo le parecía perfecto, ignoré mis intuiciones.

—En otras palabras, dejaste que los demás decidieran por ti.

Virginia sonrió con amargura.

—No tanto. Yo creía de veras estar enamorada. De no haber sido así, no me hubiera casado. Jack era un hombre muy atractivo. Pero las cosas empezaron a ir mal desde la noche de bodas. Mi marido se rebajó a cumplir sus… er… obligaciones maritales, pero era obvio que no era el momento más excitante de su vida. Y para mí fue una decepción tremenda. Es terrible sentirse un fracaso en un matrimonio. Jack se las arregló para que yo asumiera toda la responsabilidad. Eso se le daba muy bien, descubrí más adelante. Era un hombre taimado e inteligente, que controlaba a la gente a su gusto.

—Bueno, así que te casaste con un bastardo la primera vez —dijo Ryerson, estrechándola hacia sí—. Sucede a veces.

—Supongo que sí. Pero nunca imaginé que me fuera a suceder a mí. Jack me dejó muy claro que no era su mujer ideal. Era demasiado grande y… rellena para su gusto. Prefería las mujeres pequeñas y delgadas. Durante meses me volvía loca, tratando de descubrir qué era lo que hacía mal, y por qué se había casado conmigo. Mientras tanto, me dejaba arrastrar por él, hacía cualquier cosa para complacerlo. Traté de comportarme como una mujer modelo, pero fue inútil. Sin embargo, tardé algún tiempo en darme cuenta de la verdad.

—¿Y cuál era la verdad?

Virginia hizo una mueca sarcástica.

—Me di cuenta de que Jack se había casado conmigo con la

esperanza de heredar Middlebrook Power Systems.

—Claro. Eso lo explica todo. ¿Pero por qué no te divorciaste, Ginny, para salir de esa situación horrible? —preguntó Ryerson, estrechándola contra su costado mientras caminaban.

—Bueno, tardé meses en llegar a la conclusión de que la única solución era el divorcio. Me sentía estúpidamente obligada a reparar la situación. Todo el mundo hablaba maravillas de Jack, de lo buen marido que era, de lo útil que resultaba en la empresa… Finalmente, sin embargo, me rendí a la evidencia, e inicié los trámites del divorcio. Jack se puso furioso cuando se enteró, y amenazó con arruinar a mi padre si seguía adelante con la separación.

—¿Y qué poder tenía él contra tu padre?

—Tenía mucho control en la empresa. Le había ido quitando cargos a mi padre, con el pretexto de ayudado más. Yo lo conocía lo bastante como para saber que era muy capaz de dañar a mi padre. Me sentía atrapada.

—¿No hablaste de ello con tu padre?

—Temía que no me fuera a creer. Él, como todo el mundo, estaba deslumbrado con Jack. Confiaban en él absolutamente. Tuve que acceder a mantener el matrimonio, mientras buscaba una vida de escape. No volví a dormir con él, pero eso a Jack no le importaba. Había dejado muy claro que yo lo aburría en la cama, de todas formas. Yo me volvía loca tratando de buscar la salida de aquella situación. Me consumía la ansiedad. Ya estaba decidida a hablar con mi padre, cuando me enteré del accidente. Sé que es horrible, pero pocas veces me he sentido tan aliviada como el día en que me llamaron de la UVI y me dieron la noticia. De pronto, volvía a ser libre.

—Y estás decidida a no caer en a trampa del matrimonio nunca más después de ese infierno, ¿verdad?

Virginia respiró profundamente. Ryerson era la primera persona que realmente había entendido su experiencia.

—Lo peor de todo es que, cuando todo acabó, mi padre me confió que él mismo había tenido dudas sobre Jack, pero que no me las había querido confiar por miedo a dañarme.

—Vaya, mi pobrecita Ginny. No me extraña que nunca hayas querido volver a casarte. De esa relación no sacaste más que el

sentimiento de que eras un fracaso como mujer.

—Más o menos. Un verdadero desastre.

Ryerson detuvo su caminar y tomó el rostro de Virginia entre las manos. Su mirada desprendía fuego.

—Virginia Elizabeth, ¿cómo has podido dudar alguna vez de ti misma de esa manera?

Virginia lo agarró por las muñecas.

—Cuando Jack murió, decidí no casarme nunca más. Para mí, el matrimonio siempre será sinónimo de cárcel. Claro que muchas veces he echado de menos un amigo.

—¿Y un amante?

—Tenía miedo del amor —respondió Virginia con sinceridad—. Estaba convencida de que nunca podría satisfacer a un hombre. Cuando te conocí a ti, supe que ibas a ser mi amigo, pero no estaba segura de lo que pasaría cuando intentáramos ser amantes. Y sabía que era algo que tenía que pasar.

—Pero seguías posponiendo el momento.

—Ya, pero era consciente de que no iba a poder posponerlo por siempre. Tú estabas aguantando mucho, pero notaba tu impaciencia, A. C. cuando compraste los billetes, comprendí al momento lo que estabas pidiendo, y supe que había llegado el momento decisivo. Traté de convencerme de que si me esforzaba lo suficiente y tus expectativas no eran muy altas, tal vez pasara la prueba.

Ryerson movió la cabeza exasperado.

—Con esa actitud, no me extraña que tuvieras que beberte tantas copas antes del momento. Pero qué tonta eres —añadió en tono dulce—. Se trata de disfrutar, no de morir de los nervios.

—Lo que menos me preocupaba era disfrutar yo —admitió Virginia—. Eso era algo muy remoto. Me aterrorizaba pensar que no fuera de tu gusto, y no sabía cómo iba a reaccionar ante tal circunstancia. Me repetía que éramos amigos, que nos parecíamos mucho, y que tú no estarías esperando maravillas.

Ryerson sonrió despacio.

—Te equivocas. Esperaba maravillas, y las obtuve. Y tú lo sabes muy bien. Estaba seguro de que sería así.

—Bueno —dijo Virginia sonrojándose—, pues menos mal que uno de los dos tenía fe.

Ryerson la abrazó.

—¿Pero disfrutaste al final, cielo?

Virginia sonrió al escuchar su tono de hombre orgulloso.

—Sabes muy bien que sí. Supongo que querrás atribuirte todo el mérito, ¿no?

—Hombre, todo no. Te dejo algo —declaró Ryerson riendo—. Eres la mujer más excitante que he tenido en la cama.

La besó con pasión, y luego añadió, mucho más seno:

—Ginny, creo que nunca he estado tan seguro de algo como lo estoy ahora mismo de que todo va a salir bien entre nosotros.

Virginia se relajó en sus brazos. Por fin encontraba una relación bien asentada. Un gran amigo que era a la vez un gran amante.

El brazalete de esmeraldas y rubíes brilló a la luz dorada de la mañana.

* * *

Aquella tarde, Virginia se paseó por las tiendas del complejo turístico, y se detuvo frente a un vestido. Era una preciosidad, pero nunca lo hubiera adquirido de no sentirse tan excitada y segura de sí misma. Tenía un escote marcadísimo por delante; mucho más amplio de lo que Virginia había osado ponerse jamás.

Aquella noche, cuando salió del baño con su nuevo atuendo, Ryerson la miró asombrado. Su expresión pasó, de manera casi cómica, de la sorpresa a la admiración, y al recelo después.

—¿Te gusta? —preguntó Virginia dando una vuelta—. Es un vestido de baile perfecto. Y va a juego con el brazalete.

—Lo poco que se ve me gusta —respondió Ryerson—. Pero, por el amor de Dios, que no se te caiga nada al suelo esta noche.

—¿Por qué?

—Porque como tengas que agacharte, se te va a caer todo el escote.

Virginia rió.

—No te preocupes. Aunque no lo parezca, va muy sujeto.

Ryerson alzó las cejas con escepticismo, y pasó un dedo por el borde del escote. Virginia se estremeció de placer.

—Mira, yo sé mucho de construcciones, y sé que ésta se caerá en

cuanto te descuides. Este vestido es tan frágil como un puente de palillos. Recuerda lo que te he dicho sobre no agacharte.

—De acuerdo —replicó Virginia con una leve sonrisa de complicidad.

Ryerson se volvió hacia ella, con una forzada sonrisa en los labios.

—Ginny, jugar con fuego es divertido, pero hay que tener cuidado.

—¿Por qué?

—Porque te puedes quemar.

Virginia le dirigió una mirada maliciosa.

—Tendré cuidado.

—¿Por qué será que me cuesta creer eso?

El aire de la noche estaba impregnado del perfume de las flores. El sol descendía apresuradamente, pero las rocas del camino reflejaban aún su calor. Virginia lo sentía en las suelas de sus sandalias. Precisamente iba a comentario cuando una figura familiar salió de uno de los apartamentos del complejo, y echó a andar por su misma senda, un poco más adelante.

—Hola, Brigman —saludó Ryerson con naturalidad.

El pelirrojo se volvió de golpe, sorprendido, al parecer. Al reconocerlos, se relajó y esbozó una sonrisa. Sus ojos pasaron del brazalete de la muñeca de Virginia al rostro de Ryerson.

—Buenas noches. ¿Vais a cenar?

—Bueno, tomaremos una copa antes —contestó Ryerson.

—Buena idea. Yo voy en la misma dirección. ¿Os importa que os acompañe?

Ryerson pareció indeciso, y Virginia supo que estaba buscando una excusa para rechazar la compañía de Brigman. Pero al parecer no se le ocurrió nada, porque dijo finalmente:

—No, claro. Ven.

—Gracias. Ya veo que estáis disfrutando de las ganancias —dijo Brigman contemplando de nuevo el brazalete, e intentando en vano apagar la tensión que irradiaba su voz—. Lo cierto es que las mujeres están preciosas cuando se enjoyan. ¿Cuándo me vas a dar una revancha, Ryerson?

Virginia ocultó instintivamente el brazalete, y preguntó al recién llegado.

—¿Juega usted al póquer a menudo?

Brigman se encogió de hombros.

—Llámame de tú, por favor —dijo—. Sí, vivo del juego.

—¿De veras? —preguntó Virginia sorprendida.

—Claro —respondió Brigman sonriendo—. Se me da bien. Gano lo bastante como para vivir en hoteles como éste. Es una buena vida. Y nuca me aburro, que es lo que más detesto en este mundo. Hay muchas ciudades como ésta, en las que el juego está permitido. Y la verdad es que no suelo perder. Anoche me sorprendiste —dijo, volviéndose hacia Ryerson—. No tienes aspecto de profesional.

—No lo soy. Yo fui el primer sorprendido —respondió Ryerson con frialdad—. Como te dije, me sentía respaldado por la suerte.

Brigman frunció el ceño. No parecía muy convencido.

—Bueno, mi oferta sigue en pie. Si te sientes con suerte otra noche, llámame. Me gustaría recuperar el brazalete.

—Gracias por la oferta —dijo Ryerson—. Lo pensaré.

—Muy bien. Ese brazalete significa mucho para mí. Es un recuerdo de familia. Me lo dio mi abuela y siempre me ha traído buena suerte.

—Ya —respondió Ryerson en tono neutro.

Virginia se alegró de que Brigman escogiera la esquina opuesta del bar, y acarició el brazalete con suavidad.

—No me gusta ese tipo —dijo cuando se sentaron—. Me recuerda a Jack; astuto y mañoso como un zorro. No irás a jugar otra vez con él, ¿verdad? Por lo menos apostando el brazalete.

—Tranquila. Ya no me interesa el póquer. Ayer fue la primera noche en años en que me apetecía realmente jugar, pero ya se me pasó el interés. No pienso jugarme el brazalete. Ahora nos pertenece, a ti y a mí. Es como un símbolo.

—¿Un símbolo?

Ryerson la miró con seriedad.

—Sí. Un símbolo. Tal vez de lo que encontramos en la cama anoche. Las esmeraldas y los rubíes son buenos símbolos de pasión, ¿no crees?

Virginia lo miró con ojos brillantes y le acarició la mano.

—Perfectos —constató.

Pero en vez de contestarle, Ryerson frunció el ceño.

—No te inclines tanto, Virginia. Te vas a salir del vestido.

—Vaya, no tenía ni idea de que fueras tan puritano —dijo Virginia enderezándose.

—Oye, una mujer que utiliza el tipo de ropa interior que tú usas, blanca y grande, no tiene derecho a llamar «puritano» a nadie.

Virginia pestañeó, preguntándose si Ryerson consideraría realmente su ropa interior tan horrorosa. Pero al ver al brillo bromista de los ojos de su amigo se relajó.

—Pues te diré que he aprendido la lección, Ryerson. Si te fijas bien en el vestido, te darás cuenta de que no llevo el sujetador de ayer.

Ryerson posó la mirada en las formas que se escapaban del escote.

—Ya veo —dijo—. Retiro lo de «puritana». ¿Qué te has puesto debajo del vestido?

—Nada. Ya te dije que el vestido estaba muy bien sujeto —respondió Virginia al tiempo que apoyaba la barbilla en las manos —. Esta noche me siento diferente, Ryerson. ¿Tú cómo te sientes?

Obligado a mirada a la cara de nuevo, Ryerson leyó en su rostro una expresión de seriedad. Desechó el comentario sarcástico que estaba a punto de emitir, y respondió:

—Te entiendo. Yo también me siento diferente.

—Debe de ser parte de la transformación.

—¿Qué transformación?

Virginia se encogió de hombros.

—La sensación que tenemos ambos de estar en otro mundo. Es como si nos sintiéramos más aventureros, o algo así.

—Algo así —asintió Ryerson con sequedad—. No agites tanto los hombros.

—¿Y si fuéramos así en realidad? —prosiguió Virginia ensoñadora—. Tal vez hayamos nacido para la aventura, de isla en isla.

—Ya. ¿Y de qué íbamos a vivir de isla en isla?

—No sé —respondió Virginia—. A ti se te da bien el póquer. Podríamos vivir de eso, como Brigman.

Ryerson rió.

—Me parece que me quedaré con los motores. Lo del otro día fue suerte, no talento.

—Pues yo tengo gran confianza en tus talentos, Ryerson —dijo

Virginia en tono seductor.

—No lo creo. Me dejarías en cuanto empezara a perder.

—Al contrario. Ya pensaría alguna cosa para consolarte —replicó Virginia al tiempo que se inclinaba hacia delante.

—Me parece que voy a tener dos cosas para consolarme como no te incorpores.

Virginia sonrió aún más. Ryerson lanzó un gruñido y pidió un *whisky*.

Durante el resto de la noche, Ryerson llegó a la conclusión de que estaba hechizado. No había otra explicación. Había tenido experiencias de amistad y de sexo, pero nadie le había trasmitido la sensación de magia que compartía con Virginia. Era como estar atrapado en una red acaparadora.

Y la magia estaba influyendo en él de manera imprevisible. Por ejemplo, se sentía extrañamente posesivo, como si le hubieran retornado los instintos primarios. No podía dejar de pensar en el escote de Virginia, y miraba al resto de los hombres como adversarios.

Aunque nunca se había inmiscuido en lo referente al vestuario femenino, decidió que no permitiría que Virginia se pusiera aquel vestido nunca más. Y no porque no estuviera guapísima con él; sino porque, con su estatura y sus dimensiones, llamaba demasiado la atención. Estaba seguro de que todos los hombres de la sala de baile la habían mirado con deseo.

Un hombre en particular lo estaba irritando. Estaba sentado en la barra, y era casi tan alto como él, lo que lo hacía perfecto para Virginia. Aquel mero hecho ya servía para que Ryerson se molestara. Pero había más factores, igualmente desagradables.

El individuo tenía aquel tipo de miradas que las mujeres tanto admiran. Era delgado, de rostro suave y cabello castaño. Llevaba bigote, y tenía los ojos oscuros. Aparentaba menos edad que Ryerson, y vestía con el elegante descuido de los hombres de mundo. Los sentimientos posesivos de Ryerson se agudizaron al observar que el hombre se volvía a mirar a Virginia.

—¡Ay! ¡Qué me ahogas! —exclamó Virginia cuando Ryerson la atrajo hacia sí.

—Trato de cubrir ese escote indecente.

Virginia le dirigió una mirada maliciosa.

—Pero si te encanta el vestido… Vamos, admítelo.

Ryerson ensayó su mirada más fulminante, la que había hecho temblar a los hombres más duros.

—Ese vestido va a ir a la basura esta misma noche.

—Eso te crees tú —respondió Virginia, sin embargo, con toda la tranquilidad del mundo.

—Ya veremos —replicó Ryerson, comprendiendo que su intento de intimidación no había tenido efecto.

No era fácil intimidar a una diosa.

Cuando el baile paró, Ryerson y Virginia caminaron hacia su mesa. Estaban a punto de reiniciar la discusión sobre el traje, cuando el extraño de la barra se acercó hacia ellos.

—¿Me deja a la señorita para el próximo baile? —preguntó el bigotudo con autosuficiencia.

Aunque la pregunta estaba dirigida a Ryerson, el recién llegado no separaba la vista de Virginia, la cual sonreía inocentemente.

—Pues no —respondió Ryerson con dureza, y añadió la primera explicación que le vino a la cabeza—. La señorita y yo estamos de luna de miel, y no me apetece dejarla.

El hombre hizo una mueca burlona y, refiriéndose a la falta de anillos en la mano de Virginia, dijo:

—Perdón por la intrusión. Me llamo Ferris. Dan Ferris. Como no vi anillo, supuse…

—Pues supuso usted mal —lo interrumpió Ryerson.

—No haga caso de Ryerson, señor Ferris —intervino Virginia cortésmente—. Está malhumorado por que no le gusta mi vestido.

El extraño asintió galantemente, y desplegó una brillante dentadura bajo el bigote castaño.

—Yo, personalmente, lo encuentro encantador.

—Gracias.

—Si no le importa —dijo Ryerson con brusquedad—, nos gustaría estar solos.

—Claro, comprendo. Bueno, enhorabuena por la boda —dijo Ferris con pesar—. Supongo que eso me quita todo derecho.

—Ah, no hay tal boda —dijo Virginia con tal dulzura que Ryerson sintió deseos de estrangulada.

Ferris pareció confundido.

—Creía que habían dicho algo de «luna de miel»…

Ryerson apretó significativamente la mano de Virginia debajo de la mesa antes de que ella hablara, y contestó con mirada furibunda:

—No tenemos por qué seguir la tradición, ¿verdad? ¿Quién ha dicho que hay que casarse para ir de luna de miel? Buenas noches, Ferris.

Ferris alzó las palmas de la mano en señal de rendición.

—De acuerdo, me voy —dijo, mirando a Virginia—. De todas formas, es un vestido muy bonito.

—Me alegro de que le guste a alguien —dijo Virginia sin poderse contener, una vez Ferris se hubo alejado.

—El noventa y nueve por ciento de los hombres de esta sala ensalzaría tu vestido si tuviera la oportunidad —replicó Ryerson al tiempo que se levantaba—. Vamos, salgamos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Virginia asombrada.

—A dar un paseo por la playa.

—¿A medianoche?

—Necesito hacer algo de ejercicio —declaró Ryerson con acritud —. Me gustaría darle una paliza a Ferris, pero me conformaré con un paseo.

—Muy considerado por tu parte.

Caminaron en silencio por los jardines, hasta alcanzar la franja blanca de la playa. Se quitaron los zapatos sin hablar.

—¿Te has enfadado de veras por lo de mi vestido? —preguntó Virginia finalmente.

Ryerson la agarró por la cintura y la estrechó contra su costado.

—¿Te molesta que actúe de forma tan posesiva? A lo mejor no supe llevar bien la escena con Ferris. Pero no es culpa mía. No suelo ser tan celoso, y no estoy acostumbrado.

Virginia posó en él una mirada ardiente.

—Sabes que me puse el vestido para seducirte a ti. Pero a lo mejor me pasé. Tampoco yo estoy acostumbrada a vestirme para seducir a hombres.

Ryerson se detuvo y la abrazó. Mucha de su agresividad se estaba disipando.

—De modo que los dos estamos sintiendo cosas nuevas estos días, ¿eh?

—¿Por qué le dijiste a Dan Ferris que estábamos de luna de miel?

—No sé —replicó Ryerson sinceramente—. Quería librarme de él lo más rápido posible.

—Ya.

Virginia se quedó un momento quieta, y Ryerson acarició su cabello. Sabía que había sido una metedura de pata.

—Te aterra el nuevo pensamiento, ¿verdad?

—Cualquier pensamiento sobre bodas, matrimonios o lunas de miel me da miedo —respondió Virginia sonriendo trémulamente—. Pero me está gustando mucho tener una aventura contigo.

—Y a mí —respondió Ryerson antes de besarla.

Las manos de Virginia le rodearon el cuello, y Ryerson sintió las yemas de sus dedos en su nuca. La estrechó contra sí, para sentir contra su torso la firmeza del pecho de Virginia. Bajó las manos hasta las nalgas de la chica y hundió el rostro en su cuello perfumado. La deseaba. En aquel momento y allí.

Alzó la cabeza y ojeó la oscuridad de la playa teñida de plata a la luz de la luna. No había nadie.

—¡Ryerson! ¿Qué haces? —exclamó Virginia al notar que empezaba a bajarle la cremallera del vestido.

—Hace una noche perfecta para un baño.

Virginia, atónita, lanzó una carcajada.

—Es una locura. Así no. Deberíamos volver al hotel y ponernos los trajes de baño.

—Estamos solos en este planeta, ¿no te acuerdas?

Virginia suspiró de placer y lo abrazó de nuevo mientras permitía que el vestido se deslizara hasta sus pies desnudos. La luna brillaba sobre su pecho.

—¿Cómo iba a olvidarlo?

Ryerson se desnudó rápidamente y dejó su ropa descuidadamente distribuida sobre la arena. Después tomó a su amante en brazos y la condujo hacia el agua.

No le importaba lo nerviosa que a Virginia le pusiera la idea del matrimonio. Él se sentía como en una luna de miel, y pensaba disfrutar de la situación.

Capítulo 5

El mar se sentía terso y tibio. Virginia no recordaba haber tenido una experiencia tan seductora como aquélla, aparte de hacer el amor con Ryerson.

Nadar desnudo despejaba de su mente tantas inhibiciones como dormir con Ryerson.

Nadaron bajo el reflejo de la luna, y jugaron a ser los dioses de las aguas. Virginia nunca se había sentido tan libre, tan llena de fantasía. Era una mujer diferente. Y Ryerson se le antojaba como un hombre indefenso, sujeto a sus poderes maléficos.

Jugueteando ante las olas, agarró a su víctima y la cubrió de caricias, sin parar de reír. Ryerson reaccionó con una pasión instintiva que le encantó.

Intentó agarrada, pero Virginia jugó a escabullirse y a tocarlo a distancia A. C. cuando por fin la atrapó, entre risas, preguntó:

—¿Y qué me vas a hacer ahora que te tengo, sirenita?

La tenía agarrada por la cintura y levantada del suelo, de manera que Virginia tenía que aferrarse a sus hombros para no perder el equilibrio. La chica le dirigió una sonrisa maliciosa y murmuró:

—Buena pregunta. ¿Qué te gustaría hacer a ti? Tú has ganado la batalla, así que estoy a tus órdenes.

Mientras hablaba, masajeaba despacio los hombros de Ryerson. El agua rodeaba su cintura, y se estrellaba de cuando en cuando contra la curva suave de su espalda. La sonrisa que exhibían sus labios era sensual, pagana, y perfectamente comprensible.

Ryerson vio la sonrisa y contuvo el aliento. Su rostro expresaba el deseo más feroz, a la luz de la luna.

—¿Yo mando? —preguntó.

—Eso es —respondió Virginia dulcemente—. ¿Qué quieres que haga, señor de las aguas? Sólo deseo complacerte.

—Nunca he tenido a una sirena a mi disposición —reflexionó Ryerson—. Tendré que probar…

—Lo que quieras, señor mío —respondió Virginia excitada—. ¿Puedo hacer un par de sugerencias?

—Lo que quieras —respondió Ryerson con voz enronquecida por el deseo—. Puedes probar lo que quieras. Yo te diré si funciona o no.

—¿Qué te parece esto? —preguntó Virginia, jugueteando con los pezones de Ryerson, que ya estaban endurecidos.

Ryerson se estremeció.

—Desde luego, eso funciona —dijo.

Bajó a Virginia hasta dejarla en el suelo. Bajó la mano por el torso de Ryerson y le sujetó por las nalgas. Deliberadamente, acarició su torso con la punta erguida de sus pezones.

—¿Y esto que tal?

—Me gustan mucho tus sugerencias —respondió Ryerson con aliento entrecortado—. Pero empiezo a idear algunas cosas yo también.

—Dime —susurró Virginia—. Haré lo que quieras.

Ryerson la miró despacio.

—Lo dices en serio, ¿verdad?

—Absolutamente. Esta noche quiero satisfacerte, Ryerson. Me rindo completamente a tus deseos, señor del mar. Sólo deseo hacerte feliz.

—Tócame —suplicó Ryerson con voz ronca—. Eso me hará muy feliz.

—¿Dónde? ¿Aquí?

—Más abajo.

Con una risita diabólica, Ryerson le mostró exactamente el punto donde deseaba las caricias. Virginia obedeció en el acto, y la sonrisa de Ryerson se desvaneció.

—Ah, eso es. Ahí justamente quiero tus manos. Tienes unas manos tan bonitas, cariño. Creo que me va a gustar este papel de

rey… sí, eso es perfecto.

Virginia le daba exactamente lo que le pedía, disfrutando de la nueva sensación de poder. A la vez que lo excitaba cada vez más, depositaba besos húmedos en su pecho salado.

Ryerson acarició el cabello de Virginia con frenesí, cerrando los ojos para sumir la creciente excitación de su cuerpo. Acercó sus caderas al cuerpo de Virginia, para pedirle más.

Virginia, ebria de excitación y de osadía, tomó aliento y se hundió en el agua. Le resultaba maravilloso sentir el poder que tenía sobre Ryerson. Acarició con los labios el miembro de Ryerson, y sintió la tensión de todo su cuerpo. Estaba a punto de explotar.

De pronto, Ryerson la sacó del agua.

—Ginny… eres una bruja marina. Me has hechizado, de acuerdo. Pero ahora me vas a sacar de esta miseria a la que me has llevado.

—¿Miseria? —repitió Virginia sonriente—. ¿Eso te parece? Y yo que quería complacerte.

Ryerson exhibió una sonrisa sensual.

—No sé yo muy bien quién es el rey y quién el esclavo sexual aquí… pero sí sé una cosa.

—¿Qué?

—Que vas a acabar lo que has empezado.

—Claro, señor. Nunca se me pasó por la imaginación dejarte en este estado.

Ryerson la besó profundamente en los labios.

—Rodea mis caderas con tus piernas.

Virginia obedeció, hipnotizada. El agua los golpeaba, y las manos de Ryerson sobre las nalgas de Virginia sujetaban su cuerpo.

Virginia contuvo el aliento al sentir la penetración. Se estrechó contra él, y hundió la cara en su garganta. El océano los ayudó a marcar el ritmo, acorde con la noche y la luna. Virginia gritó al sentir la culminación del placer, y Ryerson se dejó llevar junto a ella. Después, sólo quedó la paz y el silencio.

—Más vale que volvamos a la orilla —dijo Ryerson finalmente.

—¿Por qué? —preguntó Virginia con los ojos cerrados—. Yo estoy muy bien aquí.

—Es que hay un problema, pequeño pero creciente, que nos lo va a impedir —explicó Ryerson riendo.

—¿Sí? ¿Creciente, dices? —preguntó Virginia interesada, al tiempo que apretaba las caderas de Ryerson con las piernas.

—No, pero no de este tipo —replicó Ryerson—. Se trata de la marea. Está creciendo por momentos.

Virginia abrió los ojos y se deslizó hasta la arena. El agua, que antes le llegaba a la cintura, estaba entonces por sus hombros.

—¡Dios mío! Hubiéramos podido tener un final bastante embarazoso aquí. Imagínate lo que la gente diría en el funeral.

—Una nueva versión de Robinson Crusoe. Vamos, mujer, salgamos —dijo Ryerson, avanzando hacia la orilla.

La marea había llegado ya hasta sus ropas, que estaban empapadas. Virginia rió al ponerse el vestido.

—Pues si pensabas que era atrevido cuando estaba seco, ya verás ahora…

Ryerson frunció el ceño al verla. El vestido transparentaba claramente la forma de sus pezones y sus nalgas, incluso a la luz pálida de la luna.

—Desde luego, no permitiré que vuelvas por el edificio principal. Iremos a través de los jardines.

Acabó de vestirse y caminaron de la mano hacia el complejo. Se deslizaron por los jardines como dos amantes ilícitos.

—Yo creo que hemos nacido para este tipo de aventuras —dijo Virginia entusiasmada al pasar entre un grupo de arbustos—. Fíjate qué bien nos arrastramos entre la vegetación.

—Bueno, me alegro de que te diviertas —dijo Ryerson algo irritado—. A mí la verdad es que no me entusiasma arrastrarme por el suelo. Si no te hubieras puesto esa especie de vestido, no estaríamos en… ssss.

—¿Qué pasa?

—Parece que no somos los únicos en escondemos en los jardines esta noche. Tenemos a dos delante —explicó Ryerson en un susurro —. Dejémoslos pasar antes de ir hacia nuestro cuarto.

Virginia se detuvo obedientemente a su lado, oculta entre la maleza. Dos hombres se escurrían entre el follaje hacia ellos. Se preguntó qué motivo tendrían para desviarse de los senderos habituales del jardín.

Aunque sólo le era posible distinguir las dos sombras de las figuras en la oscuridad, reconoció las voces inmediatamente. Se

trataba, sin duda alguna, de Harry Brigman y Dan Ferris. El último estaba diciendo algo en aquel momento.

—Maldita sea, Brigman, ya hemos tonteado lo suficiente en este lugar. Te has divertido y nos ha ido bien. Me empiezo a poner nervioso. Salgamos de esta endiablada isla de una vez.

—No hay prisa. Te lo he dicho ya mil veces. Tenemos que asentamos en algún lugar, y Toralina no es mal sitio. Además, está lleno de turistas ricos con ganas de echar unas partidillas.

—Hay otras islas, y otros casinos. Diablos, ni siquiera necesitas casinos. Se pueden organizar partidas en cualquier parte, si se es discreto.

—Me gusta esto —replicó Brigman con tozudez—. Y, además, tengo una racha de juego.

—Pues el otro día perdiste contra Ryerson. ¿Cuánto fue, exactamente?

—No tanto como para que te preocupe —repuso Brigman irritado—. Además, fue una pérdida ocasional. El tipo tuvo suerte, pero no es profesional. Me lo devolverá en la revancha. Y ahora, si me perdonas, vuelvo al casino. Me están esperando. Y tú también deberías ocuparte de lo tuyo, en vez de perder el tiempo.

La respuesta de Ferris se perdió entré los chasquidos de los arbustos que los dos hombres agitaron al separarse.

—Bueno —dijo Ryerson al cabo de unos segundos—. Vamos por esa senda. Pero no hagas ruido.

—Qué emocionante es esto —comentó Virginia alegremente—. ¡Ay! ¡Vaya, ya me he destrozado el vestido!

Se había enganchado con el tronco de una palmera, y la tela se había desgarrado. Ryerson lanzó un gruñido silencioso, y se acercó a ayudarla, no sin antes echar un vistazo al lugar por donde habían desaparecido los dos hombres.

—En fin… De nada ha servido tanto esconderse —comentó pesaroso.

Virginia siguió la dirección de su mirada y vio a Ferris, no muy lejos, mirándola fijamente. Debía de haber oído su exclamación.

—Vaya —dijo la chica—. Pero bueno, tampoco es para tanto. No es como si estuviera desnuda.

Sonrió a Ferris, que se limitó a inclinar la cabeza en gesto de saludo y alejarse. A Brigman ya no se le veía.

—No, no es como si estuvieras desnuda —concedió Ryerson mientras desenganchaba el vestido—. Pero casi. Menos mal que estaba lejos, porque tal y como llevas el vestido, uno se puede imaginar casi todo.

Los ojos de Ryerson estaban clavados en un punto determinado.

—Hace falta muy buena vista para imaginar tanto —declaró Virginia.

—Pues yo debo de tenerla.

—O una imaginación excesiva. ¿Sabes? Ni siquiera imaginaba que esos dos se conocían —declaró Virginia cuando echaron a andar por la senda.

—Ni yo —replicó Ryerson pensativo—. Me pregunto qué harían merodeando por los jardines desiertos. Pero démonos prisa —añadió en diferente tono—. Te estás quedando helada.

—¿Cómo lo sabes?

Ryerson trazó un dedo la forma protuberante del pezón de Virginia.

—Mi magnífica visión nocturna.

* * *

Ryerson consiguió dar largas a la oferta de Brigman hasta el final de las vacaciones. No sentía ninguna tentación de volver a jugar, y el brazalete había sido premio más que suficiente a su primera intentona. Brigman estaba en lo cierto; lo de la otra noche había sido fruto simple de la suerte.

La última noche, a Virginia la asaltaron algunos remordimientos sobre el brazalete. Mientras bailaban, lo acarició con cuidado y observó a Brigman de lejos, jugando a los dados.

—¿Crees de veras que el brazalete sea una reliquia de familia? —le preguntó a Ryerson.

—De alguna familia será —respondió Ryerson—. Pero apostaría que no se apellida Brigman.

Habló con tanta seguridad, que Virginia se relajó.

—¿Estás seguro?

—¿Tú crees que iba a venir A. C. con una reliquia de sus antepasados? Es un jugador profesional, Ginny. Seguro que se lo

ganó a alguien. Y ahora es nuestro. Son las vueltas que da la vida.

Virginia respiró más aliviada, y contempló el juego de piedras.

—Nuestro —repitió.

—Considéralo una reliquia que marca el comienzo de nuestra relación.

Virginia continuó mirando las gemas que adornaban su muñeca, pero su expresión se hizo más insegura.

—Me pregunto si las cosas seguirán igual al regresar, mañana.

—¿Qué demonios quieres decir? —preguntó Ryerson, confuso.

Virginia se revolvió inquieta en sus brazos.

—No sé. Todo parece diferente aquí, en Toralina. Tú mismo dijiste que éramos dos personas distintas, en un mundo aparte. Por eso me pregunto qué pasará al volver a la realidad.

Ryerson le tomó el rostro entre las manos y la obligó a mirarlo. En sus ojos había energía y decisión.

—Somos las mismas personas que abandonaron Seattle. Lo único que ha cambiado aquí, en Toralina, es que hemos empezado a dormir juntos. Y eso te aseguro que no va a cambiar cuando regresemos a Seattle.

* * *

Ryerson se despertó un poco antes de que amaneciera. Pero no fue la tímida claridad de la aurora lo que lo sacó del maravilloso sueño que estaba teniendo con Virginia, sino el sonido de pasos apagados en la habitación adyacente. Alguien había entrado en sus aposentos.

Se sentó en la cama en silencio y escuchó. Virginia debió de sentir su movimiento, porque se agitó entre sueños y empezó a abrir los ojos. Ryerson le tapó los labios con la yema del dedo, y la chica pestañeó alarmada.

Del otro cuarto llegó un sonido muy leve, que ambos percibieron. Virginia se puso tensa, pero no dijo nada. Ryerson quitó la mano de su boca.

Ryerson indicó con un gesto que no se moviera, y se levantó despacio. Caminó desnudo hasta la puerta que separaba ambas estancias, y distinguió la luz tenue de la linterna, y la sombra de una figura. No vio nada en la mano libre del intruso, por lo que

supuso que iba desarmado.

Tanteando, agarró del armario que había a un lado el secador de Virginia. No era mucho, pero era lo más a mano que tenía. De algo serviría.

Al cruzar la puerta, sin embargo, se le ocurrió pensar que tal vez el asaltante tuviera un cuchillo escondido. Y él estaba desnudo, lo que aumentaba su sensación de estar indefenso. Sin embargo, el pensamiento de proteger a Virginia le infundió valor.

La figura del intruso, que estaba registrando unos cajones, lanzó una exclamación ahogada y se volvió, al oír a Ryerson. Llevaba una media de mujer sobre el rostro. Inmediatamente, se abalanzó hacia la puerta, y logró escapar por unas décimas de segundo.

Ryerson iba a perseguirlo, pero se volvió al escuchar un ruido procedente del dormitorio. Allí estaba Virginia, tan desnuda como él, a excepción del brazalete, que seguía llevando todas las noches, y armada con un zapato de tacón.

—Llama a recepción —pidió Ryerson—. Habrá que informar a la policía.

Se alegraba de no haber seguido su primer impulso de perseguir al hombre por los jardines. Hubiera sido muy difícil encontrar entre la maleza al desconocido, y su desnudez habría provocado un escándalo.

El único que se enteró, al parecer, fue un camarero que volvía por los jardines de repartir algo en alguna habitación, y que se quedó mirando a Ryerson en la puerta, con evidente sorpresa.

—¿Me presta un delantal? —preguntó Ryerson al boquiabierto muchacho.

—Claro, señor —contestó el camarero, con la actitud de quien ha visto ya demasiadas extravagancias como para escandalizarse por una más.

Le pasó el delantal a Ryerson, que dijo:

—Gracias. Habitación 316. Cóbrese una docena de dólares a mi cuenta.

Ryerson se alejó sonriente, con el delantal en una mano, y el secador en la otra.

* * *

La policía de Toralina se mostró apesadumbrada por el incidente, pero no había mucho que pudieran hacer al respecto. Eran cosas que sucedían de cuando en cuando, y que últimamente eran cada vez más frecuentes, por desgracia. Se trataba de pescadores, o labradores borrachos, que intentaban robar algo de los ricos americanos. Estarían atentos, pero como no había descripción, ni huellas, etcétera, etcétera…

—Algo me dice que el caso se ha cerrado en cuanto hemos entrado en el avión —comentó Ryerson entre dientes cuando, horas después, se abrochaba el cinturón de seguridad.

—No pienses más en ello. Después de todo no se llevaron nada. Y gracias a ti —dijo Virginia sonriendo—. Mi héroe. Nunca olvidaré tu imagen cuando te asomaste a la puerta desnudo, con el secador en la mano, y volviste con el delantal.

Pero Ryerson no estaba de humor para bromas. Se quedó mirando por la ventanilla y musitó:

—Me pregunto qué estaría buscando.

—Pues cualquier cosa A. C. dinero, joyas… —respondió Virginia —. La gente de la isla es mucho más pobre que los americanos que vamos de vacaciones.

—Joyas… —repitió Ryerson despacio—. Tal vez supieran que teníamos el brazalete.

—Es imposible. No se lo enseñamos a nadie. Sólo Brigman sabía que lo teníamos.

—Pues eso —declaró Ryerson pensativo.

—No pensarás que el mismo Brigman tratara de robado, ¿verdad?

—Es una posibilidad. Al fin y al cabo, estaba muy molesto porque se lo gané, y más aún porque no quise darle la revancha.

—Pero fue él quien se empeñó en que jugarais la primera vez, y no tenía por qué apostar el brazalete. Se lo ganaste en buena lid, y ahora nos pertenece.

Virginia abrazó el bolso que contenía la joya con afán posesivo. Ryerson sonrió.

—Tienes razón; nos pertenece. Y no tendremos problemas en la aduana, porque es demasiado viejo.

—Todavía no puedo creer que sea realmente nuestro —musitó Virginia.

Pero lo que más le costaba creer no era volver con el brazalete, sino volver con un amante tan especial. Aquélla era la verdadera ganancia.

Capítulo 6

Una vez de regreso a la habitual rutina, Virginia pudo admitir lo nerviosa que había estado al regreso. En Toralina se había sentido como una persona diferente, y temía que la vuelta a casa conllevara un regreso a su antigua personalidad.

Pero, varios días después de la llegada, mientras contemplaba su figura en el espejo, Virginia sonrió. Había cambiado en el viaje, pero el cambio subsistía. Lo podía leer en sus ojos, y sabía que Ryerson también lo notaba. El mismo vestido que llevaba puesto para la cena con Ryerson era más atrevido de lo que era habitual en ella, dentro siempre de la normalidad.

La mujer que se reflejaba en el espejo era una mujer confiada y consciente de su condición femenina. Más liberada y más segura. Era una mujer que, después de haber hecho el amor en las cálidas aguas del Caribe, no dudaba en compartir una bañera de hidromasaje con Ryerson.

Si Ryerson tuviera una bañera de hidromasaje, claro.

Pero eso era lo de menos, decidió sonriente, mientras se colocaba el brazalete en la muñeca. Lo importante era que había perdido todas sus inhibiciones.

Observó de pronto una marca en el broche del brazalete, y la examinó de cerca. Era un pequeño escudo de oro. Algún día sería interesante que llevaran el brazalete a un joyero para ver si podía identificado.

Una hora después; sentada frente a Ryerson en un caro restaurante, decidió sacar a colación sus pensamientos.

—¿Nunca has pensado instalar una bañera de hidromasaje? —preguntó tras saborear la copa de vino.

Ryerson alzó la vista de su plato, y la miró primero con sorpresa y luego con cierta desconfianza.

—¿Una bañera de hidromasaje? Pues ahora que lo dices, no. Nunca se me había ocurrido. Hasta ahora, claro… —dijo pensativo —. No sería mala idea; además, tengo un rincón perfecto para ello en mi casa de la isla. Por cierto, que tienes que venir a verla alguna vez. ¿Qué te hizo pensar en el hidromasaje?

Virginia se encogió de hombros con expresión de inocencia.

—Bueno me estaba acordando del baño que nos dimos en el mar, y lo relacioné de pronto con el hidromasaje.

—Sí, es una cadena de pensamiento lógica —dijo Ryerson complacido—. ¿Sabes? —preguntó mientras probaba el pan—. Puedo imaginamos a los dos ahora mismo en una de esas bañeras.

—¿Sí? —preguntó Virginia sonriente—. ¿Y qué tal?

—Puff… me vuelve loco. ¿Quieres que acabemos de cenar, o nos vamos directamente a mi casa?

Virginia casi se atragantó de la risa.

—¡Pero si todavía no hemos empezado! Y estoy hambrienta.

Ryerson lanzó un suspiro de resignación.

—Bueno, vale, esperaré. Me pregunto cuánto se tardará en instalar una bañera de hidromasaje. Yo podría instalar el motor, así que sólo necesito la bañera. Si llamo mañana por la mañana, yo creo que la podré tener para…

—Ni lo sueñes para este fin de semana —lo interrumpió Virginia —. Acuérdate de que tenemos que ir a la fiesta de los Anderson el domingo. Dijiste que querías ir conmigo para que te presentara a gente.

Los Anderson eran viejos amigos de la familia de Virginia, y ella sospechaba que daban aquella fiesta para conocer al nuevo propietario de Middlebrook Power Systems.

—Tienes razón. Los negocios son los negocios. Ya me preocuparé de la bañera más tarde. Además, esta noche… —Ryerson se detuvo y su expresión se ensombreció—. ¿Te vas a quedar esta noche conmigo, verdad?

—Sí, he traído una bolsa de mano —respondió Virginia suavemente.

Ryerson se relajó.

—Menos mal. Ginny, yo creo que ya es hora de que nos planteemos el vivir juntos.

Virginia dejó de golpe la copa que acababa de agarrar.

—¿Vivir juntos? ¿Tú y yo?

—Pues claro, ¿quién si no? Piénsalo fríamente, Ginny. Es lo más natural en un caso como el nuestro. Además, el *ferry* que va a tu casa cada vez es más problemático. Yo tengo a veces reuniones muy tarde, o muy temprano, y es muy difícil trasladarse desde tu casa.

Virginia sintió que se le revolvía el estómago. Su primer pensamiento fue que Ryerson se había cansado de ella tan rápido como su marido, y la confianza ganada en Toralina comenzó a tambalearse. Hizo un esfuerzo para mantener la calma. Estaba con Ryerson, no con Jack.

—¿Te resulta problemático trasladarte a la isla? —preguntó algo alterada—. Pero si apenas hemos comenzado… Si acabamos de llegar de Toralina, A. C. creía que todo estaba yendo bien. Pensé que estabas contento, y que las cosas salían adelante. No me daba cuenta de que te estabas aburriendo de mí.

Ryerson frunció el ceño al comprender lo que Virginia estaba pensando. Su expresión dolorida le partía el alma, pero también lo irritaba.

—Diablos, Ginny, no me estás escuchando —dijo—. Te estoy pidiendo que vengas a vivir conmigo. No estoy sugiriendo que cortemos nuestra relación, sino todo lo contrario. ¿Es que no me entiendes cuando te hablo?

Virginia bajó la mirada. Aunque Ryerson no podía ver sus manos, hubiera apostado que estaba arrugando la servilleta con nerviosismo. Su rostro estaba tenso.

—Bueno, como has dicho que lo de los *ferrys* es muy problemático, supuse que estabas ya aburrido de tomarlos —dijo lentamente.

—Y de eso has deducido que estaba aburrido de ti —acabó Ryerson disgustado—. Tienes una lógica de lo más enrevesada, pero no pensaré en ello por ahora. Lo que estoy diciendo es muy sencillo: te pido que vengas a vivir conmigo. No me aburre viajar hasta la isla; es, simplemente, una molestia. Ésa es la diferencia.

—¿Cuál?

Ryerson se preguntó si habría alguna ley que prohibiera sacudir a una mujer para hacerla volver en razón. Supuso que sí la habría.

—La diferencia está en que cuando me aburre algo lo dejo de lado, pero cuando algo me gusta pero es molesto, intento solucionarlo. Y la solución de este problema es que vivamos juntos.

—¿De modo que quieres que vivamos juntos? —preguntó Virginia, aún insegura.

—Caramba, enhorabuena. Parece que empiezas a comprender.

Llegó la ensalada, y comieron en silencio. Ryerson observaba a Virginia retorcerse entre reflexiones mientras comía.

—Vivir juntos se parece mucho al matrimonio —dijo la chica finalmente.

Ryerson comprendió enseguida la pega. Estaba yendo demasiado de Prisa. C. ro que, por él, estarían yendo más rápido. Buscó una forma de tranquilizada.

—Virginia —empezó en el mismo tono que utilizaba para los clientes indecisos—. Vivir juntos es muy diferente de estar casados. Mucho. Desde luego, tiene alguna de las ventajas del matrimonio, pero…

—Y todas las desventajas —concluyó Virginia al momento.

—No necesariamente —gruñó Ryerson.

—¿Lo has probado alguna vez? —preguntó Virginia.

—Bueno, no, pero es fácil predecir que en un caso como el nuestro funcionaría bien.

—Sigo sin ver la diferencia que hay entre eso y estar casados.

Ryerson estaba empezando a perder la paciencia, lo que era inhabitual en él.

—Eres una testaruda. Entiendo que te dé miedo, pero confía en mí. Vivir juntos es diametralmente distinto a casarse.

—No lo entiendo —declaró Virginia con intensidad—. Piénsalo. El hecho de vivir juntos conlleva compartir todo, desde el dinero hasta los familiares. Significa plantear cosas como quién limpia una semana y quién otra. Significa despertarse juntos, compartir el cuarto de baño… ¿No te das cuenta? Te llenaría el armario con mi ropa, y el baño con el champú, el desodorante y los cosméticos. Vivir juntos no es como compartir una habitación en un hotel de Toralina. Es mucho más complicado.

Ryerson tuvo que contener la sonrisa al verla tan frenética. Pero

se controló al comprender que Virginia se lo tomaba muy en serio.

—La idea te asusta, ¿verdad?

Virginia se reclinó en el asiento y lo miró despacio.

—La encuentro desazonadora —admitió—. Y en contra de todo lo que nos habíamos propuesto crear en nuestra relación.

—Irá contra todo lo que tú has propuesto crear —replicó Ryerson—, porque a mí la idea me encanta. Recuerda que yo no tengo nada en contra del matrimonio.

—Es verdad. Tú estás convencido de que es una relación muy cómoda entre dos personas que se compenetran, ¿verdad? —espetó Virginia—. Y seguro que consideras que vivir juntos es lo mismo. Pero yo no creo que las cosas sean así. En esas situaciones, todos los problemas salen a relucir. Todas las cosas que parecen nimias en una relación como la de ahora se convierten en molestias al juntarse, y a veces se hacen insoportables.

Al ver que no llegaban a ningún sitio, Ryerson echó marcha atrás y decidió darle más tiempo.

—Mira, Ginny, lo único que te pido es que lo pienses. Te garantizo que no será como el matrimonio. Por ejemplo, no hay compromiso formal, y no te sentirás atrapada. Además, iremos despacio. Puedes ir acostumbrándote paso a paso.

—¿Cómo? —preguntó suspicaz.

—No tienes por qué trasladarte de golpe —explicó Ryerson persuasivo—. Lo haremos en escalas. Prueba a pasar unas cuantas semanas conmigo y luego decidimos.

—Pero si todo va muy bien ahora —protestó Virginia—. Somos felices así.

Ryerson notó con frustración que no estaba siendo capaz de convencerla.

—¿De verdad crees que todo se va a destruir porque vivamos juntos? —preguntó irritado.

—No lo sé —susurró Virginia.

Estaba todavía más asustada de lo que él había imaginado. La aterrorizaba todo aquel asunto. Ryerson había creído que su resistencia al matrimonio se debilitaría con la confianza y el tiempo. Había planeado irla acostumbrando lentamente a la idea de compartir su vida con él. Pero ya no estaba tan seguro de ser capaz de hacerlo. Aquella mujer estaba terriblemente asustada.

—Tu marido te la jugó bien, ¿eh? —comentó, controlando la rabia que le crecía en el pecho—. Si no hubiera muerto ya, no me habría importado echarle una mano.

Virginia pareció sorprenderse por su vehemencia.

—Pero Ryerson, creía que comprendías lo que significaba el matrimonio para mí.

Ryerson perdió la paciencia.

—Por última vez —dijo—, no estoy hablando de matrimonio. ¡Hablo de vivir juntos!

El silencio general que siguió a sus palabras les indicó que todo el restaurante las había oído. Todo el mundo los miraba, algunos con expresión divertida, otros curiosa, y algunos escandalizada.

—Acabaremos esta conversación cuando estemos a solas —dijo Ryerson entre dientes.

Virginia pareció indecisa, como si quisiera decir algo más, pero la mirada glacial de Ryerson desvió hacerla cambiar de opinión, porque no replicó.

Acabaron la comida prácticamente en silencio. Ryerson se arrepentía de haber arruinado la noche, pero tenía que empezar por algún sitio. Sabía muy bien que no sería feliz hasta que Virginia viviera con él, más aún, no cesaría la lucha hasta verla casada con él.

El brazalete de esmeraldas brillaba en la muñeca de Virginia, realzando la forma suave de sus manos. Se quedó mirándolo intensamente.

Tenía que conseguir a Virginia, convencerla de que aceptase el amparo de su techo y la seguridad de su cama. Tenía que darse cuenta de que él no era como su marido. Tenía que aprender a confiar en él.

—Vámonos a casa —dijo al acabar, subrayando la palabra «casa» para ver cómo reaccionaba Virginia.

Pero no dijo nada. Acabó su copa de vino mientras Ryerson firmaba el cheque.

* * *

Virginia intentó olvidar la discusión del restaurante, y se esforzó

en sacar temas intrascendentes durante el trayecto hacia casa de Ryerson.

Pero él contestaba con monosílabos, y no parecía querer participar en la conversación. No dijo nada en todo el viaje, y al llegar a su piso, se limitó a abrir la puerta y dejarla pasar.

—Ryerson —dijo Virginia suavemente entonces—. Me parece que deberíamos hablar. Hay que arreglar esto.

Ryerson se quitó la chaqueta, y se aflojó la corbata.

—Ya hemos hablado bastante. Está claro que discrepamos en algunas cosas. Más vale que nos centremos en aquéllas en que nos compenetramos.

Virginia dio un paso atrás, insegura de la expresión de los ojos de Ryerson. Era un hombre al que solía entender a la perfección, y le resultaba extraño y desasosegante no poder leer en sus ojos aquella noche.

—No estoy de acuerdo —dijo Virginia con toda la calma que supo reunir—. Vivir juntos es una decisión importante, que lo cambia todo. Yo ni siquiera sabía que te lo estabas planteando.

Ryerson se desabrochó la camisa y caminó hacia ella. La penumbra del cuarto destacaba el brillo de sus ojos grises. Agarró a Virginia por los hombros y la besó con pasión.

Al momento, desapareció todo pensamiento racional de la mente de chica.

—Tal vez tengas razón —susurró con desmayo—. Tal vez sea mejor que nos atengamos a los terrenos en que nos compenetrarnos.

—Pero no creas que siempre me va a poder distraer el sexo —advirtió Ryerson con dureza.

—Claro que no —se apresuró a contestar Virginia—. Además, esta vez has sido tú.

—Cierto. Pero quiero que sepas que, antes o después, retornaremos esa conversación.

—¿Pero ahora no? —preguntó Virginia esperanzada.

—No. Ahora tengo otras cosas en la cabeza.

La tomó en brazos y la condujo hasta su cuarto.

* * *

Una hora después, Virginia se despertó en la oscuridad, presa de una acuciante sed, y de un terrible dolor de cabeza. Se le ocurrió primero que había bebido demasiado durante la cena. Permaneció inmóvil unos segundos, tratando de reconocer el cuarto en que se encontraba.

El estómago le ardía. Frunció el ceño al recordar que sólo había bebido dos vasos de vino la noche anterior. Fuera lo que fuera lo que le sucedía, no podía achacarlo a un exceso de alcohol.

Cambió de postura en la almohada, y trató de enfocar la visión. Pero las líneas del cuarto flotaban a su alrededor sin llegar a constituirse en estructuras. A lo mejor todo era un sueño.

Pero no fue realmente consciente de su estado hasta que se sentó en la cama y todo empezó a darle vueltas. Al ponerse de pie, estuvo a punto de caer. Notó la moqueta bajo sus pies, lo que indicaba que no estaba en su cuarto; y por fin vio el bulto de Ryerson a su lado, en la cama.

De modo que estaba en la casa de Ryerson.

Algo más tranquila, se acercó a la ventana. No comprendía cómo Ryerson podía dormir con tanto calor.

Pero a medio camino hacia la ventana, sintió una terrible náusea, que le hizo cambiar el rumbo hacia el cuarto de baño. Lo primero era lo primero. Se sentía terriblemente enferma.

Enferma. No era el calor del cuarto, ni el vino de la cena, era que tenía fiebre. Virginia se estremeció horrorizada. Jack no soportaba verla enferma. Entró en el baño corriendo, a punto de explotar.

Momentos después, controlados los espasmos, Virginia se apoyó débilmente en el lavabo y se aclaró la boca, mientras hacía un esfuerzo sobrehumano por pensar.

Tenía que salir del apartamento de Ryerson. No podía permitir que la viera en aquel estado. No quería verlo disgustado e impaciente, como Jack solía estar cuando la veía enferma.

Por eso no podían vivir juntos, se recordó Virginia al tiempo que salía tambaleante del cuarto. Una tontería como la de ponerse enfermo lo estropearía todo.

Miró a su alrededor con ansiedad. Tenía que salir de allí y volver a su casa tranquila y segura, donde podía estar enferma sin preocuparse por la reacción de Ryerson.

El dolor le martilleaba la cabeza, pero, por lo menos, el estómago parecía controlado por el momento. Encontró a duras penas sus ropas, y se vistió, agobiada de calor y de una sensación de irrealidad. Ryerson estaba profundamente dormido.

Terminó de vestirse jadeando de agotamiento, y salió a la sala. Entonces pensó que debería dejar una nota para Ryerson, explicando su súbita desaparición.

Localizó un bolígrafo y algo de papel junto al teléfono. Encendió una lamparita y trató de ordenar sus pensamientos. Pero no era capaz de componer ni una sola línea. Finalmente, tras mucho concentrarse, logró garabatear:

Querido Ryerson. He tenido que irme a casa. Té llamaré.

No era mucho, pero no podía pensar más. Apagó la luz y echó a andar hacia la puerta. Pero al llegar al vestíbulo, tropezó con una figura grande, cálida e inamovible. Se trataba, obviamente de un hombre, y estaba desnudo.

—¿Vas a algún sitio? —preguntó Ryerson, con exagerada suavidad.

Virginia estuvo a punto de perder el equilibrio y se apoyó en su brazo. Ryerson no hizo ademán alguno de ir a ayudarla. Virginia lo soltó al momento, y se apoyó contra la pared.

—… ir a casa… —susurró.

—¿Te ibas sin molestarte en despertarme? Muy considerado.

Virginia sintió su furia, pero estaba demasiado débil como para responder.

—Dejé una nota.

—Me conmueve.

—Ryerson, por favor, déjame salir.

—¿Por qué tienes que salir a las tres de la mañana? —preguntó Ryerson con dureza—. ¿Por qué no puedes soportar la idea de pasar una noche bajo mi techo? Pues, en Toralina, bien que te quedabas conmigo toda la noche. ¿O es que aquello era diferente porque estabas de vacaciones a mi costa?

—Por favor. Tengo que irme —replicó Virginia débilmente.

Trató de pensar, pero Ryerson no se movió.

—¿Y cómo piensas volver a tu casa? Ya se han acabado los *ferrys*, y no habrá más hasta mañana. Y además, ¿cómo vas a llegar al muelle? ¿Pensabas acaso robarme el coche?

—Iré en taxi.

—Claro, ¿y el barco? Ya te he dicho que no hay uno hasta las seis y media.

Finalmente, las palabras penetraron en el embotado cerebro de Virginia. Ni coche, ni barco. Estaba atrapada. Se humedeció los labios y trató de pensar.

—Llamaré a mi hermana.

—¡Y un cuerno! —exclamó Ryerson, perdiendo la paciencia—. Si piensas que vas a poder dormir aquí, en mi cama, y escaparte en mitad de la noche, estás muy equivocada. Me merezco más que eso. ¿Qué es lo que te crees, Ginny? ¿Que puedes aprovecharte y luego huir? Te ha gustado lo de hacer el amor, ¿no? Pero prefieres no pagar las consecuencias de un compromiso, ¿verdad?

Virginia estaba a punto de desmayarse.

—No entiendes…

—Eso es lo que tú te crees —replicó Ryerson—. Finalmente, empiezo a comprender la situación. Eres demasiado egoísta, o demasiado cobarde para hacer un compromiso, pero te gusta cómo te lo hago en la cama, ¿no es eso?

—Ryerson, tengo que irme, por favor.

Ryerson la ignoró.

—Te gusta el sexo lo suficiente para aceptar viajes de vacaciones, o cenas caras, pero no quieres aceptar ninguna ligazón real. ¿Sabes lo que eres en realidad?

—Basta —dijo Virginia, reuniendo todas las fuerzas de que disponía—. Deja de insultarme y apártate. Me voy.

—Ni hablar. Te vas a quedar aquí donde estás, en esta casa y en esta cama, hasta que aprendas lo que significa tener una aventura conmigo.

Fue a agarrarla, y Virginia trató de desasirse. Pero las fuerzas le fallaban, y todo se volvió negro.

—¡Ginny! —exclamó Ryerson sujetándola—. Estás ardiendo. ¿Qué pasa?

—Quería irme, pero no me dejabas. No me dejabas. Tengo calor.

Quiero un vaso de agua.

—Eso no te va a quitar el calor, cariño. Necesitas más ayuda. Espera aquí a que me vista.

La dejó sobre una silla.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque te voy a llevar a Urgencias, y no creo que esté bien que vaya desnudo.

—No quiero ir al hospital. Estoy bien.

—Claro, claro. Y yo soy cura.

Virginia se quedó sentada, demasiado enferma, hasta para llorar. Todo estaba saliendo mal.

—Bueno —susurró derrotada—. Llamaré a un taxi para que me lleve.

—Tardaría demasiado.

Ryerson salió del cuarto y cogió las llaves y la cartera.

—¿Puedes andar, o te llevo en brazos?

Virginia se levantó despacio. Ya era inútil discutir. Ryerson estaba decidido, y no le quedaba más que obedecer. Tal vez fuera el comienzo del fin de la relación, pero no tenía fuerzas para combatirlo.

—Ryerson, estoy fatal.

Ryerson la agarró por los hombros y la llevó al ascensor.

—No te preocupes, cariño. Todo irá bien. Te llevaré a Urgencias para que te bajen la fiebre, y luego volveremos a casa para que descanses.

—¿A mi casa? —preguntó Virginia esperanzada.

—No, aquí. A mi casa. No estás en condiciones de quedarte sola.

—Pero, Ryerson…

—Ssss, Ginny. Déjame a mí.

Capítulo 7

De no haberse sentido tan enferma, probablemente Virginia se habría mostrado más indignada. Estaba de nuevo en la cama de Ryerson, dos horas después de dejar el hospital.

—¡Intoxicación! No puedo creerlo. En un restaurante tan bueno…

—No estaban absolutamente seguros de que fuera intoxicación —le recordó Ryerson—. Tal vez se trate de una gripe. Ya oíste al doctor, es difícil diagnosticar los desórdenes gastrointestinales. Se limitan a curar los síntomas, sin arriesgar pronósticos.

—Es una intoxicación —replicó Virginia firmemente—. Cada vez me siento mejor. Y si fuera una gripe sería al contrario. Desde luego, no pienso volver a pisar ese restaurante.

—También puede haber sido de algo que tomaras a la hora de comer. Dijo una enfermera que los síntomas de envenenamiento pueden tardar varias horas —explicó Ryerson mientras arreglaba la cama—. De todas formas, es algo que puede suceder en el mejor de los restaurantes, si es que es una intoxicación.

—Yo creo que sí.

—Pues mejor. Porque si es una gripe, pronto me tendrás a tu lado en la cama, y no me gustaría dormir a tu lado y no poder hacerte el amor por la fiebre —declaró Ryerson sonriente.

Virginia lo miró. Todavía no estaba muy tranquila con la situación, aunque no cabía duda de que Ryerson se estaba comportando de maravilla. Estaba siendo cariñoso y paciente, y se había ocupado de todo en el hospital. No parecía molesto con su

papel de enfermero.

—Siento ser un estorbo —dijo mientras se subía la sábana hasta la barbilla, víctima de un escalofrío.

Ryerson la miró exasperado.

—Por el amor de Dios, Ginny, deja de disculparte. Como te oiga una vez más hablar de estorbos, te ahogaré bajo la almohada. Voy a hacerte una taza de té. Ahora vuelvo.

Virginia asintió, y se quedó dormida hasta que Ryerson volvió con el té.

—Gracias —dijo cuando Ryerson le tendió la taza.

Se incorporó sobre las almohadas, y Ryerson tomó asiento a su lado.

—De nada. ¿Te sientes con fuerzas para hablar ahora?

—¿De qué quieres hablar?

—Lo sabes muy bien. Ahora que ya ha pasado lo peor, me gustaría saber por qué tenías tanta prisa por escaparte de mi cuarto, cuando apenas tenías fuerzas para mantenerte en pie.

Virginia se quedó mirando por la ventana.

—No sabía cómo te lo tomarías —admitió finalmente—. Mi marido no soportaba las enfermedades ajenas. Solía ser muy cruel. Cuando me ponía mala, solía decir que parecía más vieja, e insistía en que me quedara en casa de mi hermana hasta sanar.

—Y tú te imaginaste que yo reaccionaría igual, ¿no?

Virginia se estremeció al sentir la dureza de su tono.

—Bueno, una parte de mí no quería arriesgarse —dijo con sinceridad—. No quería que me viera así, y que todo se estropeara.

—Es decir, que no confiabas en que yo tolerase tu enfermedad. ¿Pero qué clase de hombre piensas que soy, Ginny? Formamos una pareja, somos amantes, y eso significa que nos preocupamos el uno por el otro.

—Ya —suspiró Virginia—. Pero la relación de amantes es una relación que se funda en la fantasía.

Preferiría que la realidad no se entrometiese.

—Pero vamos a ver, Virginia; si hubiera sido yo el que hubiera caído enfermo, ¿qué hubieras hecho? ¿Habrías tratado de librarte de mi carga?

Virginia se volvió hacia él.

—Pues claro que no —dijo al momento—. ¿Cómo puedes pensar

eso?

—No sé cómo se me ha podido ocurrir —dijo Ryerson con ironía.

—Es que es diferente —empezó Virginia.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué? ¿Por qué tú eres mujer y las mujeres son más compasivas? Pues te equivocas, pequeña machista. Esa actitud debe de ser también legado de tu marido, ¿no? Pues tendrás que cambiar. Tendrás que aprender a confiar en mí.

—Pero Ryerson…

—Escucha, Virginia —la interrumpió Ryerson—, más vale que te des cuenta de algunas cosas. No hay manera de que dos personas como nosotros tengan una relación libre de compromisos y obligaciones. Las relaciones basadas en la fantasía no se pueden dar entre nosotros, porque somos personas demasiado prácticas. Aunque las cosas parecieran irreales en Toralina, ahora estamos de vuelta a casa. Y por mucho que trates de esquivar la realidad, siempre aparecerá por un sitio o por otro. Yo, por mi parte, no tengo nada en contra de la realidad. Creo que sé tratar con ella mejor que con la fantasía. Y me parece que tú eres igual.

Virginia lo miró indecisa, y cerró los ojos, mientras apoyaba la cabeza sobre la almohada. Pensó en lo enferma que se había sentido aquella noche, y en lo bien que se había portado Ryerson. Lo mismo hubiera hecho ella si la situación hubiera sido a la Inversa. Ryerson se parecía a ella en muchas cosas.

—Sí —dijo suavemente—. Estoy empezando a comprenderlo.

Hubo un largo silencio, tras el cual Ryerson dijo:

—Cuando te encuentres mejor, discutiremos los detalles para que vengas a vivir aquí.

Virginia sintió que en su mente se abría un cofre de sorpresas. Por primera vez, consideró que las cosas podían salir bien. Ryerson era diferente. Tal vez, y sólo tal vez, podría arriesgarse a vivir con él.

Después de todo, si las cosas iban mal, seguirían siendo libres los dos. Quizá estuviera equivocada cuando el día anterior había discutido con él. A lo mejor, vivir juntos no era, al fin y al cabo, lo mismo que casarse.

¿O sí?

Con aquella pregunta en la mente, Virginia se quedó dormida.

Ryerson la contempló largo rato, con la mirada pensativa y llena de tristeza.

Todavía se estremecía cada vez que recordaba la sensación que había asaltado su alma la noche anterior, al ver que Virginia trataba de escaparse del apartamento a escondidas. Se había debatido entre la rabia y la angustia. No había duda de que Virginia había edificado unas monstruosas defensas a su alrededor a raíz de su fracaso matrimonial, e iba a ser muy difícil destruidas.

Recogió en silencio las tazas de té, y salió despacio del cuarto. Al ir a cerrar la puerta, vio el bolso de Virginia sobre la mesilla, y en su interior, el brillo verdoso del brazalete. Ryerson sonrió. El brazalete nunca se separaba de ellos en aquellos días. Simbolizaba el ensueño compartido de Toralina.

Con algo de suerte, pronto pasaría a significar la realidad que iban a encontrar en Seattle. Y, desde que conocía a Virginia, Ryerson tenía una buena racha de suerte.

* * *

Virginia se despertó a mediodía, sintiéndose mucho mejor. Respiró con profundidad un par de veces, y decidió que su estómago estaba ya recuperado. Incluso le había desaparecido el dolor de cabeza. Se estiró con pereza y pensó en ducharse. Tan buena le pareció la idea que se levantó al momento.

Una vez en pie, se dio cuenta de que su equilibrio aún sufría consecuencias de la intoxicación, pero el resto de los síntomas habían desaparecido definitivamente. Entró en el baño y abrió el agua caliente.

Momentos después, Ryerson abrió la puerta y la espió interesado. El cuerpo curvilíneo de Virginia se camuflaba entre el vapor.

—¿Significa esto que ya estás preparada para un desayuno de ostras y vino blanco? —preguntó sonriendo.

Virginia sonrió.

—Bueno, no tanto. Pero creo que mañana podré ir a la fiesta de los Anderson. En cuanto a hoy, creo que me conformaré con una sopa.

—Pues estás de suerte. Es una de mis especialidades. Supongo que ese interés en la comida demuestra que lo que tienes no es gripe, ¿verdad?

—Sí. Ha sido una intoxicación, yo creo.

—Bueno, pues de todas formas, no te creas que te vas a escapar tan fácilmente —advirtió Ryerson.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Virginia mirándolo.

—Que te quedas aquí esta noche.

Parecía muy decidido, y Virginia tenía que admitir que la idea no le parecía tan mala como hubiera imaginado. Después de todo, estaban a fin de semana.

—¿Por qué? —preguntó cautelosa.

—Te quedas para observación —respondió Ryerson con una sonrisa maliciosa—. Observación minuciosa.

Virginia se quedó mirando la puerta cerrada del baño por donde acababa de salir Ryerson. Se daba cuenta de que, poco a poco, sus vidas se iban entrelazando. Y ya no era un mundo de fantasía, como el de Toralina, sino la realidad. Y Ryerson tenía razón. Era imposible aventurar una relación de fantasía con él. Era un hombre demasiado asentado en la realidad para considerado el amante de los sueños.

Aquella tarde, descubrió que resultaba muy agradable que Ryerson la mimara. Le trajo flores, le preparó la sopa, jugó con ella a la oca… Aquella noche no intentó hacerle el amor. Intuyendo que estaría cansada a consecuencia de la enfermedad, se limitó a abrazarla hasta que se durmió.

En conjunto, fue una experiencia que hizo comprender a Virginia lo reconfortante que puede ser una amistad íntima. Pero todavía había una parte de ella que temía poner en peligro todo lo que había descubierto con Ryerson.

El domingo transcurrió en paz hogareña, A. C. comieron juntos, y luego escucharon música mientras leía el periódico. Era la misma rutina que a Virginia le gustaba practicar en los días de fiesta, y resultaba agradable compartida. Empezaba a soñar con más fines de semana de aquel tipo.

Tal vez funcionara.

Ryerson presintió el cambio en Virginia, y se alegró, en su interior. La suerte lo seguía acompañando.

* * *

La fiesta de los Anderson tuvo lugar en una de las islas, y estuvo muy concurrida. Era una mansión enorme, con un gran jardín que descendía hacia el mar, y acababa en un embarcadero privado. Virginia conocía a muchos de los huéspedes, y fue presentado a Ryerson a los más destacados. Ryerson fue rápidamente aceptado en el círculo.

Pronto descubrió que había mucha expectación en torno a su relación con Virginia. Hubiera debido anticipar que le iban a hacer preguntas, pensó algo molesto. Y no sólo sobre Virginia, sino también sobre Debby. Había estado tan concentrado en Virginia, que casi se había olvidado de su hermana menor.

—Había oído que salía con una de las hermanas Middlebrook —declaró un hombre calvo y de mediana edad en un momento en que Virginia no estaba presente—. Pero pensaba que era la otra, la pequeña. Al parecer, estaba equivocado. Pero dígame, ¿va en serio la cosa? Me llamo Sam Heatherington, por cierto. Conozco a Ginny desde que era una niña. Siempre fue una criatura muy dulce, y estoy seguro de que será una esposa estupenda.

Ryerson apretó inconscientemente la copa de *whisky* que tenía entre los dedos y buscó a Virginia con la mirada. Aquella noche estaba preciosa, A. C. conversaba animadamente con otros invitados. Desde luego que sería una esposa perfecta para él. Una dama por fuera, y una amante apasionada en el interior.

Brillaba en su muñeca el brazalete de esmeraldas, que Ryerson casi empezaba a considerar como sustituto del anillo. Cada vez que lo miraba, recordaba el vínculo que lo unía a Virginia. Lo contrariaba que los demás no comprendieran tal vínculo, y que, además, no pudiera explicarlo de forma alguna.

Lo cierto era que deseaba hacer oficial su relación con Ginny. No le gustaba nada aquel territorio escurridizo entra la amistad y el matrimonio. Se volvió hacia Sam Heatherington.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo suavemente—. Ginny es una chica estupenda. Nos llevamos muy bien.

—Ah, sólo buenos amigos, ¿eh? —dijo el hombre haciendo un guiño—. No tiene que explicarse. Lo entiendo.

—¿De veras? —preguntó Ryerson con frialdad.

—Claro —repuso Heatherington con aires de hombre de mundo —. Y tampoco me extraña mucho. Todos sabemos que Ginny sufrió una terrible experiencia con el bastardo con el que se casó. Estaba claro que lo único que buscaba Jack era poder, ¿verdad, cariño? —preguntó a la mujer que iba a su lado—. Ryerson, ésta es Anne, mi mujer. Anne, éste es A.
C. Ry
erson, el nuevo propietario de Middlebrook Power Systems.

—Encantada —dijo la mujer sonriendo sobre una clara expresión de curiosidad—. Mi marido tiene razón. La pobre Ginny lo pasó mal, y todos creímos en el funeral que no volvería a casarse. Me alegra comprobar que tal vez estuviéramos equivocados.

Ryerson se aclaró la garganta. No podía decir que se iba a tasar con Ginny, ni siquiera que viviera con ella.

—Bueno, ya le estaba diciendo a su marido que Virginia y yo somos… er… amigos. Nos llevamos muy bien.

Vaya manera de suavizar la realidad. Ryerson sintió deseos de estrangular a Virginia por ponerlo en tal situación.

—Ah, ¿amigos? —preguntó Anne sorprendida—. ¿Y qué dicen los Middlebrook de esa relación amistosa entre su hija y el nuevo propietario de su empresa?

—¿Por qué no se lo pregunta a ellos mismos? —masculló Ryerson entre dientes, al tiempo que iniciaba la frialdad.

Ya estaba harto, y su paciencia tenía un límite.

Aunque nadie resultó tan entrometido como los Heatherington, la curiosidad se reflejaba en las miradas de casi todas las personas que conocían a Virginia. A medida que transcurría la noche, la frustración y la rabia de Ryerson se agudizaban, al no poder dar respuestas claras de su relación con Ginny. Por su parte, ella parecía ajena al entramado especulativo que la rodeaba, lo que enojaba aún más a Ryerson.

Finalmente, no pudo soportado más, y la buscó entre la multitud. Estaba hablando entre un grupo de mujeres. Parecía una reina. Ryerson se acercó a ella, y Virginia lo recibió con una cálida sonrisa.

—Hola Ryerson, ¿qué tal te lo pasas?

—Pues no muy bien. Lo único que he podido hacer, hasta ahora,

ha sido sortear preguntas sobre nuestra relación.

—Ya, tienes razón —dijo Virginia riendo—. A mí también me avasallan. Los corroe la curiosidad. Primero quieren saber si sales conmigo o con Debby, y luego preguntan si vamos en serio o no.

—Espero que les hayas dicho que vamos muy en serio —murmuró Ryerson despacio—. Oye, vamos un momento fuera. Quiero hablar contigo.

—¿Ahora? —preguntó Virginia asombrada—. ¿Pasa algo?

—Nada que no pueda ser reparado. Vamos.

La tomó del brazo y la condujo hacia la terraza, por donde salieron al jardín. La noche estaba fresca y apacible, y Virginia siguió alegremente a Ryerson. Resultaba un alivio alejarse temporalmente de la fiesta.

—Mira qué bonita se ve la ciudad reflejada en el agua —comentó amistosamente—. Hace una noche preciosa. Hacía mucho que no venía al jardín de los Anderson, y no recordaba la vista que tenía. A Bill Anderson, además, le gusta mucho la jardinería y todo está cuidadísimo.

Ryerson ignoró su charla.

—Quiero que hablemos de nosotros, Virginia.

El regocijo de Virginia se apagó. Había llegado el momento. La paciencia de Ryerson no daba más de sí, y exigía una respuesta. Trató de desviar la conversación.

—¿Te parece éste el momento y el lugar, Ryerson?

—Pensaba esperar, pero ya no puedo más —respondió Ryerson, mientras acariciaba el brazalete que adornaba la muñeca de Virginia—. Todos los de la fiesta quieren saber si nos vamos a casar. Yo sólo te pido que respondas a la pregunta del otro día. ¿Vendrás a vivir conmigo?

Virginia dio unos cuantos pasos, indecisa, y acarició una rosa que brillaba a la luz de la luna, cerca de un pequeño estanque.

—¿Estás seguro de que es eso lo que quieres, Ryerson? —preguntó al cabo de unos segundos.

—Estoy seguro de que te quiero a mi lado, y no sólo a ratos, sino continuamente.

Virginia tomó aliento.

—He estado pensándolo mucho —dijo finalmente.

—Bueno —la interrumpió Ryerson disgustado—. ¿Es que crees

que vas a poder vivir en una fantasía para siempre? ¿Crees que dejaré que me maltrates así?

Virginia frunció el ceño y se enfrentó con él.

—Ryerson, escúchame. Te prometí que lo pensaría despacio, y lo he hecho. Le he dado vueltas al problema y…

—¡Pero si no hay ningún problema, maldita sea, más que el que tú te inventas! —exclamó Ryerson avanzando hacia ella—. Es, según la lógica, el siguiente paso. ¡Ya estoy harto de que juegues conmigo, Virginia Elizabeth!

Virginia se retiró unos pasos, instintivamente, y alzó la barbilla.

—No me grites. Intento conducir una conversación razonable. Al fin y al cabo, es una decisión importante para ambos.

—¿Razonable? ¿Llamas «razonables» a tus argumentos? Pero si están tan muertos como tu marido. ¡Entiérralos de una vez, Virginia!

Virginia dio otro paso atrás, alarmada por la intensidad de la mirada de Ryerson.

—Ryerson, por favor, comprende que éste es un gran paso para mí. Me gustaría que me…

—¿Que te qué? ¿Qué te diera más tiempo? Ni hablar. Quiero una respuesta, y la quiero ahora.

Avanzó un paso más hacia ella. Virginia perdió la calma.

—¿Quién te da derecho a presionarme así?

—Esta noche no me preocupan los derechos. Te presionaré lo que haga falta para que me des una respuesta. Vamos, pequeña cobarde, di que vas a vivir conmigo.

—¡No soy una cobarde! —gritó Virginia, sin darse cuenta de que su sandalia se estaba deslizando hacia el estanque—. ¡Y además… ay!

Trató de agarrarse a una rama al ver que perdía el equilibrio, pero se le rompió. Un segundo después caía al estanque con gran estruendo.

—¡Virginia! —exclamó Ryerson entrando a por ella—. ¿Estás bien?

Virginia escupió una hoja de lirio y lo miró furiosa.

—No, no estoy bien. El agua está helada. ¡Mira lo que has conseguido!

Ignoró la mano que le ofrecía Ryerson, y se puso en pie con

dificultad. El vestido, empapado, se le pegaba al cuerpo.

—¡Lo he hecho yo! —gritó Ryerson furioso, con el agua hasta las rodillas—. La culpa es tuya. Si no fueras tan pesada en dar las respuestas, esto no habría pasado.

—¡Ah, ya! Pues déjame que te explique cómo lo veo yo —replicó Virginia—. Si tú no me hubieras presionado de esta manera, ninguno de los dos habría acabado en el estanque. Ni siquiera me has dado oportunidad de responder a tu estúpida pregunta de manera civilizada.

—Bueno, ¿y cuál es la respuesta, maldita sea? —rugió Ryerson.

—La respuesta es «sí».

Durante medio minuto, Ryerson se quedó sin habla. Por fin recuperó la voz.

—¿En serio? ¿No más discusiones? ¿Vivirás conmigo?

—Si no me muero antes de pulmonía —replicó Virginia con sequedad.

—¡Ginny! —exclamó Ryerson, corriendo a estrechar su cuerpo mojado contra el suyo—. Cariño, te aseguro que no te arrepentirás. Todo va a salir bien… ya verás.

Virginia se dejó abrazar.

—Si tú lo dices, Ryerson… —murmuró.

—Lo digo —repuso Ryerson, besándola con pasión—. Bueno, vamos a casa —añadió sonriendo—. Ahora tenemos una excusa perfecta para irnos. Estás calada.

Se quitó la chaqueta y se la pasó por los hombros.

—Sí, estoy helada. Podemos escurrimos por el lateral de la casa, para que nadie nos vea.

—No vamos a escurrimos por ningún lado —declaró Ryerson—. Entraremos a la casa y nos despediremos de nuestros anfitriones como Dios manda.

—¡Ryerson, no lo dirás en serio! Mírame, voy echa un desastre. Y tú estás mojado hasta las rodillas. ¿Qué pensará la gente?

—Que somos un par de amantes apasionados que nos hemos caído al estanque en un rapto de emoción.

Virginia rió.

—No digas tonterías, Ryerson. Eso no lo van a creer. Ninguno de los dos somos de ese tipo.

—Porque tú lo digas. Esto responderá a todas sus preguntas.

Ahora sabrán si vamos en serio o no. Y sin tener que preguntar.

Una hora mis tarde, Virginia estaba de nuevo acurrucada junto a Ryerson en su cama. Apagaron la luz y Virginia se volvió hacia él con mirada acusadora.

—Dejaste que pensaran lo peor a propósito, Ryerson. Oí cómo dabas explicaciones a la señora Anderson. Dabas a entender que yo no había podido controlar mi pasión, y que por eso me había caído.

—¿Y no es eso más o menos la verdad?

—Ni mucho menos —replicó Virginia—. Estábamos discutiendo, no haciendo el amor.

—¿En cuál?

Ryerson se colocó sobre ella, y apoyó un codo a cada lado de su cabeza.

—Estabas intentando decirme que te arriesgarías a vivir conmigo. Eso me parece un acto de amor.

«Un acto de amor». La frase permaneció en el aire en lo que duró el beso. Virginia reflexionó sobre ella mientras la oía una y otra vez como un eco lejano.

«Un acto de amor». Aquello tenía varias interpretaciones. Por un lado, era un eufemismo más para referirse al sexo. Por otro, aludía a emociones verdaderas. Hasta entonces, Ryerson se había guardado de utilizar el término «amor», y ella también. De pronto, la palabra flotaba como el humo a su alrededor.

—No te preocupes —dijo Ryerson suavemente—. Todo va a ir de perlas entre nosotros.

—¿Eso piensas?

Ryerson no creía en el amor, recordó Virginia. Era un sentimiento demasiado romántico e idealista para su forma de ser.

—Apostaría cualquier cosa.

—La verdad es que tanto cambio rompe los nervios de cualquiera —dijo Virginia con una sonrisa trémula.

—Nos acostumbraremos.

—Me encanta tu confianza.

Ryerson sonrió.

—Ahora que estás bajo mi techo, me puedo permitir tener confianza.

Bajó la cabeza y paseó los labios por la piel aterciopelada del cuello de Virginia.

—Parece imposible que seamos los mismos que hablaban de una amistad segura —comentó Virginia, estremeciéndose al notar la lengua de Ryerson en su pezón.

—Si te sirve de algo —respondió Ryerson, que continuaba su exploración hacia abajo—, yo diría que es que no somos los mismos.

—¿Y qué ha pasado?

—No estoy seguro. ¿Tú no te has dado cuenta de que hemos cambiado, Ginny? Como si la fantasía del viaje a Toralina nos hubiera transformado.

Cuando Ryerson acarició su entrepierna, a Virginia se le entrecortó el aliento.

—Sí —susurró—. Me he dado cuenta. Y a juzgar por las expresiones de sorpresa de los invitados a la fiesta de los Anderson, creo que más gente se ha dado cuenta —añadió entre risas de placer.

Ryerson también rió, y la acarició con ternura.

Poco a poco, Virginia se olvidó de hablar, y comenzó a acariciarlo tan íntimamente como él a ella. Ryerson aclaró los preliminares del amor, jugueteando con el cuerpo de su «víctima» hasta que Virginia no pudo más.

Ryerson, por favor…

—Ya va, ya va… —respondía Ryerson una y otra vez.

—Ya. Ahora —rogó Virginia, rodeando sus caderas con las piernas—. Te necesito. Te deseo.

—Dime exactamente lo que necesitas.

Virginia susurró a su oído roncas palabras de deseo, que enloquecieron de pasión a Ryerson.

—Ginny —murmuró—, me vas a volver loco.

—Dime exactamente cómo.

Y así lo hizo.

* * *

Al día siguiente, después del trabajo, tomaron el *ferry* para la isla de la casa de Virginia. Ryerson lo tenía todo planeado para la mudanza, y se lo explicó a Virginia mientras aparcaba el coche

frente a su casa.

—Ponemos en tu coche la ropa y alguna otra cosa que quepa, y llamaré a una agencia de mudanzas para que se lleven el resto. Podemos llevamos algunos muebles a mi casa de la isla. Siempre ha estado un poco desnuda de muebles.

—Tal vez no deberíamos dejar de pagar el alquiler aún —dijo Virginia indecisa.

Todavía le costaba pensar en una mudanza permanente.

—No volverás en mucho tiempo —declaró Ryerson mientras abría la puerta—. Deja que expire el alquiler.

Virginia iba a decir algo más, pero las palabras se le helaron en los labios al entrar en el recibidor y encontrarse con todo revuelto.

—¡Dios mío! —exclamó al observar el caos—. ¡Han entrado ladrones!

Capítulo 8

-¿Cómo se atreven a hacerme esto a mí? ¿Cómo se atreven? No tenían derecho a entrar aquí y revolverlo todo. Voy a poner trampas en el jardín… y una pistola. Eso es. Cuando vuelvan, me encontrarán preparada, esperándolos.

Virginia recorría furiosa la sala, de una esquina a otra, recogiendo revistas y guardando objetos.

—Tranquilízate, Ginny.

No era la primera vez que trataba de apaciguada. Llevaba cerca de una hora diciendo frases como aquélla; desde que la policía se había marchado.

—No te vas a comprar ninguna pistola, porque te vas a mudar conmigo, ¿recuerdas? No tendrás que preocuparte de que vuelvan, porque ya no estarás viviendo aquí.

Examinó una almohada rajada con un cuchillo para examinar su interior, y apretó el puño con rabia. Sin embargo, el tono de su voz permanecía calmado.

Virginia lo miró furiosa.

—Ya no estoy tan segura de ir a vivir contigo —dijo—. No quiero que quienquiera que haya hecho esto crea que me he asustado.

Ryerson se volvió hacia ella con expresión dura, y la tomó por los hombros.

—Escucha, Virginia, tú no eres la valiente viuda que tiene que defender su rancho de una legión de malhechores que ha mandado el malvado ranchero vecino. Lo primero, esta casa ni siquiera es de

tu propiedad, sino un alquiler. La policía ha dicho que se trata de un acto de vandalismo, pura y simplemente. Es lógico que estés furiosa, pero no hace falta que digas cosas irracionales.

—¿Así que debo hacer las maletas e irme? —preguntó Virginia retadora.

Miró el desastre que la rodeaba, y el deseo de venganza se revolvió en su pecho. La enfurecía saber que, nunca iba a conseguir satisfacerlo.

—Eso es —dijo Ryerson—. Vamos a recoger todo este lío, después vamos a hacer las maletas, y luego nos vamos a marchar.

—No sé, Ryerson —repuso Virginia exaltada—. Tal vez debiera quedarme una o dos noches. Quien haya sido puede volver.

—¿Y quieres estar aquí si lo hace? —preguntó Ryerson en tono incrédulo—. No seas boba, Ginny. No tienes ni pistola, ni perro ni trampas.

Virginia consideró tal aspecto, y propuso:

—Pues quédate tú conmigo.

—Podría hacerlo, pero no pienso. Ya hemos quedado en que vendrías conmigo, y así será. Ve empaquetando.

Virginia obedeció de mala gana. Aún suma los efectos de la furia, y tal vez estuvieran afectando su proceso de razonamiento. Quizá Ryerson tuviera razón.

—Pues me compraré una pistola —declaró con tozudez.

—No lo harás.

—Eso te crees tú —replicó Virginia—. La compraré, y aprenderé a utilizada.

Ryerson suspiró.

—Virginia, conoces tan bien como yo las estadísticas. Aunque compraras unas pistola, tú no tienes ni idea de utilizarla; es más probable que hirieras a alguien inocente que a un culpable, y luego lo lamentarías el resto de tu vida. Imagínate que, en vez de un ladrón, los culpables de esto sean un par de críos revoltosos. ¿Qué pasaría si encontraran tu pistola y empezaran a jugar con ella?

—Pero una pistola asusta a los ladrones.

—Ya lo sé. Pero no siempre. En cualquier caso, no la comprarás.

—¡No puedes impedirlo!

—Puedo y lo haré —replicó Ryerson con calma helada.

—¿Qué tienes en contra de que una mujer se defienda? —

preguntó Virginia con furia.

—Nada, pero tú no te defenderás con una pistola.

Su actitud intransigente enfureció a Virginia.

—Eso es lo que tú te crees.

Ryerson se volvió hacia ella con tal rapidez que Virginia dio un paso atrás.

—¿Ryerson? —dijo, desconcertada por la dureza de su mirada.

Ryerson avanzó hasta colocarse junto a ella.

—Nada de pistolas, ¿oyes? —dijo con frialdad—. No sabes nada de ellas, y en unos días no te da tiempo a aprender cómo utilizarlas para combatir a un intruso. Hasta los profesionales se equivocan, ¿qué crees? Sé por experiencia que muchas veces pagan los que no son culpables.

Virginia lo miró, asustada por su serenidad.

—Cuéntame, Ryerson, ¿qué paso? —susurró.

—Mi padre era un experto, Ginny. En mi casa siempre había pistolas, y se encargó de enseñamos a utilizarlas. Decía que no era peligroso tener armas en casa mientras todo el mundo supiera utilizadas y respetadas. Pero una noche, mi hermano pequeño llegó tarde a casa, y trató de colarse por la ventana de atrás para que nadie lo viera. A. C. pero que no lo logró. Mi padre lo oyó.

Virginia escuchaba horrorizada, suponiendo lo que había sucedido.

—Ryerson…

—Sí. Mi padre le disparó, pensando que era un ladrón. Jeremy vivió, pero fue un milagro. Mi padre nunca se perdonó aquello, e hizo desaparecer las pistolas de la casa.

—Qué horrible.

—Sí. No quiero oír hablar de pistolas, Ginny.

Era inútil discutir con él, decidió Virginia. Exasperada, pero algo más calmada, echó a andar hacia la sala.

—Lo que no entiendo es por qué no han robado nada —murmuró—. Se han limitado a dejado todo patas arriba. ¿Y por qué a mí? En sólo una semana, me han intentado robar ya dos veces; ésta, y la noche que entraron en Toralina.

—Sí, ya.

El tono pensativo de Ryerson interrumpió a Virginia. Durante unos segundos, permanecieron ambos en silencio.

—¿Crees posible que haya…? —empezó Virginia.

—¿Relación entre los dos hechos? No, no lo creo. Es demasiado extraño. Toralina está a miles de kilómetros de aquí, y el tipo que entró en nuestro cuarto allí no era un vándalo. Buscaba objetos de valor.

Virginia se humedeció los labios.

—El que ha entrado aquí puede haber estado buscando también objetos de valor. Ha revuelto todo más porque se sabía sólo en la casa.

—Pero no se ha llevado nada —señaló Ryerson con suavidad.

—Cierto. Pero tal vez porque no encontró lo que buscaba.

—Virginia, no te dejes llevar por la imaginación. No puede haber ninguna relación entre los dos actos vandálicos, porque eso supondría que el culpable nos ha seguido desde Toralina, lo que es muy improbable. Había gente mucho más rica en el complejo turístico. ¿Por qué nos iba a seguir justo a nosotros?

Virginia se sentó en el brazo de un sillón y cruzó las piernas.

—Por el brazalete.

Ryerson no pareció sorprenderse, lo que revelaba que a él también se le había ocurrido la posibilidad. Tomó asiento en el sofá y se quedó mirando a un punto fijo.

—Pero el único que sabía que nosotros teníamos el brazalete era Harry Brigman.

—Pues a lo mejor lo quiere recuperar. Tal vez fuera realmente una reliquia de su familia, que él no tuviera derecho a perder en el juego. Quizá sea más valioso de lo que creemos.

—O a lo mejor es que no le gusta perder —añadió Ryerson—. Pero creo que estamos llevando las cosas demasiado lejos.

Virginia asintió despacio.

—La verdad es que yo espero que no haya conexión entre los dos robos. Me asusta la idea.

—Sólo hay una cosa que podemos hacer para aliviar nuestras dudas —dijo Ryerson.

—¿Qué? —preguntó Virginia al momento.

—Llamaré a la policía de Toralina para que me digan si atraparon al ladrón. Si por casualidad es así, estaremos seguros de que no tiene nada que ver este asalto con el otro.

—Muy bien. Hazlo —repuso Virginia alegremente.

—Vale. Llamaré mañana —dijo Ryerson, levantándose—. Y ahora, vamos a recoger esto o perderemos el *ferry*.

—Ryerson, si hay alguna relación entre este asalto y el de Toralina creo que me vendrá bien un arma —dijo Virginia despacio.

Ryerson perdió la paciencia. Agarró a Virginia por la nuca, y la empujó suavemente, pero con firmeza hacia el dormitorio.

—Por última vez, no comprarás ningún arma. Las armas son peligrosas, y hieren a gente inocente. Olvídalo y vete a hacer las maletas.

—Ryerson, si de veras quieres vivir conmigo, has de saber que llevo mucho tiempo viviendo sola, y no estoy acostumbrada a recibir órdenes.

—Pues si tú estás realmente dispuesta a vivir conmigo, has de saber que soy inmune a todo tipo de indirectas o amenazas veladas —dijo alegremente—. Anda, ve a hacer la maleta.

* * *

Dos días después, Debby llamó al despacho de Virginia y la invitó a comer.

—¿De veras me vas a invitar? —preguntó Ginny a su hermana —. No me lo puedo creer.

—De veras —le aseguró Debby—. Hay que celebrar la rendición.

—¿La qué?

—Hablé anoche con mamá, y me dijo que acabas de llamada para darle la nueva dirección.

Virginia tamborileó el lápiz sobre la mesa del despacho.

—¿Y cómo han recibido la noticia en casa? Mamá pareció algo sorprendida, pero no dijo más que: «Ah, entiendo».

—Pues se debate entre la alegría de que hayas dado por fin la oportunidad de querer a otro hombre, y el escándalo de que vivas con él sin estar casados. Yo ya le expliqué que no conseguiría mucho más, pero sigue empeñada en que Ryerson sea su yerno.

—Bueno, pues espero que no se haga falsas ilusiones. Ryerson y yo no vamos a casarnos.

—Bueno, eso dicen todos al principio —declaró Debby—. ¿Comes conmigo, entonces?

—Si me prometes que no harás brindis a mi «rendición».

—Bueeeno… Pero me estropeas toda la diversión.

Virginia colgó el aparato con una impresión desagradable. Le sucedía siempre que se hablaba de matrimonio. Pero en su unión con Ryerson no había nada de eso. Era simplemente una unión entre dos personas con muchas cosas en común. Pero ninguno de los dos estaba atrapado.

Dos horas después, Virginia se reunió con Debby en un restaurante repleto de oficinistas y empresarios. Hacía una mañana soleada y brillante.

—Imagínate qué novela se podría escribir con esta situación —dijo Debby alegremente—. He aquí dos hermanas que han compartido el mismo hombre. Debería haber tensión, y drama. Tiene todos los ingredientes de una telenovela.

Virginia sonrió, pero miró cautelosa a su hermana.

—¿Hay alguna razón para que haya drama real, Debby?

—No. Yo me alegro de haberlo dejado, y de que tú lo hayas tomado. Creo que Ryerson y tú hacéis una pareja perfecta. Y, además, la verdad es que tampoco hemos compartido a Ryerson en «todos» los sentidos.

—Ya lo sé —repuso Virginia sin levantar la vista del menú.

—Ah, ¿sí? —rió Debby—. Apuesto a que Ryerson lo dejó claro desde el principio, ¿no?

—Pues sí, la verdad es que sí.

—Es muy suyo. No tiene pelos en la lengua, ¿verdad? Bueno, es la verdad. Yo, sinceramente, no lo encontraba muy excitante, y, al parecer, él tampoco a mi. Bueno, lo cierto es que era muy atractivo, y diferente de otros hombres; más grande, más fuerte, más intimidador. Pero luego descubrí que era demasiado parado. Nada parecía emocionado. Cuando planeamos marchamos un fin de semana, y ni siquiera se inmutó, comprendí que la cosa no funcionaba. Supongo que la edad era el problema fundamental.

—Debby, no hace falta que me cuentes detalles. Con saber que ahora te es indiferente, me basta.

—Vamos, Ginny —repuso Debby con picardía—. Somos hermanas. A mí me encanta hablar de hombres. Es muy divertido.

—Bueno, pues hablemos sobre otro. ¿Con quién estás saliendo tú ahora?

—Tom Canter —respondió Debby al momento—. Es corredor de bolsa, muy rico y además, muy emocionante. Le encanta los Sleaze Train.

Virginia alzó la vista.

—¿Sleaze Train? Ah, sí, ese grupo roquero que le dio a Ryerson dolor de oídos durante un par de días.

Debby rió.

—Desde luego, los dos tenéis un gusto musical igual de aburrido.

Antes de que Virginia pudiera responder, se interpuso entre ellas una sombra enorme, y las saludó una voz masculina y familiar.

—¿Puedo…?

—¡Ryerson! —exclamó Virginia encantada—. Siéntate. No te importa, ¿verdad, Debby?

Recibió un beso en la mejilla de Ryerson, que llevaba un paquete en la mano.

—Claro que no. Ya hemos acabado de cotillear sobre ti, Ryerson. Ahora estábamos hablando de otro hombre. Siéntate. ¿Has ido de compras esta mañana? ¿Has comprado algo interesante?

Ryerson dejó el paquete bajo la silla.

—Nada importante. Una tontería que tenía que comprar. Y, de paso que venía al centro, pensaba invitar a Ginny a comer. Pero en la oficina me dijeron que había salido con su hermana.

—Pues estábamos a punto de pedir —dijo Virginia alegremente —. Me alegro de que nos hayas encontrado. Además, estás de suerte. Invita Debby.

Debby alzó una forzada exclamación.

—Oye, un momento. Me ofrecí a invitar a una persona, no a dos.

—Piensa en todo lo que me gasté en aquellas entradas para Sleaze Train —dijo Ryerson, imperturbable—. Me debes algo.

—Te informo de que ésta es una comida para celebrar el cambio de casa de Ginny —declaró Debby cortante.

—Bueno —rió Ryerson—, lo cierto es que yo ya lo he celebrado en privado varias veces con Ginny. Está bien, de acuerdo, yo pago lo mío.

Virginia les interrumpió antes de que la conversación discurriera por cauces escandalosos.

—Bueno, si dejáis de parlotear, tal vez nos dé tiempo a pedir la

comida y acabar antes de que llegue la hora de entrar a trabajar.

Sin embargo, en su interior estaba tranquila. Obviamente Debby ya no sentía nada especial por Ryerson, y ambos se trataban como hermanos.

Estaban acabando la comida cuando Ryerson divisó a un colega de trabajo en la sala.

—Pedidme un café, por favor. Voy a saludar a Rawlins. Mi secretaria me ha dicho que lleva todo el día tratando de localizarme.

Al levantarse, golpeó sin querer el paquete que había debajo de su silla. Virginia lo contempló con interés. Ryerson no le había dicho que iba a ir de compras, y si realmente no era nada importante, se lo podía haber comprado ella, que era la que trabajaba en el centro. Se preguntaba por qué no se lo habría pedido.

—Bueno —dijo Debby cuando Ryerson se alejó—. Dime, ¿hay alguna posibilidad de que os caséis?

El rostro de Virginia se ensombreció.

—Es un asunto del que prefiero no hablar, Deb. Y tú lo sabes.

—¿De modo que estás dispuesta a vivir con él pero no te quieres casar?

—Es asunto nuestro. No hay más que hablar.

—De acuerdo. Sólo me preguntaba si Ryerson estaba de acuerdo. No me pega como amante. Es un hombre hogareño y dogmatizante.

—Mira, Debby, Ryerson y yo estamos muy a gusto. Hablemos de otra cosa.

—¡Vaya, las hermanas mayores nunca dejáis que las pequeñas nos divirtamos! Pues si quieres que… ¡ay! ¡Cuidado!

El motivo de la exclamación fue un choque que se produjo entre dos camareros, justo al lado de donde ellas estaban, y que provocó que el que les llevaba los cafés volcara la bandeja sobre la silla de Ryerson.

—¡El paquete! —exclamó Virginia al ver que el líquido se deslizaba por el asiento de Ryerson.

—¡Ya lo tengo! —replicó su hermana, que había agarrado la bolsa con un rápido movimiento reflejo.

El único fallo estuvo en que la agarró al revés, por lo que su contenido se cayó del interior. Un body de seda rojo,

extremadamente seductor, apareció a las miradas atónitas de las dos chicas y del camarero.

La primera en reaccionar fue Debby, que estalló en alegres carcajadas.

—Jamás en mi vida habría supuesto que A.
C. Ry
erson hiciera un regalo así. Ginny, esto no tiene precio, desde luego.

El camarero limpió la silla, y musitó una rápida disculpa mientras Virginia se inclinaba para recoger la prenda interior. Mucho se temía Virginia que su rostro tenía el mismo color que el body. Pero estaba haciendo esfuerzos para no romper a reír como su hermana.

La mano de Ryerson llegó hasta la prenda antes que la de Virginia, y sus dedos fuertes contrastaron con la delicadeza de la seda. Virginia recordó la suavidad con que Ryerson distribuía su fuerza cuando hacía el amor con ella, y enrojeció aún más. Buscó sus ojos, y Ryerson le sonrió con regocijo sensual.

Ryerson metió el body en la bolsa de nuevo, comprobó que su asiento estaba limpio, y se sentó, con el mismo aplomo que utilizaría para presidir una reunión de ejecutivos.

—Bueno, cuando hayáis parado de reír, podremos acabar el café y marchamos —dijo, mirando la hora—. Se hace tarde.

Virginia sintió un gran alivio al comprobar que, por primera vez en su vida, su hermana iba a saber mantener la boca cerrada. No hubo ningún comentario sobre la compra de Ryerson hasta que Debby se despidió de ellos a la salida del restaurante.

—Lo he comprado para que te lo pongas esta noche para mí. Como es nuestro aniversario…

—¿Qué aniversario?

—Hace una semana y media que pasamos la primera noche juntos en Toralina.

—Ah, ese aniversario. Bueno, como yo llego antes a casa, déjamelo a mí.

—¿Te lo vas a pones para preparar los combinados?

—Ah, ¿así que va a haber cócteles también? —preguntó Virginia con una sonrisa, al tiempo que tomaba el paquete—. Muy apropiado.

Saludó con la cabeza, y desapareció en el moderno edificio que

albergaba su oficina.

Ryerson la miró alejarse, excitado con tan sólo imaginarse a Virginia con el body. Iba a estar guapísima. Se consideraba el hombre más feliz del mundo.

Se dirigió hacia el Mercedes con una sonrisa en los labios.

* * *

Al volver a su apartamento aquella tarde, sin embargo, la sonrisa había desaparecido, y su expresión era de preocupación. Preocupación que se convirtió en pánico al descubrir que Virginia aún no había, llegado a casa.

—¿Ginny? —llamó una y otra vez, recorriendo uno a uno los cuartos del apartamento.

Ginny salía de la oficina antes que él, y sólo le llevaba cinco minutos de camino llegar a la casa. Telefoneó a su oficina, pero no respondió nadie.

Ryerson colgó con rabia el teléfono, y caminó de un lado a otro de la sala. Se detuvo frente a los ventanales y trató de calmarse. Tal vez hubiera ido a comprar algo de alcohol, o tuviera algún recado imprevisto.

Le daría quince minutos más.

¿Pero luego qué? No podía llamar a la policía porque Virginia se retrasara veinte minutos.

Encendió el contestador, para ver si había algún recado, pero no había nada. Miró la hora de nuevo, y marcó el número de Debby. Tampoco obtuvo respuesta.

Le quedaba la casa de sus padres. Estaba marcando el número de los Middlebrook cuando oyó la cerradura de la puerta. Dejó el aparato y corrió hacia el recibidor.

—¿Dónde has estado? —preguntó entre dientes al ver a Virginia entrar, cargada de paquetes. Uno de ellos era el del body.

Virginia lo miró sorprendida.

—Me detuve a recoger la ropa limpia. Has venido pronto. ¿Qué pasa, Ryerson?

—Llegas media hora tarde. Tenías que haber estado aquí cuando yo llegué.

—Sí, pero me acordé de pronto de la ropa de la lavandería. No entiendo por qué te pones así, Ryerson. Tenemos tiempo de sobra para tomar algo y probarme tu regalo.

—¡Olvida eso! —masculló Ryerson—. De aquí en adelante, quiero que me informes cuando vayas a llegar tarde. Quiero saber dónde estás cada minuto. O dejas un mensaje en el contestador, o en la oficina, ¿vale? O mejor aún, te haces un horario fijo.

—¡Un horario! —Se sorprendió Virginia, que había dejado de lado los paquetes—. Mira Ryerson, creo que hay que dejar varias cosas claras. Ya te he dicho que no estoy acostumbrada a recibir órdenes, pero mucho menos a dar cuenta de lo que hago a cada minuto. Si ésa es tu idea de vivir juntos, estás muy equivocado. ¿Quién te crees que eres para gritarme así solo porque llego unos minutos tarde del trabajo?

Ryerson se pasó la mano por el cabello, tratando de controlar sus nervios. Se estaba portando mal con Virginia, considerando que ella aún no sabía lo que él sabía.

—De acuerdo, cálmate —dijo.

—No soy yo la que me tengo que calmar, sino tú. Si llego a saber que te ibas a comportar así cuando llegase un poco tarde, nunca hubiera accedido a vivir contigo. No estamos casados, ¿recuerdas, Ryerson? Y aunque lo estuviéramos, no aguantaría este trato. Ya tuve bastante con mi marido. No permitiré que ningún otro hombre me maltrate.

Se estaba poniendo histérica, pero Ryerson sabía que era culpa suya. Alzó una mano y trató de apaciguada.

—Espera. Déjame hablar.

—No quiero. No tienes ningún derecho a gritarme así. No lo permitiré.

—Sí tengo derecho, porque me estaba volviendo loco de ansiedad con tu ausencia.

—¿Sólo porque me retrasaba unos minutos? —preguntó Virginia incrédula.

—¡No, no sólo por eso! —gritó Ryerson—. Me inquietaba porque hoy, al llegar a la oficina después de comer, tenía una llamada de la policía de Toralina.

Virginia lo miró con la boca abierta.

—¿De Toralina? ¿Sobre nuestro asaltante?

—No exactamente —repuso Ryerson—. La policía no se había ocupado mucho de nuestro caso, porque un asesinato en otro de los cuartos atraía toda la atención.

—¿Un asesinato? ¿En el hotel?

—Y el de un hombre que conocíamos, Ginny, Harry Brigman. El que perdió el brazalete contra mí en el póquer. Es posible que la persona que entró en nuestro cuarto sea la misma que cometió el asesinato.

Capítulo 9

—Siento haberte gritado así —dijo Ryerson despacio.

—Bueno, no importa. Hay circunstancias atenuantes —replicó Virginia magnánima—. ¿Quién sabe? En una situación similar, tal vez yo hubiera hecho lo mismo.

Ryerson sonrió brevemente.

—Muy amable —dijo.

—Bueno, luego seguimos con esto —dijo Virginia—. Cuéntame ahora todo lo que sepas de este lío.

Virginia se reclinó en la silla, y lo observó. Realmente parecía haber pasado un mal rato.

Ryerson comenzó a pasear de arriba abajo de la estancia.

—Pues no sé mucho más, aunque sí lo suficiente para estar preocupado. Al parecer, una camarera encontró el cuerpo de Brigman el mismo día que nosotros salimos de la isla.

—Tú dijiste que el hombre que entró en nuestro cuarto no estaba armado. Sin embargo, de haber sido el asesino, hubiera llevado un arma, o algo.

—O algo. A Brigman lo mataron con un cuchillo. Es posible que yo no lo viera en la oscuridad.

Sólo con pensado, Virginia sentía un estremecimiento.

—Y tú que lo seguiste desnudo… Qué horror, ¿verdad?

—Desde luego. No me gusta nada, A. C. conocemos a un jugador que se cree acompañado de la diosa fortuna, pero que pierde contra mí. Como no tiene dinero con qué pagarme, me da el brazalete. Lo siguiente que pasa es que lo matan, y registran nuestra habitación

del hotel. Y una semana después de volver, registran tu casa.

—¿Crees ahora que el que entró en mi casa quería el brazalete?

—Es posible —dijo Ryerson—. Ya le comenté a la policía de aquí lo que había sucedido, y prometieron ponerse en contacto con la policía de Toralina, pero es mejor no esperar demasiado de ello. La cooperación policial internacional no funciona como en las películas. Hay mucho papeleo.

—Y como todo aquello en que hay papeleo, irá muy despacio.

—Probablemente. Además me dio la impresión de que ninguno creía posible una conexión entre los hechos de Toralina y los de aquí. Muy improbable, me dijeron. Según la policía de Toralina, Brigman era un hombre enteramente dedicado al juego, que no tenía amigos ni se relacionaba con nadie.

—¿Les contaste lo del brazalete?

—Bueno —dijo Ryerson—. A la policía de Toralina le dije que le había ganado una joya antigua a la víctima. Pero no vieron ninguna relación.

—O sea que nadie cree que el brazalete tenga que ver con todos estos incidentes.

Ryerson sacudió la cabeza.

—Hay que admitir que parece bastante improbable. ¿Cómo iba a saber el asesino dónde encontramos? Lo lógico, Ginny, es que no haya ninguna relación entre el ladrón-asesino de Toralina y el gamberro de aquí.

—Sí —admitió Virginia—. De todas formas, me alegro de estar aquí contigo, y no sola en mi casa.

Ryerson detuvo su nervioso ir y venir.

—Vaya, me alegro de que encuentres algo positivo en tu traslado.

Virginia sonrió serenamente.

—Hombre, aparte de los gritos que me has dado hace unos minutos, la experiencia está siendo muy agradable.

Ryerson frunció el ceño.

—«Agradable». ¿Eso es lo que te parece? Estás viviendo conmigo, Ginny, no pasando unas vacaciones en la costa.

Virginia dejó de sonreír al notar su malhumor.

—Ya lo sé, Ryerson.

—«Agradable» —repitió Ryerson, llevándose las manos a los

bolsillos traseros del pantalón y asomándose a la ventana—. ¡Bonito modo de describirlo!

Virginia lo miró desconcertada. Estaba mucho más irascible que de costumbre. Había tenido mi día duro.

—No quería ofenderte —dijo rápidamente—. Quería decir que las cosas parecen estar saliendo adelante. Ya sabes que al principio tenía mucho miedo a dar este paso. No estaba segura de poder compartir mi vida con nadie, porque había aprendido a valorar mi independencia y mi espacio.

—Y ahora que has comprobado que soy generoso con el armario y el baño estás contenta, ¿eh? Dos amigos que comparten la casa y la cama. ¿Qué es lo que crees que somos, Virginia?

Virginia se irguió en la silla.

—Oye, Ryerson, comprendo que estés alterado esta noche, pero no me parece justo que la tomes conmigo.

—¡Alterado! Me dices que vivir conmigo es «agradable», y pretendes que me calle. Pues algún día te darás cuenta, cariño, de que no se puede tener todo. O te comprometes a algo, o te pasas la vida huyendo —declaró Ryerson con mirada taladradora.

—¿Qué quieres decir? ¿Huir adónde? —preguntó Virginia sorprendida.

—Huir de mí. Porque en cuanto pueda, te perseguiré para que te comprometas. Este rollo de amantes apesta.

Virginia palideció.

—No tenía ni idea de que estabas tan descontento con nuestra relación. Pensé que esto era lo que querías.

—¿Quieres que te diga la verdad? Está bien. La situación actual la soporto porque la veo como un paso más hacia el matrimonio. Desde luego ser amantes es mucho mejor que vivir separados. No estoy descontento, solamente impaciente.

Virginia apretó los brazos del sillón, tratando de controlar su furia.

—No sabía que estabas planeando el matrimonio —dijo—. Pensé que nos entendíamos. Ya me casé una vez con un hombre que no me quería, y fue un desastre. ¿Por qué iba a intentado otra vez?

Sin esperar respuesta, salió de la sala hacia el cuarto.

—Virginia…

Virginia lo oyó detrás de ella, pero no se detuvo. Entró en el

cuarto y agarró unos vaqueros.

—Nunca vuelvas a compararme con el cretino de tu marido —masculló Ryerson desde la puerta.

—No os comparo —suspiró Virginia mientras se quitaba las medias—. Tú eres muy diferente, lo sé. Pero no me amas.

—Ah, ¿no? —rugió Ryerson—. ¿Y te crees que pasaría por todo esto sólo para poder acostarme contigo a gusto?

Virginia lo miró sin dar crédito a sus oídos.

—Ryerson, ¿qué has dicho?

—Que te quiero —chilló Ryerson, en tono muy lejano de ser amoroso—. ¿Me oyes?

—¡Ryerson! —exclamó Virginia, dejando las medias y corriendo hacia él—. ¡Me alegro tanto…! Yo también te quiero. Más que a nada en este mundo.

Lo abrazó fuertemente por la cintura, y Ryerson la estrechó contra sí.

—Dilo otra vez —rogó roncamente.

—Te quiero —repitió Virginia—. Lo sé ya desde hace tiempo.

—¿Cuánto tiempo exactamente?

Virginia lo miró a los ojos con cariño.

—Supongo que desde el principio, pero con toda seguridad, desde el día que me caí al estanque de los Anderson —admitió Ginny sonriendo—. ¿Y tú? ¿Cuándo te empezaste a enamorar?

—El día que te pusiste mala en mi casa. ¡Menudo par de románticos!, ¿eh? —dijo riendo.

—Pero si tú no creías en el amor…

—Era una tontería. No creía en ello porque nunca lo había experimentado. Pero en cuanto lo sentí dentro de mí, no pude hacer más que reconocerlo.

—Ryerson…

Virginia se estrechó contra él, y lo besó apasionadamente. Siempre había creído que volvería a amar, aunque desconocía de dónde iba a sacar el valor. Pero una vez que lo había encontrado, sentía una enorme sensación de libertad.

—¿De qué te ríes? —preguntó Ryerson.

—Disfrutaba de la sensación de libertad.

Ryerson la sujetó con fuerza y gruñó.

—Ginny, cariño, no eres libre. Creía que lo habías comprendido

por fin. No hay libertad en una relación como la nuestra. Estamos unidos por innumerables ataduras, grandes y pequeñas, y cuanto más tiempo estemos juntos, más ataduras se crearán. Te quiero mucho, pero no me gustaría que vivieses conmigo engañada.

Virginia acarició su barbilla.

—El que no entiendes eres tú, Ryerson. La libertad a la que me refiero no es material, sino espiritual. Puedo elegir la relación que prefiero. Antes tenía mucho miedo, pero ahora me puedo arriesgar a querer. Y eso he elegido, quererte a ti.

Ryerson la besó de nuevo con pasión, y la llevó hacia la cama. Empezó a desvestirla cuando, de pronto, una imagen cruzó la mente de Virginia.

—Ferris —dijo simplemente.

—¿Qué? —preguntó Ryerson, que estaba concentrado en la piel de su pecho.

—Dan Ferris —dijo Virginia despacio—. Dijiste que la policía de Toralina consideraba a Brigman un solitario, sin amigos ni conocidos, pero no es cierto. Conocía a Ferris. ¿No te acuerdas que los vimos discutir en el jardín la noche que estuvimos bañándonos en la playa?

Ryerson se incorporó despacio.

—Sí, hablaban de dejar la isla. Ferris estaba inquieto, y quería marcharse, pero Brigman no estaba de acuerdo.

—Pero en el restaurante y en el casino actuaban como si no se conocieran —recordó Virginia—. Ni siquiera se relacionaron.

—Bueno, tampoco estamos tan seguros. A lo mejor es una casualidad que sólo los viéramos juntos una vez, y fuera en el jardín.

Ryerson se quedó pensativo.

—Ferris nos vio aquella noche en el jardín.

—Lo que significa que lo habíamos visto discutir con Brigman —concluyó Virginia también pensativa, mientras volvía a vestirse—. No creerás que él es el asesino, ¿verdad?

—Discutían sobre abandonar la isla, no sobre el brazalete.

—Bueno, pero nosotros no lo oímos todo. Tal vez hubieran hablado de eso antes. Y Ferris no podía saber cuánto habíamos oído nosotros.

—Lo que está claro es que somos los únicos que podemos

relacionar a esos dos hombres —dijo Ryerson levantándose.

—¿Adónde vas?

—A llamar a la policía de Toralina. Vete haciendo la cena. Tardaré un poco.

—¿Quiere eso decir que se acabó la gran escena de seducción? —preguntó Virginia, observando un desarreglo.

—Pero continuará —dijo Ryerson desde la puerta, con un guiño.

Sin embargo, cuando por fin consiguió hablar con Toralina, otros asuntos ocuparon su mente.

—No me gusta nada —le dijo a Virginia—. Han estado muy amables, y han prometido estudiar los antecedentes de Dan Ferris, pero eso es todo. Ferris no era más que otro turista en la isla, y hace tiempo que se marchó. En cualquier caso, parecen convencidos de que el que entró en nuestro cuarto fue probablemente el asesino de Brigman. Seguramente Brigman lo descubrió cuando iba a robarle, y por eso lo atacó.

—¿Antes o después de venir a nuestro cuarto? —preguntó Virginia horrorizada.

—Todo es posible. Pero yo creo que un simple ladronzuelo que no está acostumbrado a matar no estaría tan tranquilo después del asesinato como el hombre que entró en nuestro cuarto.

—Pues según todo eso, no hay relación entre lo que pasó en la isla y los hechos de aquí —dijo Virginia—. Lo que significa que estamos a salvo.

—No estoy tan seguro —dijo Ryerson, apartando el plato y mirando a Virginia—. Creo que tendríamos que tomamos un par de días de vacaciones.

—¿Por qué? ¿Adónde vamos? —preguntó Virginia.

—A mi casa en las islas San Juan. Nos haremos un puente de cuatro días. Así daremos tiempo a la policía para que investigue. Tal vez tengan algo cuando volvamos. ¿Puedes tomarte dos días libres?

—Sí, todavía me quedan unos días de vacaciones —dijo Virginia despacio—. Estás muy preocupado, ¿verdad?

—Si Ferris, o quien sea, anda detrás del brazalete, aquí en la ciudad somos blancos perfectos. En cambio, en la isla es muy difícil encontramos. Muy poca gente sabe dónde está mi casa, y sólo se puede llegar en bote particular.

Virginia lo miró indecisa.

—Sí, supongo que haremos bien en desaparecer mientras la policía investiga. ¿Pero qué haremos con el brazalete?

—Bueno, mañana por la mañana, cuando abran los bancos, lo dejamos en una caja fuerte.

Aquella noche, Ryerson comprobó con cuidado que todos los cerrojos estuvieran echados, antes de acostarse. Virginia estaba ya en la cama, y lo observó desnudarse y meterse en la cama. Pero en vez de volverse hacia ella, dio media vuelta y empezó a revolver por debajo de la cama.

—¿Qué haces? —preguntó Virginia.

—Busco mi cartilla de seguros.

—¿Debajo de la cama?

—Claro —respondió Ryerson sonriendo—. Hay un montón de espacio bajo las camas que no se utiliza, A. C. ahora estás tú también en casa, he de sacar métodos creativos de aprovechamiento de espacio.

—Ryerson… —dijo Virginia con severidad.

—Quizá deberíamos buscar un apartamento mayor. Si tuviéramos dos habitaciones, podríamos usar una de ellas para guardar trastos.

—Ryerson —dijo Virginia de nuevo—, ¿qué tienes bajo la cama?

—Ya te lo he dicho; un par de maletas, y los papeles del seguro.

Virginia se cruzó de brazos y lo miró con ferocidad.

—Tienes una pistola ahí, ¿verdad?

Ryerson la agarró por las muñecas.

—No seas tonta —dijo—. Sabes lo que pienso de las pistolas. Anda, ven y dime otra vez que me quieres.

La colocó sobre él y acalló sus protestas con un beso. No quería confesar que, en efecto, había comprado un arma aquella mañana, después de descubrir el intento de robo en la casa de Virginia.

* * *

Virginia y Ryerson bajaron al banco a la mañana siguiente, a primera hora. El Mercedes ya estaba cargado con el equipaje para el fin de semana. Ryerson estaba impaciente por salir lo antes posible,

y Virginia lo notaba. Pese a que exteriormente aparecía tan apacible y seguro como siempre, desde que lo conocía mejor adivinaba sus estados internos de ansiedad y tensión.

—Firma aquí, Virginia. Quiero que el depósito esté hecho por los dos. El brazalete también es tuyo.

Virginia tomó el bolígrafo. Pero cuando ya estaba firmando, se detuvo.

—¿Ryerson?

—¿Sí, cariño?

—No quiero dejar el brazalete en una caja de seguridad.

Ryerson la miró sorprendido.

—¿Por qué no? Aquí estará seguro. Una cosa menos de la que preocuparnos.

Virginia sacudió la cabeza con seguridad.

—No. Prefiero que se quede con nosotros.

—Pero Ginny…

—Por favor, Ryerson —insistió Virginia—. Sé que es lógico dejado en la caja, pero tengo la intuición de que es mejor que lo llevemos con nosotros.

Ryerson la miró indeciso.

—Ginny, aquí estará seguro.

—Lo sé. Pero lo quiero con nosotros. Vamos, Ryerson, hazme caso. Si estamos en peligro, es indiferente que llevemos el brazalete o no con nosotros. El que vaya tras él pensará que lo tenemos en cualquier caso.

Tenía que convencer a Ryerson, era imprescindible. Claro que no sabía exactamente por qué.

—Maldita sea, Ginny. No tiene ningún sentido ir con la joya a todos los lados.

—Déjalo. Yo la llevaré —dijo la chica, metiendo el brazalete en el bolso.

Ryerson lanzó un gruñido de resignación.

—Está bien, allá tú. No pienso discutir. Ya hemos perdido bastante tiempo. Vámonos.

Virginia notó su disgusto, y prefirió no hablar durante el trayecto de salida de la ciudad. Cuando alcanzaron por fin la autopista que llevaba a los muelles, dijo:

—No sé cómo explicarlo, Ryerson. Esta mañana estaba de

acuerdo con que dejáramos el brazalete en el banco, pero, al ir a firmar, he tenido de pronto una intuición fortísima de que debíamos quedamos con él.

—Mujeres… —musitó Ryerson.

El automóvil quedó de nuevo en silencio. Ryerson parecía deprimido. Una vez subidos en el primer *ferry*, Virginia trató de reiniciar el diálogo.

—¿Este *ferry* nos lleva a tu isla? —preguntó.

Ryerson se inclinó sobre la barandilla, y contempló el conjunto de islas que puntilleaban la costa.

—No —dijo—. Nos bajamos en la primera isla, y allí tomemos mi lancha para llegar a mi casa.

—¿Piensas pasarte todo el fin de semana mirándome con odio?

Ryerson la miró sorprendido.

—¿Te miro con odio?

—Cuando no estás llamándome directamente de todo…

Ryerson la observó largo rato.

—¿Quieres saber en qué estaba pensando en realidad, Virginia?

—Si me lo quieres decir…

—Estaba pensando en que me estoy comportando más como un marido que como un amante últimamente.

—Ya veo —dijo Virginia.

—Lo dudo. Por si no lo has notado, no me es fácil representar el papel de amante ideal. Ayer perdí la paciencia contigo y esta mañana me molesté otra vez. No puedo garantizar que no pase más veces. No sirvo para amante de sueño.

—Pues en Toralina lo fuiste —repuso Virginia sin poderse contener.

—¿Por eso crees que me quieres? ¿Por lo que te di en Toralina?

—Yo no creo que te quiera. Sé que te quiero. Puedo manejar al Ryerson real.

—¿Aunque actúe como un marido airado?

—La pregunta es: ¿me soportarás tú cuando actúe como una esposa irascible e histérica?

Ryerson sonrió por primera vez en horas, y atrajo a Virginia hacia sí.

—Te soportaré; seas el tipo de esposa que seas.

Virginia lo miró, para ver si estaba burlándose de ella. Pero no

lo parecía. Lo abrazó e ignoró el término «esposa». Al fin y al cabo, había sido ella la que lo sacó a colación.

Dos horas más tarde, llegaban en la lancha de Ryerson a lo que aparentaba ser una isla desierta. Virginia contempló el panorama con interés. Había un muelle privado, que se llenaba de agua con la marea, y un poco más arriba, entre los árboles, aparecía una casita de madera.

—¿Vive alguien más en la isla? Parece que no hay más casa que ésta.

—Bueno, hay un par de casas al otro lado de la isla, pero los inquilinos tal vez las utilizan. En general, tengo la isla para mí solo —explicó Ryerson mientras descargaba las maletas—. Es un lugar algo primitivo, Ginny. No lo hice como nido de amor.

—¿No hay espejos en el techo, ni paredes de terciopelo rojo?

—Me temo que no. Ni tampoco teléfono ni lavaplatos. ¿Decepcionada?

—Depende. ¿Hay agua caliente y electricidad?

Ryerson fingió ofenderse.

—Cariño, trabajo con motores, ¿recuerdas? No te preocupes. En cuanto ponga en marcha el generador eléctrico, tendrás agua caliente, luz, y hasta música.

—Entonces, estupendo —dijo Virginia sonriendo.

La casita estaba fría y húmeda de haber estado varios meses sin utilizar, pero no tardó en calentarse cuando Ryerson conectó el generador y encendió una hoguera. Mientras tanto, Virginia preparó la comida y sirvió unos *whiskys*.

—Perfecto —comentó después de comer, acurrucándose contra Ryerson—. Me recuerda nuestro primer encuentro. Sólo nos falta la tormenta y Mozart.

—Como quiera la señora —dijo Ryerson—, levantándose al momento a poner música—. Fuera está empezando a llover.

—Mmmm… qué gusto —murmuró Virginia.

—Yo mismo encargué la tormenta —dijo Ryerson, tomando asiento de nuevo y sonriendo—. ¿Sabes? Aquella noche me costó mucho dormirme. No hacía más que pensar en lo agradable que sería entrar en tu cuarto y acurrucarme a tu lado. Supe desde entonces que iba a tener problemas contigo.

—No sólo tú —confesó Virginia—. Ojalá estuviéramos aquí de

vacaciones, y no porque queremos escondernos hasta que la policía de Toralina consiga alguna pista.

—Ya —dijo Ryerson con seriedad—. Y esto es sólo un escondite temporal. No podemos quedarnos aquí. Y no me gusta estar en la ciudad, donde estás a tiro de cualquier desaprensivo.

—Bueno, tal vez la policía tenga razón, y no haya conexión entre la muerte de Brigman y, el brazalete. Nadie conocía su existencia.

—Tal vez Ferris sí. Eso es lo que me preocupa. Si sabía que existía, también sabría cómo lo perdió, y contra quién.

Pasaron el resto de la tarde charlando tranquilamente, y después de cenar, Virginia se cerró en el dormitorio con una sonrisa secreta.

—Quédate ahí, Ryerson.

—¿Adónde vas?

—A prepararme para acostarme.

—Te ayudo —dijo Ryerson con expresión maliciosa.

—No. Quédate ahí.

Se encerró en el cuarto y sacó de la maleta el body rojo, que había empaquetado sin que Ryerson la viera. Se lo puso y se miró en el espejo.

La prenda no era más que una transparencia de seda, que ocultaba muy poco su exhuberante figura. Virginia se miró indecisa. No estaba acostumbrada a usar prendas interiores tan sofisticadas. Necesitaba algo que le diera confianza. Sacó el brazalete del bolso y se lo puso. Las piedras quemaron su muñeca como de costumbre, y brillaron en el espejo. Más resuelta, Virginia se decidió a salir a la sala.

Ryerson estaba arrodillado junto al fuego, y volvió la cabeza al sentirla salir. Sus ojos brillaron de pasión al verla.

—Ven —dijo suavemente, sin moverse.

Virginia avanzó hacia él, con el alma llena de amor, emoción y abandono.

—Debby dijo que nunca te hubiera imaginado comprando esto a una mujer —susurró—. ¿Pero sabes qué, Ryerson?

—¿Qué? —preguntó Ryerson, acariciando la prenda. Parecía fascinado con ella.

—A mí no me sorprendió lo más mínimo. Me parecía muy propio de ti regalarme algo así.

—Pues no sabes lo cortante que es entrar en una tienda de lencería femenina para pedir esto —dijo Ryerson mientras bajaba los tirantes finos del body.

Virginia lo besó.

—A lo mejor un día te sorprendo con uno de esos tangas que hacen para hombres —dijo.

—No se te ocurra —replicó Ryerson—. Tengo mi orgullo. Dime que me quieres, Virginia.

Virginia así lo hizo, mientras Ryerson acababa de quitarle el body, y acariciaba todo su cuerpo.

—Te quiero, Ginny —dijo mientras la poseía.

Virginia abrió los ojos y los alzó hacia él. La mirada de Ryerson expresaba la verdad de su declaración.

Capítulo 10

Mucho más tarde, aquella misma noche, Ryerson se deslizó fuera de las sábanas y contempló a distancia a la mujer dormida. Ambos habían quedado agotados de hacer el amor, pero él no había sido capaz de dormir desde que se acostaron, unas horas antes. Era más de medianoche.

Se sentía inquieto sin razón. Sabía por experiencia que la única forma de calmar su estado de nervios era poseerla. Recibir su calor y su amor mientras dormía, y dejar que la pasión apartara de su mente otros pensamientos menos placenteros. Poseer a Virginia barrería su inquietud durante largo rato. Él era un hombre simple en el fondo, pensó. El acto sexual con Virginia lo complacía más que cualquier cosa.

Pero no era suficiente. De mala gana, se dirigió hacia la sala a por sus vaqueros. La casa estaba fría, ya que la chimenea estaba a punto de extinguirse, y no había más calefacción. Fuera, seguía cayendo una cortina monótona de lluvia. No era una lluvia torrencial; más bien una llovizna incesante, típica del norte.

Prefirió no encender la luz para no despertar a Virginia. Tampoco le era necesario, porque conocía la casa lo suficientemente bien como para guiarse con la luz rojiza de las brasas restantes de la hoguera. Recuperó de encima de una mesita la copa que había utilizado anteriormente y se sirvió un coñac. Después se dirigió hacia la ventana, y contempló la oscura cala.

En la lejanía se distinguía una relativa claridad que indicaba que la lluvia no duraría mucho más. Entre las nubes trataba ya de

asomar tímidamente la lancha amarrada al muelle. Ryerson saboreó el coñac y recordó el rostro expresivo de Virginia aquella mañana en la lancha, con el cabello agitado por el viento.

Realmente era la primera mujer que llevaba a la isla, porque nunca le había apetecido llevar a ninguna otra. La isla era su refugio secreto. Recordó también la expresión de Virginia cuando horas antes la había conducido al orgasmo, y cómo se había sentido un héroe; el héroe de Virginia. Su sensualidad femenina glorificaba su ego masculino.

Y al sentir que su propio placer estallaba, había experimentado una paz infinita, A. C. pretendía entonces la emoción posesiva del hombre cuando encontraba a su mujer ideal.

Ryerson sabía que necesitaba a Ginny, y que haría cualquier cosa por retenerla siempre a su lado. De pie junto a la ventana, admitió para sí aquella realidad. La deseaba y la necesitaba a su lado como nunca había necesitado a nadie en su vida. Tenía que encontrar el modo de enlazar sus vidas de manera más estable. No podía limitarse a ser su amante.

Las palabras que había pronunciado para ella el día anterior se repetían en su mente. Palabras de amor que toda su vida había evitado, y que nunca había comprendido hasta conocer a Ginny. Pero aunque había sentido un gran alivio al oírselas decir a ella, no era suficiente. Era un hombre ambicioso y quería hacerla su esposa.

Lo cual lo colocaba entre la espada y la pared. Si amaba realmente a Ginny, no podía forzarla al matrimonio. Ella se sentía aterrorizada ante la sola idea de casarse, y él hubiera debido respetar tal temor. No podía empujarla hacia algo que aborrecía.

Pero, por otro lado, la quería demasiado como para conformarse con la relación que tenían. Una ambición instintiva lo impulsaba a atarla, a saberse poseedor de ella. Tenía la impresión de que el temor de Virginia al matrimonio significaba a su vez una reticencia a alcanzar la plenitud de su relación. Y eso lo atemorizaba.

Era como si una parte de ella no le perteneciera aún.

Aquel problema lo iba a absorber día y noche. Ryerson tomó otro trago de coñac y se preguntó hasta cuándo podría resistir el tormento. Tal vez tuviera que acomodarse a ello para siempre. Al fin y al cabo, tenía a Virginia a su lado, en su cama. ¿Qué más podía pedir?

—Mucho más, se dijo. La verdad era que hasta que Virginia no se arriesgara a casarse, no estaría seguro de ella. El hecho de que se resistiera a enlazarse con él de por vida le producía una sensación de vértigo.

Ryerson se quedó mirando ensimismado la embarcación silenciosa.

—¿Ryerson?

La suave llamada de Virginia lo sacó de su ensoñación. Volvió la cabeza y sonrió débilmente. Virginia estaba encantadora, suave y delicada con su bata blanca, con los pies descalzos y el cabello revuelto. Vio que se había olvidado quitarse el brazalete, y las piedras brillaban en la oscuridad.

—¿Qué haces levantada a estas horas? —preguntó Ryerson, tendiéndole la mano.

Virginia se dejó conducir hacia sus brazos.

—Me desperté y no te sentí a mi lado.

—¿Y te preocupaste?

—Sí.

—Ya deberías saber que nunca me separaré mucho tiempo de ti —dijo Ryerson abrazándola.

—Sí —susurró Virginia tras una pausa.

—Te quiero, Ginny. No te presionaré nunca más, ni intentaré arrastrarte al matrimonio. No quiero que te comprometas a algo que te da tanto miedo como el matrimonio. Haremos las cosas a tu manera.

—Gracias, Ryerson. Por todo.

—No me lo agradezcas. No tengo opción —respondió Ryerson, aspirando el perfume de su cabello—. Quiero que seas feliz conmigo, Ginny. No me gustaría que te sintieras atrapada.

—Soy muy feliz.

—Eso es lo único que me importa por ahora.

La tomó del pelo con cuidado y arqueó su cabeza para poder besarla. Escuchó un suave suspiro y sintió la curva de sus pechos contra su torso. El escote de la bata se abrió por la presión, y Ryerson contempló las profundidades sombreadas y sensuales.

Iba a acariciada cuando de repente, otra sombra se cruzó por su campo de visión. Se movía por el muelle, cerca de la lancha. Ryerson se quedó inmóvil.

—¿Qué pasa? —preguntó Virginia inquieta, al sentir el cambio de actitud.

—He visto moverse algo junto al muelle.

—¿Un animal?

—Posiblemente. Pero uno de dos patas, me temo.

Soltó a Virginia y se acercó a la ventana, para tratar de ver algo. La sombra se desplazó de nuevo hacia la lancha. Ryerson se volvió y agarró fuertemente a Virginia de los hombros.

—Escucha. Quiero que cierres todas las puertas y no te muevas de aquí. Voy a salir a ver qué pasa.

—Voy contigo —dijo Virginia al momento.

—No. Quédate.

La soltó y se dirigió al dormitorio. Rápidamente se calzó, y buscó la pistola bajo la cama.

Virginia lo esperaba en la sala, con expresión tensa y llena de ansiedad. Miró el arma y sus labios se fruncieron.

—Ryerson, creo que no deberías ir.

—No tengo otra opción. No hay policía en la isla. Maldita sea… creía que aquí estaríamos seguros. Ginny, no te olvides de lo que te he dicho. Cierra las puertas y no salgas.

Estaba ya saliendo por la puerta de atrás.

—Ryerson, por favor…

Pero Ryerson no esperó a que acabara A. C. cerró la puerta con suavidad tras de sí y esperó un segundo hasta oír que Virginia corría el cerrojo. Luego, se dirigió en silencio hacia el bosque.

Tenía la ventaja de conocer el terreno, y no necesitaba tomar el sendero para bajar al muelle. La lluvia silenciaba su avance entre los árboles, y caminó esquivando los charcos.

Desde donde estaba, podía ver el camino y, por el momento, nadie iba hacia la casa, lo que significaba que quienquiera que estuviera merodeando la cala seguía atareado en el muelle. Trató de imaginar quién sería el que trataba de robar o tal vez hundir el bote. El nombre de Dan Ferris asaltó su mente.

De alguna manera, estaba seguro de que todo aquello tenía que ver con el brazalete. Se lo decía la intuición.

Los pinos lo encubrían hasta cerca del muelle, y Ryerson avanzó entre ellos para no ser descubierto. Tendría que salir al claro pronto, en cualquier caso, pero esperaba que la lluvia cesara. Sólo

era un buen hombre de negocios. En absoluto el tipo más indicado para una tarea como la que tenía delante. La pistola le resultaba terriblemente pesada. No había tomado ningún arma desde el accidente de su padre, exceptuando el servicio militar.

Estaba a punto de salir al claro, cuando la sombra de un hombre emergió de la motora y saltó a tierra. Ryerson contuvo el aliento e intentó relajarse. Si quería que todo saliera bien, tenía que aparentar frialdad y seguridad.

El hombre volvió a moverse entonces. Entró en la cabaña que había junto al muelle y dejó la puerta abierta. Ryerson respiró más tranquilo, y avanzó despacio hasta la pequeña cabaña. No podía dejar pasar la oportunidad. Si llegaba a tiempo a la puerta podría cerrada y aprisionar al intruso en el interior.

Levantó la pistola y saltó al muelle. Estaba junto a la puerta cuando el hombre volvió a aparecer. Mala suerte.

Ryerson se lanzó contra la puerta de metal. Hubo un apagado gemido de rabia, y la pistola que el desconocido llevaba en la mano derecha cayó al muelle por el impacto, y continuó hasta el agua. El intruso se llevó la mano al brazo golpeado, y se ocultó en la oscuridad de la cabaña.

—No se mueva —dijo Ryerson—. Ni un paso más.

Entró en el recinto, tratando de reconocer las formas de la oscuridad. Era imposible distinguir el rostro del desconocido, que desapareció al momento en la oscuridad del interior.

—Maldición.

Ryerson penetró un poco más en las sombras.

Tenía que actuar deprisa. De pronto, el extraño se abalanzó contra él, y los dos hombres rodaron por el pavimento de madera.

Mientras caían, Ryerson pensó en la posibilidad de que el hombre tuviera un cuchillo. Brigman había sido asesinado con arma blanca, y la policía aseguraba que había sido obra de un experto.

Se entabló una lucha ciega. Ryerson trató de golpear al hombre con la pistola, pero tropezó con un rollo de cuerda. Disgustado, dejó el arma a un lado y se concentró en luchar a manos desnudas.

Pese a la oscuridad, no resultaba difícil calcular la distancia del otro cuerpo, y asestar golpes diversos. Ryerson fue víctima de dos antes de poder colocar uno en condiciones. Pero cuando lo hizo, tuvo la satisfacción de oír el crujido y un gemido apagado. El otro

hombre se sacudió violentamente, y trató de apartarse de Ryerson.

Era un hombre grande; lo suficiente como para apartar a Ryerson el tiempo necesario para alejarse. Se oyó un golpe sordo en el tablaje de la cabaña. Ryerson se quedó quieto, y trató de controlar su respiración agitada. No veía nada, pero sabía que el otro hombre estaba en la misma situación.

Escuchó una respiración agitada en el silencio del habitáculo, y avanzó hacia la fuente de sonido, esperando no descubrirse por su propio jadeo. Las olas golpeaban suavemente el lateral de la cabaña.

Una tabla crujió, y Ryerson notó que el suelo vibraba. El intruso estaba tratando de localizarlo.

Ryerson se quedó quieto, e intentó identificar su propia posición. Con cuidado, tanteó la pared que tenía detrás de sí, y tropezó con una caja de herramientas metálica. Aquello le dio la pista que necesitaba. Recordaba además haber dejado una red de pesca cerca de la caja.

Despacio, buscó a tientas el cajón de la red. El suelo crujió de nuevo, y la respiración se oyó más cerca. Ryerson se agachó hasta quedar en cuclillas, y agarró la red. Sabía que sus movimientos estaban atrayendo al intruso, pero no le quedaba opción. Necesitaba preparar la red.

—Te he pillado, bastardo —siseó la voz del extraño, y se acercó al lugar donde Ryerson lo esperaba.

Algo pesado cruzó el aire no mucho más arriba de la cabeza de Ryerson. El desconocido debía de haber tomado un martillo, o una llave. Lo oía avanzar en la oscuridad.

En el último instante, Ryerson saltó sobre él y desplegó la red a su alrededor. El trenzado de nylon cayó suavemente, envolviendo al hombre.

Al verse atrapado, el intruso lanzó un grito apagado, y luchó ciegamente por escapar. Ryerson sabía que cuanto más se revolviera más liado se vería.

Se levantó y se acercó a la caja de donde había sacado la red. De ella extrajo una linterna, que proyectó sobre la figura agitada del extraño. Parecía un gran pez atrapado. Al sentir el haz de luz, dejó de revolverse y lanzó una maldición.

Ryerson enfocó el rostro del hombre.

—Vaya —murmuró finalmente—. Tú no eres Ferris.

La frente del desconocido se frunció levemente durante una décima de segundo, y Ryerson supo que reconocía el nombre de Ferris. No resultaba un conocimiento gratificante. Por primera vez, Ryerson contempló la posibilidad de que hubiera más de un intruso en la isla.

Y Ginny sola en la casa.

Ryerson tomó una cuerda y se acercó hacia la víctima con determinación. Necesitaba información y rápido.

—¿Ha venido Ferris contigo? —preguntó tranquilamente mientras ataba metódicamente las manos y los pies del desconocido.

El tener un bote le había enseñado a hacer buenos nudos.

—Váyase al infierno.

Al otro lado de la cabaña, Ryerson divisó la pistola. Acabó de atar al hombre y tomó el arma.

El desconocido lo miró con desprecio. Obviamente, no lo impresionaba la pistola. Tal vez presintiera que estaba descargada, pensó Ryerson. O quizá adivinara que él no era el tipo de hombre que dispararía a sangre fría. En ambos casos llevaba razón.

Pero había otros métodos de hacerla hablar.

Caminó hacia el hombre y empezó a empujarlo por el hombro con un pie hacia la salida.

—¿Qué demonios…? —masculló el extraño.

El agua golpeaba rítmicamente la pared de la cabaña.

—La profundidad no es mucha aquí —dijo Ryerson apaciblemente—. La marea todavía no está muy alta, así que, si consigues levantarte, podrás sacar la barbilla fuera del agua. Hasta que suba la marea, claro está. Verás, aquí la marea es muy impresionante. En hora y media, más o menos, habrá subido un par de palmos. Demasiado alta para ti, mucho me temo.

—¡No puede hacer esto!

—No veo por qué no —repuso Ryerson, arrastrándolo hasta la puerta—. Si te sirve de consuelo, probablemente no tendrás tiempo de ahogarte. La temperatura del agua aquí es muy baja, y tendrás suerte si la aguantas media hora. En cualquier caso, lo vas a pasar mal si no vuelvo pronto.

—¡Maldita sea!

—Pero si quieres que vuelva a tiempo, más vale que me

informes de los pasos que debo dar.

Empujó al hombre hasta el borde del agua.

—¡Ya vale, hijo de perra! Sabes que no puedes matarme.

—No voy a matarte. Sólo te voy a tirar al agua.

Si no te apetece el remojón, ya sabes lo que tienes que hacer; decirme lo que me espera escondido por ahí.

Los ojos del hombre brillaron de furor.

—Ferris ha venido conmigo —dijo al fin—. Desembarcamos en puntos diferentes. Yo me tenía que encargar de hundir la lancha para que ustedes no escaparan. Luego, íbamos a reunimos junto a la casa para entrar juntos.

Ryerson apagó la linterna y echó a andar, haciendo caso omiso a las imprecaciones del hombre que quedaba atado sobre la madera.

* * *

Virginia había permanecido pegada a la ventana varios minutos, después de que Ryerson saliera. Sabía que no había mucho que ella pudiera hacer, pero se sentía una inútil teniendo que limitarse a esperar.

Tras varios minutos agonizantes, vio que una figura salía de la lancha y entraba a la cabaña. Virginia sentía que su piel se llenaba de transpiración. Con la frente fruncida, trató de atravesar la oscuridad con la vista. Un momento después, otra sombra surgió entre los árboles. Era Ryerson, que luego se abalanzó hacia la puerta.

Y de pronto, sin avisar, ambos hombres desaparecieron en la cabaña.

Virginia se enderezó de golpe. Tenía que ayudar a Ryerson.

Corrió al dormitorio y se vistió a toda prisa, sin acabar de abrocharse. Luego, salió por la puerta de atrás, y corrió por el sendero que bajaba al muelle.

Bajó a tientas, tropezando y perdiendo el equilibrio cada dos por tres. Se agarró a la rama de un pino para no caerse. Fue justo cuando un hombre emergió de las sombras por detrás y la agarró del cuello.

—Vaya, vaya, vaya —susurró la voz de Ferris en su oído—.

¿Quién tenemos aquí? Parece la mujercita del vestido sensual. ¿Está más fría el agua aquí que en Toralina, señorita Middlebrook?

—Ferris —murmuró Virginia, apenas capaz de hablar por el brazo que oprimía su garganta.

Estaba oprimida contra el cuerpo de Ferris, y podía oler su cuerpo sudoroso.

—Eso es. Dan Ferris. Ryerson y tú no hacéis más que causarme problemas, ¿sabes, muñeca? Estuve a punto de perder vuestra pista cuando os fuisteis de Toralina. Tardé una semana en localizaros. Y luego tuve que chantajear al hombre que lleva los barcos para que me indicara dónde estaba esta isla. Ya me tenéis harto. Vamos. Supongo que si tú estás aquí fuera, Ryerson también estará. Vamos a buscarlo.

—No, no está.

El brazo que rodeaba su cuello se apretó aún más y Virginia notó el roce de algo frío contra el lateral de su cuello. Se estremeció al recordar que Brigman había sido asesinado con un cuchillo.

—¿Qué quiere de nosotros? —preguntó.

—Para empezar, el brazalete. Después, mi querida señorita, lo que más deseo es que tengáis el pico cerrado.

Virginia supo con certeza que Ferris pensaba matarlos. Mientras avanzaba medio arrastrada por el sendero, se preguntó qué haría Ferris si supiera que llevaba el brazalete puesto, bajo la manga larga de la camisa.

Ferris arrastró a Virginia hasta la cabaña, y sin dejar de oprimir el cuchillo contra su cuello, llamó:

—¿Seldon? ¿Dónde estás? ¿Qué pasa? Tengo a la mujer.

Hubo un largo silencio. Virginia sentía la tensión de su captor, y cerró los ojos para rezar por que Ryerson estuviera a salvo.

—¡Seldon!

De detrás de la casa surgió un gemido.

—Estoy aquí. Atado. Ryerson anda por ahí. Ten cuidado, Ferris. Ese tipo es muy rápido.

Ferris lanzó una maldición, y empezó a arrastrar a Virginia hacia el bosque.

—Ya vale, Ferris. Suéltala.

La figura de Ryerson surgió entre las sombras de la cabaña. La luna se reflejaba en la pistola que sostenía en su mano.

Había dejado de llover, y la luz era suficiente para distinguir las facciones de Ryerson. Virginia lo miró asombrada. Su rostro reflejaba una violencia que ella desconocía. Ferris apretó todavía más el filo del cuchillo contra su piel.

—¿Soltarla? —dijo Ferris con frialdad—. ¿Y por qué habría de hacerlo? Ella es mi rehén, y si crees que tu puntería es lo bastante buena como para dispararme sin darle, puedes intentarlo. Pero no lo harás. Sabes muy bien que la posibilidad de matarla a ella es muy alta. De modo que puedes ir soltando la pistola.

Ryerson no pareció inmutarse.

—¿Qué es lo que quieres, Ferris?

—Ya le dije a tu chica lo que quería. El brazalete y vuestro silencio.

—Dame a la chica y tendrás las dos cosas.

—Claro —dijo Ferris con sorna—. Vamos, Ryerson, tú eres hombre de negocios. Comprenderás que necesito más garantía que tu palabra de boy-*scout*. Venga, baja la pistola o le hundo el cuchillo en la garganta.

Ryerson bajó la pistola despacio y dio unos pasos al frente.

—¡He dicho que la tires! —gritó Ferris, arrastrando a Virginia hacia el muelle.

—En cuanto la sueltes —replicó Ryerson, sin dejar de avanzar.

—No pienso soltarla. Pero puedo empezar a demostrarte que hablo en serio.

Apretó el puñal contra el cuello de Virginia, que se estremeció. El brazalete le quemaba la piel de la muñeca, y se preguntó por qué lo notaría tanto. Inconscientemente, se puso una mano sobre la joya.

—De acuerdo —dijo Ryerson con calma—. Te daré la pistola.

Extendió la mano para que la tomara.

—Ponla en el suelo.

Ryerson obedeció.

—Ya está. Suelta a la chica.

—Ni lo sueñes.

Ferris empezó a caminar hacia delante para agarrar, al parecer, el arma, sin soltar a Virginia.

El brazalete estaba quemando su muñeca. Virginia desabrochó el cierre sin apenas pensar en lo que hacía. Lo tomó en la mano.

—¿Es esto lo que buscas, Ferris? —preguntó con suavidad.

Las esmeraldas y el oro brillaron a la luz de la luna.

—El brazalete —musitó Ferris atónito—. Dámelo, mujerzuela.

Pero Virginia ya se estaba moviendo. El brazalete brilló un momento el aire antes de hundirse entre las olas oscuras.

—¡No!

Ferris hizo un brusco movimiento con el cuchillo, pero Virginia había aprovechado ya su sorpresa para echarse a un lado. Por una vez, su estatura y corpulencia fueron una ventaja, y pudo desequilibrar a Ferris, que, además, resbaló con las agujas de pino dispersas sobre el entablado del muelle. El violento movimiento desvió la trayectoria del puñal.

Sintió un dolor frío en un hombro, casi en el mismo momento en que el cuerpo de Ryerson los golpeó a los dos con fuerza.

Virginia rodó al margen de la pelea que se acababa de entablar, y se llevó una mano a la herida, tratando de ignorar el dolor mientras observaba la lucha entre Ryerson y Ferris. Se sentía mareada. Al sacudir la cabeza para despejarse, vio que Ferris estaba muy cerca de la pistola de Ryerson. Se levantó tambaleante.

—¡No! —gritó al tiempo que corría hacia el arma.

Con horror, descubrió que llegaba demasiado tarde.

Ferris tomó la pistola entre los dedos, y apuntó a Ryerson, quién ignoró la amenaza del arma. Ferris apretó el gatillo.

Hubo un sordo «clic», pero nada sucedió.

Aprovechando la sorpresa de Ferris, Ryerson le atizó un puñetazo con fiereza en la barbilla. Ferris se desplomó en el suelo, y la pistola cayó al suelo.

Virginia miró la pistola y después a Ryerson, que se estaba levantando con dificultad.

—¿No estaba cargada? —preguntó la chica, incrédula.

—Soy un hombre de negocios —repuso Ryerson secamente—. Creo en la ley de la probabilidad. Una pistola cargada es mayor amenaza para su dueño que para el posible asaltante. Claro que estaba descargada. No soy tonto.

—¿Y para qué la compraste?

Ryerson lanzó un fuerte suspiro.

—Porque tú estabas empeñada en conseguir una. Y porque no sabía qué se nos venía encima, y la policía no parecía muy

dispuesta a querer a ayudar. Y porque me pareció lo más apropiado para protegerte. ¿Satisfecho?, A. C. no ves, fue un gesto machista innecesario. No me ha servido de nada.

Virginia sonrió algo temblorosa.

—Bueno, hay hombres tan valientes que no necesitan de armas para protegerse, Ryerson. Tú debes de ser uno de ellos.

—¡Dios mío! —exclamó al abrazada—. Si te ha dado ese bastardo. ¿Por qué no lo has dicho antes?

—Estaba a punto de mencionarlo —dijo Virginia en tono de disculpa.

Capítulo 11

—¿Seguro que te encuentras bien? —preguntó Ryerson por enésima vez—. Podíamos haber ido directamente a casa, a Seattle. No teníamos que volver esta mañana.

Mientras hablaba, estaba atracando la lancha en el pequeño muelle. Virginia llevaba todavía la ropa de la noche anterior, algo manchada de sangre, aunque se distinguía una venda debajo. Le habían puesto algunos puntos en la herida, y había tomado un par de calmantes. Se dispuso a desembarcar.

—Estoy bien —dijo—. Apenas me duele. Además, como dicen en las películas, ha sido una herida limpia. Lo importante es recuperar el brazalete.

—Eso es imposible, Ginny —dijo Ryerson con paciencia—. Tienes que aceptar el hecho de que se ha perdido, cariño. A saber dónde cayó anoche. Y la marea lo ha tenido que arrastrar desde entonces.

—Pesa demasiado para que lo arrastre la corriente.

—Tal vez. Pero, si no ha sido así, se habrá cubierto de arena y de algas. No cuentes con encontrarlo.

—Te falta fe, Ryerson —replicó Virginia mientras caminaba por el terreno que la marea baja había secado—. Ese brazalete es nuestro, y estamos predestinados a conservarlo. Lo sé. Ayer nos salvó la vida.

Ryerson amarró la lancha y caminó hacia ella con las cejas alzadas.

—Sí, la verdad es que tirarlo al agua fue una idea estupenda. A

Ferris casi le da un pasmo.

—Y tú aprovechaste la ocasión de maravilla —concluyó Virginia —. Estuviste magnífico anoche, Ryerson.

—Bueno, tú no estuviste mal tampoco. Lo del brazalete fue un recurso inspirado. Ginny —añadió más serio—, nunca sabrás el miedo que pasé mientras intentaba cambiar la pistola por el puñal.

—Tonterías. No parecías nada asustado, sino todo lo contrario, fuerte y peligroso. Ferris sí que estaba aterrorizado —añadió estremeciéndose—. Podía sentido.

—No me lo discutas, Ginny —replicó Ryerson con dureza—. Yo sé lo que sentía, y era puro terror. Ferris tenía todas las ventajas. Podía haberte rajado el cuello y agarrado luego la pistola, A. C. enseñándole el brazalete salvaste tu vida y la mía.

—¿La tuya?

—Nos podía haber atrapado a los dos con ese puñal. Recuerda que era un experto, como dijo la policía. Si te llega a hacer algo, yo hubiera perdido el control, y me hubiera arrojado contra él. Lo que no resulta una buena táctica, cuando el oponente lleva un arma blanca. No sabes lo que hubiera sido verte asesinada por ese bandido.

Virginia observó la mueca amarga de Ryerson.

—Vamos, Ryerson —dijo abrazándolo—. No pienses más en ello. Ahora todo ha pasado, y te quiero muchísimo.

Ryerson la sostuvo en sus brazos durante largo rato, mientras le acariciaba la espalda.

—Yo también te quiero, Ginny. Más que a nada en este mundo.

Virginia alzó la cabeza y le sonrió.

—No ha estado mal para ser un director de empresa, ¿eh? Espera a que lo cuente en casa. ¡Pero mira, Ryerson! —exclamó de pronto, mirando al agua—. ¡Ahí está! ¡El brazalete!

Ryerson la contempló con ojos brillantes cuando ella descendió desde el muelle hasta la arena, se quitó los zapatos y caminó unos pasos. El brazalete brillaba entre unas piedras.

—¡Lleva aquí toda la noche esperándonos, Ryerson! —exclamó Virginia triunfalmente.

No había manera de pasarlo por alto. El sol lanzaba destellos contra su superficie dorada. Virginia se inclinó y recogió la joya.

El reflejo verde y dorado jugueteó entre sus dedos, junto a

destellantes gotas de agua. Virginia sonrió alegremente a Ryerson.

—Es nuestro otra vez. Lo encontramos.

Ryerson se acuclilló y miró a Virginia.

—¿Nuestro? —preguntó suavemente—. ¿Ahora que sabemos que Brigman, Ferris y Seldon lo habían robado?

La mirada triunfante de Virginia se vino abajo.

Miró el brazalete y suspiró.

—Tienes razón, claro. No sé por qué tengo esa intuición, desde que lo conseguimos, de que nos pertenece. Nos enamoramos cuando lo conseguimos, y todo nos ha ido bien desde entonces. Ayer nos salvó la vida. Me parte el corazón separarme de él.

—Te entiendo —dijo Ryerson, acercándose a Virginia sonriente —. ¿Pero tú crees que algo va a cambiar entre nosotros por devolver el brazalete a su dueño? Te quiero, Ginny, y eso nada va a cambiarlo.

Virginia lo miró y sonrió.

—Tienes razón, Ryerson, como siempre. Nada cambiará nuestro amor.

—Pues vamos a intentar buscar al dueño a través del certificado de antigüedad que había en el estuche.

Se tomaron de la mano y caminaron hacia la casa. El brazalete brillaba entre los dedos de Virginia.

* * *

-Quiero que me lo contéis todo —dijo Debby un par de días después, cuando quedó con su hermana y Ryerson para comer—. Mamá y papá me lo han contado, pero quiero conocer la historia de primera mano. Contádmelo desde el principio. ¿Cómo consiguió ese Brigman el brazalete?

Virginia lanzó una risita y miró a Ryerson, que parecía totalmente absorto en su comida.

—Cuéntaselo tú —dijo, respondiendo a su mirada—. Yo estoy hambriento.

—Pues verás, al parecer, según la policía, Brigman, Ferris y Seldon formaban una especie de banda triangular. Mientras Brigman entretenía a los hombres en la mesa de juego, Ferris

trataba de distraer a las mujeres, y Seldon hacia el trabajo sucio. Tenían mucho cuidado de que nunca se los viera juntos, para que nadie pudiera establecer relaciones.

—Ya veo —declaró Debby entusiasmada.

—Pero los tres hombres no eran amigos, sino digamos que asociados. Surgió una disputa entre ellos; Ferris y Seldon empezaron a sospechar que Brigman los engañaba. Él era el encargado de esconder y vender las joyas, y empezaron a temer que se quedaba con más parte en las reparticiones.

—Y tenían razón —añadió Ryerson, dejando de lado el salmón un momento—. Al parecer, Brigman había llevado a cabo sólo el robo del brazalete, sin informar a sus compinches.

—Pero Ferris y Seldon descubrieron la verdad la última noche de nuestra estancia en Toralina. Hubo una pelea, y Brigman acabó siendo asesinado. Lo hizo Ferris con un cuchillo. Parece ser que le gusta ese arma —dijo Virginia, sintiendo un escalofrío.

Ryerson continuó la historia.

—Tras la muerte de Brigman Ferris vino a buscar el brazalete a nuestro cuarto.

—¿Y cómo pudiste asustar a Ferris, un hombre armado con un cuchillo y sin escrúpulos para usarlo? —preguntó Debby impresionada.

Ryerson rió.

—Según dijo Ferris a la policía, al verme a contraluz con el secador de Ginny en la mano, pensó que era una pistola.

—Ryerson estuvo magnífico aquella noche —dijo Virginia con orgullo.

—Sí, me cubrí de gloria. Y luego de un delantal —añadió Ryerson con sequedad.

—¿Un delantal? —preguntó Debby atónita, pasando la mirada de uno a uno.

—Es una larga historia —dijo Virginia al momento.

—Ya me imagino. Desde luego, todo esto es de lo más extraño. No me imagino a ninguno de vosotros metido en este lío. No dais el tipo, si queréis que os diga la verdad —dijo Debby con sorna.

—La vida, que da muchas sorpresas —murmuró Ryerson—. Yo, la verdad, estoy deseando volver a la vida normal. Con Ginny ya tengo suficiente aventura.

—¿Y hora qué? —preguntó Debby.

—Bueno —contestó Virginia despacio—. La policía no está muy preocupada por el brazalete. Ferris dijo que lo robaron en St. Thomas, pero no ha habido ninguna denuncia. Tal vez Brigman lo ganara al póquer, y por eso no quiso compartido. Sea como sea, el brazalete es nuestro ahora. Ryerson va a hacer algunas pesquisas, pero yo espero que no descubra nada. Me encanta ese brazalete.

Ryerson carraspeó.

—Tengo que decirte, Ginny, que creo que he localizado al dueño. Esta mañana me llegó un informe del joyero que hizo la tasación. Parece que pertenece a los señores Grantworth, de San Francisco. Los voy a llamar esta tarde.

—Vaya —dijo Virginia con pesar—. En fin, fue bueno mientras duró. Me apetece conocer a esa gente, de todas formas.

—¿Por qué? —preguntó Debby frunciendo el ceño.

—Porque el brazalete es muy especial. Me intriga saber cómo son los dueños.

—Pues no lo entiendo. Es sólo una joya… —declaró Debby.

—No es sólo una joya —dijo Virginia con intención.

Ella y Ryerson intercambiaron una mirada risueña.

—No —dijo Ryerson—. No es sólo una joya. Iremos juntos a devolverla.

* * *

George y Henrietta Grantworth estuvieron encantados al saber que iban a recuperar el brazalete, y estaban deseando conocer a la pareja que lo había conseguido. Virginia y Ryerson viajaron a San Francisco el siguiente sábado, y tomaron un taxi hacia la elegante casa victoriana, en uno de los barrios más caros de la ciudad.

—Es el tipo de casa que va con el brazalete, ¿verdad? —comentó Virginia cuando subían las escaleras.

Aunque le había costado convencerse, ya tenía asumido que había que devolver la joya. Hasta entonces, había deseado que todo fuera un error.

—Me temo que sí —murmuró Ryerson al tiempo que pulsaba el timbre—. Plantéatelo así: después de esto, nos sentiremos virtuosos.

—Ya —replicó Virginia con malicia—. Lo malo es que últimamente me encanta no ser virtuosa.

—¡Pícara!

—He traído el body para esta noche —susurró Virginia.

Los ojos de Ryerson brillaron. Iba a decir algo cuando la puerta se abrió, y una doncella los llevó hasta el salón, donde los recibió una agradable pareja. A Virginia le gustaron en el acto. Si el brazalete tenía que ser devuelto, aquellas personas eran las indicadas para poseerlo.

Debían pasar de los setenta, aunque su aspecto era inmejorable. La mujer era alta y distinguida, y su rostro era afable y lleno de inteligencia. El hombre era algo más mayor, de ojos negros y mirada expresiva. Extendió la mano hacia Ryerson sonriendo.

—Por favor, siéntese —incitó Henrietta—. No saben lo que les agradecemos las molestias que se han tomado. Nos desapareció el brazalete hace unas semanas de un hotel de St. Thomas. Aunque lo notificamos a la policía, debieron abandonar el asunto en cuanto salimos de la isla. La semana pasada llamamos, y ni siquiera guardaron la ficha de nuestra denuncia. Supusimos que nunca lo recuperaríamos.

—Lo tenemos desde hace muchos años —añadió George, mirando con ternura a su esposa—. Henrietta lo recibió casi al tiempo de conocemos. Siempre lo hemos considerado como un símbolo de nuestra unión. Nos entristeció mucho perderlo.

Henrietta sonrió a Virginia.

—Me preocupaba que fuera a parar a manos criminales. No está hecho para eso. Pero debí suponer que el brazalete se las arreglaría para ir a parar a buenas manos.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Virginia, sacando el estuche del bolso.

—Bueno —sonrió George—. Henrietta siempre ha pensado que ese brazalete es especial. Durante generaciones ha pertenecido a parejas enamoradas.

—Y son historias ciertas —dijo Henrietta con firmeza—. Las conozco bien, porque son parte de mi familia. Al parecer, pertenecía a un francés, Monclair. Iba con más cosas a juego, que se perdieron durante la Revolución Francesa. No sé qué pasó con el resto de las piezas, pero sé que todos los que han poseído el brazalete han

gozado de mucho amor y felicidad.

Virginia escuchaba entusiasmada.

—¿Y siempre lo han tenido parejas?

—Sí —asintió Henrietta—. Antes o después, acaba en manos de dos personas que se enamoraron y se casan. George se ríe cuando lo cuento, pero él también se lo cree, ¿verdad, George?

George sonrió con cariño a su esposa.

—Un hombre inteligente nunca se ríe de la suerte, cielo. Y yo, desde luego, he sido un hombre afortunado.

Virginia contempló a la pareja de ancianos con emoción. De pronto supo que no deseaba otra cosa de la vida que una larga existencia llena de amor al lado de Ryerson. Ryerson también los contemplaba con expresión indescifrable. Virginia se volvió hacia Henrietta Grantworth.

—Me alegro de que sea suyo el brazalete —dijo con emoción.

—Gracias —respondió la anciana, tomando el estuche que le tendía Virginia.

La anciana abrió la caja y contempló la joya con los ojos humedecidos. Luego, se volvió hacia Ryerson y susurró:

—Este brazalete siempre se ha relacionado con el amor y el matrimonio.

Ryerson tomó la mano de Virginia y repuso:

—Aunque no lo hayamos tenido mucho tiempo, puedo asegurarle que también en nosotros ha estado asociado al amor.

—Sí, ya veo —respondió Henrietta—. Y pronto acabarán casándose. Siempre pasa eso.

Virginia apretó inconscientemente la mano de Ryerson.

—¿Siempre? —preguntó.

—Sí —respondió Henrietta—. Claro que antes todos se casaban. Ahora, hay algunos hombres que prefieren aprovechar una unión más libre.

Virginia enrojeció. Ryerson le había dicho algo parecido no mucho antes.

—No se crea, señora Grantworth. A veces son las mujeres las que tratan de evitar el matrimonio —dijo Ryerson.

Un largo silencio siguió a tal comentario. Virginia notó tres pares de ojos clavados en ella. Tragó saliva y tomó la decisión.

—Bueno, Ryerson, ¿y a qué esperas para hacerme una mujer

respetable?

Ryerson sonrió aliviado, y abrazó a Virginia.

—En cuanto consigamos la licencia —respondió.

George Grantworth sonrió.

—Sé cómo se siente, Ryerson.

—Pues nos va a dejar que les hagamos el primer regalo de boda —dijo Henrietta, y tendió sonriente el brazalete a Virginia.

Virginia la miró atónita.

—¿El brazalete? Pero… no, señora Grantworth. No podemos aceptado. Les pertenece a ustedes.

—Este brazalete suele elegir sus dueños, y estoy segura de que ahora es para ustedes. George y yo ya lo hemos disfrutado, y nuestro amor es ahora demasiado estable para perderse. Ha llegado el momento de transferir la joya a otra pareja, y creo que son ustedes lo elegidos.

—Pero, señora Grantworth, es demasiado valioso para…

—El verdadero valor del brazalete no se mide en dinero, y creo que ustedes lo saben tan bien como nosotros. Espero que sean tan felices como George y yo.

Ryerson miró a Virginia.

—Es verdad —dijo suavemente—. Podemos tomarlo. Nos pertenece.

Al oír la seguridad de su voz, Virginia supo que tenía razón. Tomó el estuche, que parecía irradiar calor.

—No sé como agradecerle…

—No lo haga. Ya la he dicho que el brazalete tiene voluntad propia. En cuanto abrí el estuche, supe que ya no me pertenecía, que era suyo. Estoy segura. Y no se puede luchar contra el destino.

—¿Sabes? —dijo George, levantándose para servir unas copas—. Siempre he pensado que sería interesante estudiar algo más de la historia del brazalete.

—¿Y por dónde empezaría? —preguntó Ryerson con curiosidad.

—Pues por Francia, claro —respondió George—. En una ocasión investigué la historia de los Monclair. Tenían un castillo. Supongo que no quedará nada en pie, pero nunca se sabe.

* * *

Una semana después, Virginia se sentaba sobre la cama deshecha del apartamento de Ryerson. Llevaba puesto el body, el brazalete, y un anillo de oro.

—Está todavía —dijo entusiasmada—. El castillo entero. Qué lugar más estupendo para pasar el viaje de novios. El castillo está transformado en un hotel de primera. Piénsalo, Ryerson… comida francesa, vino francés, moda francesa…

Ryerson cruzó las manos bajó la nuca.

—Espero que no pienses pasarte el viaje de luna de miel comprando —dijo.

—Pues has de saber —indicó Virginia—, que los franceses son famosos por sus diseños de lencería femenina.

—¿No me digas? —sonrió Ryerson.

—Te lo aseguro.

—Bueno, en tal caso, podemos incluir alguna compra en nuestro programa —decidió Ryerson al tiempo que colocaba a Ginny sobre él—. Tú estás hecha para vestir bonitas prendas interiores.

—¿Y tú? —preguntó Virginia riendo.

—¿Yo? Pues para quitártelas, claro —respondió Ryerson mientras le bajaba uno de los tirantes del body—. ¿Ginny? —preguntó deteniéndose.

—¿Mnnn? —preguntó Virginia, que estaba acariciando su torso.

—¿No te arrepientes de nada?

Virginia sabía que se refería a la sencilla ceremonia de boda de aquella tarde.

—No —respondió con seguridad, al tiempo que acariciaba su rostro—. He estado esperándote toda la vida, A. C., aunque no lo he sabido hasta ahora.

Ryerson contempló su mirada segura, y sonrió satisfecho.

—Pues se acabó la espera —dijo—. Para los dos.

Rodó hacia un lado y capturó la boca de Virginia.

El brazalete brillaba entre las sombras, como promesa de una larga vida de amor y felicidad.

FIN

Jayne Ann Castle Krentz (Borrego Springs, California, EE. UU., 1948) es una escritora estadounidense, autora superventas dentro del género de la novela romántica. J. A. C. K. (abreviatura que usan sus seguidores) ha llegado a utilizar hasta siete seudónimos distintos, Jayne explica que usa diversos nombres de manera que los lectores puedan rápidamente advertir qué clase de libro leerán. Actualmente ha decidido usar solamente tres de ellos: firma las novelas contemporáneas con su nombre de casada Jayne Ann Krentz, las novelas históricas con el afamado seudónimo de Amanda Quick, y las futuristas con el nombre de soltera, Jayne Castle. Los seudónimos que ya no utiliza son: Jayne Taylor, Jayne Bentley, Stephanie James y Amanda Glass, aunque la mayoría de esos libros han sido reeditados bajo su nombre de casada:

Jayne Ann Krentz.

Sus novelas han sido *best-sellers* en más de 30 ocasiones, 20 de ellas consecutivas, según la prestigiosa lista del New York Times.

Prolífica autora, tiene publicados en total más de 140 libros, de los cuales están traducidos al español más de 75.